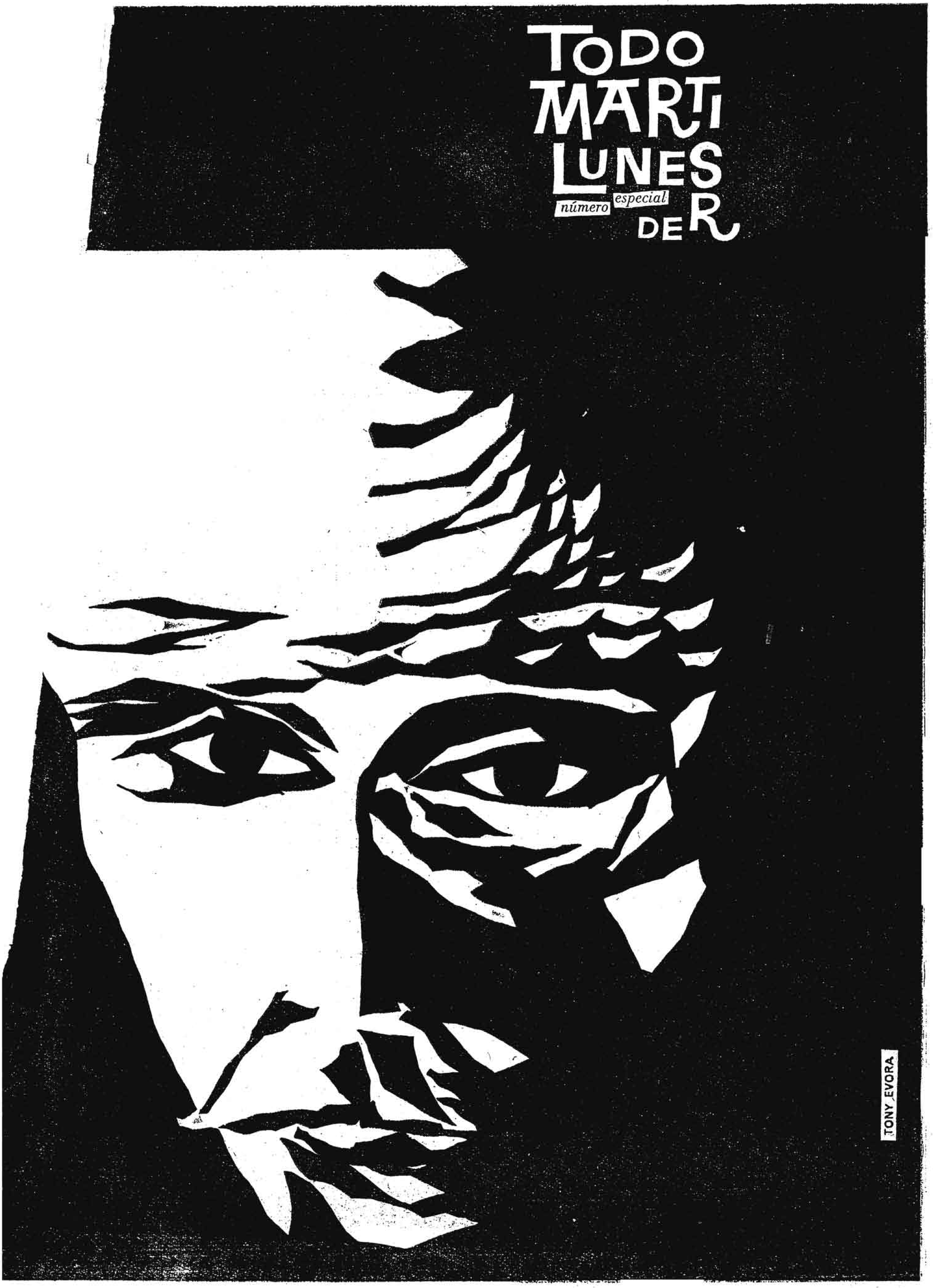

TODO
MARTI
LUNES
número especial
DE R
TONY EVORA

director: guillermo cabrera infante
subdirector: pablo armando fernández
director artístico: raúl martínez

*

número 93, enero 30 de 1961

*

portada: tony évora

*

la foto de la contraportada es del Estudio Buznego y fue tomada en el Museo Nacional.

NUESTRO EDITORIAL

"Lunes" ha dudado por tres años hacer un número dedicado a nuestro José Martí. No fue hecho antes, porque "Lunes" cree que la celebración de las efemérides por las efemérides mismas es inútil: una política basada en las fechas nos convertiría, inevitablemente, en un calendario. Por otra parte, quedaba el inmenso reto de la vida y de la obra de Martí, la necesidad de salvar toda clase de distancias: Martí en su tiempo, Martí en nuestro tiempo, la figura gigante de Martí político, Martí poeta, Martí escritor y después de una tregua de etcéteras, último, pero quizás lo más riesgoso de atacar: Martí el apóstol: es realmente un trabajo de Hércules tratar a Martí en el mismo ámbito que hemos tratado a otros grandes muertos: Villena, Pablo de la Torriente. ¿Por qué? Las múltiples respuestas son obvias: nosotros mismos no queremos asignarnos otra tarea que contribuír a hacer de Martí (como ha contribuído Fidel Castro en otra muy extraordinaria medida) no sólo el más actual y el más vivo de nuestros hombres, sino también el más grande, el verdadero y único ejemplo siempre, para todos: en la literatura, en la política y, naturalmente, en la vida. Por supuesto, que no hay necesidad de ello, dirán ustedes: Martí crece y crece con el tiempo, con todos y contra todos —con todos nosotros, con todos los hombres del mundo que pueden decir hermano a cada semejante: contra todos los que hoy son la negación muerta de Martí: los hombres de la contrarrevolución, nuestros enemigos, los enemigos del hombre verdadero. Finalmente y una vez más, nos acogemos a sagrado en una extraordinaria frase de Martí: "Para rendir tributo ninguna voz es débil".

Este "Lunes" es nuestro tributo, a nuestro José Martí.



SUPLEMENTO

AL

DIARIO DE AL MARINA.

HABANA, 21 DE MAYO DE 1895.

IMPORTANTE TELEGRAMA.

MUERTE DE MARTI.

En la Capitanía General se ha recibido el siguiente importantísimo telegrama que trasmite en esta fecha el General Salcedo, desde Santiago de Cuba:

Santiago de Cuba, 21 *de mayo*

General en Jefe:

Ayer combate. cconsidero resultado político gran trascendencia. Por confidencias supe gruesa partida se hallaba entre Palma y Remanganaguas, y dispuse salida columna Coronel Sandoval en su busca, encontrándola entre Bijas y Dos Ríos, orilla derecha Contramaestre, en número 700 hombres, con Martí, Máximo Gómez, Massó y Borrero. Marchaban, según se asegura, á pasar Cauto para seguir Tunas y Príncipe.

Combate duró hora y media, siendo enemigo desalojado sus posiciones y rechazado, huyendo subdividido tres fracciones, siendo perseguido, muerto titulado presidente república cubana, José Martí, cuyo cadáver ha sido recogido é identificado, á pesar empeño retirarlo. Enemigo tuvo, además, 14 muertos vistos y muchos heridos, cogiéndosele las armas y correspondencia de Martí, del titulado comandante de estado mayor, 37 caballos muertos y once útiles con monturas. Por nuestra parte cinco muertos y siete heridos. Aseguran prisioneros que Máximo Gómez y Estrada han sido muertos ó heridos, faltando comprobación de ésto, que procuraré obtener por medios posibles.—*Salcedo.*

MARTI REVOLUCIONARIO

POR EZEQUIEL MARTINEZ ESTRADA

LA importancia y magnitud de la obra específicamente literaria de Martí ha sido el principal impedimento para que la crítica haya podido fijar la efigie veraz y la verdadera grandeza de su vida y de su obra. La devoción académica, en cierto modo plausible, de sus admiradores y panegiristas, ha ido labrando de él un perfil numismático, y por lo tanto limitado, cuyos rasgos principales destacan su estilo personalísimo y el lugar que ocupó en las filas de los innovadores. Se ha certificado la elocuencia y hondura de su prosa, su don poético que doquier se manifiesta, su erudición segura y sin alardes, sus vastísimos y enciclopédicos conocimientos de "re acibili", su vigilia en la defensa de Latinoamérica, su probidad intelectual, su castidad moral. Nobles prendas sobre las que se han escrito muchos libros y fundado teorías literarias y estéticas, pero que influyeron finalmente en el eclipse de su condición humana excelentísima, de su personalidad básica. Efectivamente, la efigie es fiel, pero Martí no es hombre de un perfil sino de cuerpo entero.

Unamuno ha sido —otra vez de las muchas— quien descubrió el punto de apoyo de toda la complicada construcción intelectual de Martí, al afirmar rotundamente: "era un hombre, todo un hombre", y por eso "tenía estilo, todo un estilo"; dictamen inapelable que redondea con este trazo seguro: "su decir era sobre todo un hacer, sus palabras eran actos". Frases con las que un luchador de su estirpe encuadra correctamente su carácter; y de este modo Martí queda centrado en sí mismo: tuvo un gran estilo porque fue un gran hombre.

El conocimiento y la estimación de la obra de Martí se han basado en otros méritos: en los del poeta y el cronista que todo lo sabía y lo sabía bien; y la silueta que Darío esbozó en "Los Raros" fue para los jóvenes su retrato fiel, que tomaron de modelo posteriormente los profesores de Literatura. Muchos años también a mí me satisfizo, y creo que todavía hoy habrá quien juzgue que presentarlo ante todo como conspirador y revolucionario es un sacrilegio.

Empero, esa desviación de origen pedagógico no era la opinión corriente en Cuba, en los primeros años de este siglo, de atenernos a la referencia que hizo F. V. Preval (Presidente de la Logia "Unión Latina") en la reedición del libro "Cuba", publicado por D. Gonzalo de Quesada. Afirma allí: "Lo admiraban (a Martí) más como agitador y revolucionario, como alma del movimiento político que culminó en la libertad de Cuba, que como escritor fecundo y fácil poeta; pero conquistado de modo definitivo el ideal que impulsó a aquel cerebro portentoso e inspiró a aquella voluntad indomable, el nombre de Martí como literato adquirió gradualmente el relieve que merecía, y se hizo entonces más interesante el estudio de la compleja personalidad del héroe". Una personalidad se superpuso a la otra, en vez de yuxtaponerse y de mantener su jerarquía natural, predominando la tricromía de "Los Raros" al aguafuerte de sus autorretratos biográficos.

A este respecto debo señalar que también las fotografías que poseemos de Martí son engañosas: representan a un hombre vulgar, sencillo y bueno, descuidado de sí porque vive para los demás; y esos retratos inducen asimismo a error, en cuanto confundimos la vestimenta con el carácter, que es exactamente lo que se hizo con su obra. Aunque ese que vemos sea Martí, ciertamente, como lo es el autor de "La Edad de Oro" o de los "Versos Sencillos", lo es únicamente en uno de los múltiples aspectos de su humilde grandeza; mas la voluntad inflexible, la donación de todo él al prójimo, el holocausto que ya había hecho de sí al quedarse con lo estrictamente indispensable para andar vivo, también está en esos retratos, y hay que saber "leerlos" como se lee, perforándola, su prosa opulenta y brillante. Ni la iconografía ni la pedagogía pueden desviarnos de la recuperación del Martí que ha de quedar como un bloque de granito. Precisamente el Movimiento del 26 de Julio ha dado a Martí una actualidad que había perdido, lo ha restituído a su ser verdadero y, sin necesidad de exégesis, se presenta a compartir el triunfo que se le debe. El Martí que hoy revive es el verdadero, el que hace camino "De Cabo Haitiano a Dos Ríos", el que cuenta que está peleando, y lo cuenta a la manera de Jenofonte. "Voy bien cargado, mi María, con mi rifle al hombre, mi machete y revólver a la cintura, a un hombro una cartera de cien cápsulas, al otro, en un gran tubo, los mapas de Cuba, y a la espalda mi mochila, con sus dos arrobas de medicina, y ropa y hamaca y frazada y libros, y al pecho tu retrato".

Ese hombre apacible, de mirada lánguida que vislumbra una tremenda victoria y no un paraíso burgués —la mirada del insomne y no la del soñador—, ese hombre bravo de mansedumbre evangélica era un domeñador de furias, un siderurgo que al hierro le daba el justo temple de la porcelana; era un fuego sin ira, el cuerpo de una acción que no descansaba. ("Y, usted, ¿cuántas horas duerme? —Cinco, mientras mi patria no sea libre"). Lo que ve el hombre mediocre en Martí siempre es engañoso, y nunca lo es para el de su progenie. Por eso no se cohibe de sincerarse con Máximo Gómez, que podía entenderlo: "...era mi vida sin sueño y sin salud, con el cumplimiento mortal de todo nuestro deber, desde el más alto hasta el más humilde". "Ya me verá, ahora que voy, hecho un cadáver". La debilidad de su cuerpo débese al desgaste inmenso de energía en una tarea que no le deja reposo. Es la ceniza de lo que se quema.

Leyendo sus obras y mirando sus retratos pensemos que sobre él recae el peso de una enorme responsabilidad histórica y la pesadumbre de sus desdichas personales, y que para sostenerse está solo. Estamos contemplando una cariátide; ese cuerpo endeble tiene osatura de acero y ahí dentro ruge (lo advirtió Sarmiento) un león. Se fue despojando de cuanto le estorbaba hasta quedar libre y sin impedimenta. Pues también hizo el holocausto de sus padres, de su mujer y de su hijo para servir un ideal humanitario, más poderoso que los afectos entrañables, que le exigía la renuncia al bienestar y la paz. ("Todo, Figueredo, se lo he dado a mi patria, hasta la paz de mi casa. Todo va bien en este carro mío, menos el eje, que va roto. Entre la frivolidad sa-

tisfecha y el destierro austero hubo que elegir, y me costó la ventura de mi vida". Carta del 5-1-1892). ¿Por qué no se dice que pagó con sangre y lágrimas su apostolado, que abandonó padres y hermanos para seguir la marcha al Calvario, obediente al mandato de su conciencia, el "todo o nada" de Brandt? "La libertad cuesta muy cara —escribió— y es necesario, o resignarse a vivir sin ella, o decidirse a comprarla por su precio".

Se ha creído, acaso con criterio piadoso, que debía suprimirse de su biografía, o poner entre paréntesis, lo que a juicio del censor vulgar podría desmerecer su grandeza, como si las debilidades y los sinsabores del grande hombre fueran los del individuo común. No se ha comprendido, al menos suficientemente, que la victoria sobre sí mismo en que va implícito el sacrificio de la familia y de la salud, hace del héroe y del mártir una víctima expiatoria transpersonal. Pues también creo que se da más énfasis al heroísmo de la muerte de Martí que al de su vida. Quizá por eso se ha descuidado ahondar esa última etapa de su biografía que es el "Diario de Cabo Haitiano a Dos Ríos", y las cartas y notas del vivac. Ahí se nos presenta Martí como era y no como parecía; ahí está el hombre que marcha impertérrito a cumplir su último deber; y lo hace como soldado, enfermero y boletinero, con el arma, el yodo y el lápiz. "Allí cruzaron por nuestras cabezas las primeras balas; momentos después, rechazado el enemigo, caíamos en brazos de nuestra gente; allí caballos, júbilo, y seguimos la marcha admirable, a la luz de hachas del monto y árboles encendidos; la marcha de ocho horas a pie, después de dos de combate y de cuatro de camino, de la noche entera, sin descanso para comer de día ni de noche. Yo me acosté a las tres de la mañana, curando heridos". Y allí viste su mortaja: "¿Y mi traje? Pues pantalón y chamarreta azul, sombrero negro y alpargatas". Recordemos esta imagen, que no es la de las fotografías; recordemos que murió como Mayor General del Ejército Libertador y no con las palmas de la Academia de la Lengua.

¿Será preciso apartar la vista de lo que Martí tuvo que realizar para ser lo que era, tanto su ascetismo como su labor literaria, a la que no le concedió él otro valor que el de un oficio penoso, aunque fuera una forma indirecta de acción? Anotó en sus "Cuadernos de Trabajo": "Jesús, amigo mío, escribió tan poco! Ganar un alma, consolar un alma, ¿no es mejor que escribir un artículo de oropel, donde se prueba que se ha leído esto o aquello? Menos palmas y más almas".

¿Hemos nosotros, en cambio, de valorarlo por lo que no fue sino un oficio sobre lo que era su misión, su deber sagrado? En 1882 escribe al General Gómez: "El aborrecimiento en que tengo las palabras que no van acompañadas de actos, y el miedo de aparecer un agitador vulgar". Muchas veces ha expresado "el temer que yo, en mi humilde parte ni fuese el hombre de verdad y sencillez que soy, sino un llena páginas ambicioso y sin riñón; o que era yo víctima del patriotismo inactivo, y de miedos literarios a la obra cruda y sana que hay que hacer" Y en carta al General Gómez (1877): "Aquí vivo, muerto dè vergüenza porque no peleo... Seré cronista, ya que no puedo ser soldado". Y a Figueredo: "Los dos somos bayameses, porque yo tengo de Bayamo el alma intrépida y natural, y los dos somos hijos de la verdad y de la naturaleza"; "o como alza contra esta alma militar que Vd. me conoce, que es ley y acción a un tiempo"; "Militares, como Vd. —y como yo—, ¿no me quiere por militar?".

La magnitud y el mérito intrínseco de la obra literaria de Martí —repito— ha eclipsado el rasgo más auténtico de su personalidad, que es la del revolucionario. Pocos justiprecian este aspecto culminante de su biografía y de su genio, bastándoles lo que representa, como un promontorio, en el panorama de las letras hispanoamericanas, o recortando su trágico fin como un acto de arrojo temerario. Sin duda no necesitaba más para la inmortalidad que tiene, y es prueba de ello que, aun suprimida casi por completo su producción consagrada a la prédica y a la acción revolucionarias, el material que debe ser juzgado por los valores literarios puros mantiene aún su lozanía original. Con solo una parte, y no la más insigne, basta; pero creo que una valoración exclusivamente literaria de Martí, o apenas superada con algunas tímidas e incidentales consideraciones de carácter filosófico y político, desfigura más que empequeñece su imagen verdadera. ¿Por qué no decirlo rotundamente?: Martí fue esencialmente, por naturaleza, por temperamento y por inteligencia, un revolucionario en la más cabal acepción del término. Me atrevo a decir: de los más conscientes y perseverantes que conoce la historia. Un revolucionario, "y todo el resto es literatura".

En este momento sería indispensable establecer netamente el distingo entre revolucionario y agitador, que son tipos genéricos, simétricos y antitéticos. "No soy —consignó en sus "Cuadernos de Trabajo"— un revolucionario empedernido. No ligo mi vida a los tumultos. Pero no me importa que sea impopular el cumplimiento de un deber: lo cumplo aunque sea impopular". Camus ha explorado esta tipología en "L'Home revolté", y la digresión exigiría un capítulo. Basta, creo, la advertencia que el mismo Martí hizo de paso, para comprender que su complexión mental revolucionaria tenía como atributos: la prudencia, la equidad, el orden, la exactitud, la voluntad imperturbable, el bien de todos, la vida austera, el decoro. Vale decir, un revolucionario de raza, que tiene conciencia de que "es criminal quien promueve en su país una guerra que se puede evitar; y quien deja de promover la guerra inevitable". Ser revolucionario en una sociedad de clases y privilegios es, simplemente, ser honrado y sentir como propia la injusticia que se ejerce sobre los demás. "Los obreros explotados, por razón social y económica fundamental, son revolucionarios; el campesino hambriento y sin tierra, es también necesariamente revolucionario; el estudiante, el hombre joven es, por temperamento, revolucionario; todo pueblo explotado o toda clase social explotada es, por naturaleza, revolucionario. Pueblos explotados y clases sociales explotadas tenían que ser, necesariamente, revolucionarios. El germen de la Revolución estaba en la realidad social y económica de América" (Fidel Castro, discurso del 9-8-1960).

Si dividimos en dos porciones, aproximadamente iguales, la obra literaria que es preciso colectar de los escritos de circunstancias destinados a lectores heterogéneos, y la obra constituída por su correspondencia, los discursos y los panfletos (Paul-Louis Courier dio la definición), encontramos que el mayor peso, la más alta calidad y, sobre todo, la más luminosa expresión del genio entero de Martí está en esta última porción. Es en estas obras, muchísimas de ellas ocasionales y circunstanciales —también lo advirtió Unamuno— donde encontramos las mismas virtudes del gran estilista inconfundible, dueño de un lenguaje propio, sustancioso y comunicativo, de imaginación poética y de rigor lógico, iluminado el todo por una luz y un fuego que nacían de su entraña e irradiaban esperanza y fe. Ella es el testimonio de su apostolado en tierra extranjera y hostil durante la época más fecunda de su vida. Entendiendo por apostolado, claro está, el que resulta de su acción persistente e inquebrantable por la libertad de las Antillas, del pueblo cubano y de la humanidad escarnecida y expoliada. Pues también acerca de esta palabra, de reminiscencias eclesiásticas, se ha tergiversado el sentido, porque ha pasado a ser sinónima de un magisterio redentorista, cuando lo que significa, y así debemos conservarla, es la consagración de toda una vida a un solo fin, con un solo plan y una sola táctica: libertar a Cuba (y a Puerto Rico), organizar la "guerra justa", y reunir voluntades, comprar armas y asegurar la eficacia del ataque. Si admitimos que Martí ha sido un Apóstol, ha sido el apóstol de la Revolución. Y si con el mismo criterio decimos que fue un santo, un héroe y un mártir, debemos agregar que lo fue porque "la desigualdad tremenda con que estaba constituída la sociedad necesitó de una convulsión para poner en condiciones de vida común los elementos deformes y contradictorios que la componían. Tanta era la desigualdad, que el primer sacudimiento no bastó para echar a tierra el edificio abominable, y levantar la casa nueva con las ruinas".

¿Cuándo comienza su acción revolucionaria?: En el presidio político de Cuba ("Abdala") es su preludio alegórico). ¿Cuál es su primera proclama de rebeldía?: "El Presidio Político de Cuba", escrito a los diecisiete años. ¿Dónde está el germen de su pasión, que crece y se agiganta en su pecho y desborda sobre el Caribe, sobre América y se derrama sobre los pueblos humillados del mundo?: En "El Presidio Político de Cuba". Allí descubre que los "presos políticos" son "seres humanos" castigados cruelmente "porque quieren ser libres"; y pide a los verdugos "que seáis humanos, que seáis justos, que no seáis criminales sancionando un crimen constante, perpetuo, ebrio, acostumbrado a una cantidad de sangre diaria que no le basta ya".

Este opúsculo equivale, en su brevedad y en su forma inmatura, a "El Sepulcro de los vivos", de Dostoiewsky, en cuanto da la "buena nueva" de su encuentro con el ser humano como "Ecce-homo", en su condición de víctima que redime con su tormento el crimen de los que no saben lo que hacen. También en el presidio tiene Martí la revelación del monstruoso crimen que el despotismo comete con las gentes desvalidas, España con Cuba, y del padecimiento sin eco de los que están condenados por alentar un noble ideal que sólo pueden expresar con su protesta inútil. Se le revela (lo que significa la palabra "apocalipsis") la verdad escondida de un infierno terrestre, lo que está oculto a la mirada; y desde ese momento su destino está decidido. Sale del presidio transfigurado, para luchar por la redención de los huérfanos de patria, cuya orfandad trae aparejada las otras, y para que "de un cabo a otro de la Isla, juntos los de la sierra y los del puerto, se oiga, por sobre los recelos desarraigados para siempre, la palabra creadora, la palabra "¡hermanos!" Aplica todas sus fuerzas a extirpar, no a paliar ni a mejorar, a erradicar el sistema de opresión y de ignominia del zarismo borbónico en Cuba, y en esa empresa muere gloriosamente veinticinco años después. ¿Cómo cumple el juramento de vivir para el bien de los demás?

Como era pobre, necesitaba trabajar; y como era enfermo (cardíaco y tuberculoso) debía realizar trabajos sedentarios; y como tenía genio y conocía muchas cosas que casi todos ignoraban, hizo periodismo con el que predicó las virtudes derivadas de su credo; y como nada salía de su cerebro ni de sus manos sin el sello de lo insigne, alcanzó renombre de escritor. Esa era su tarea para vivir y ayudar a vivir a quienes de él dependían; ése era su oficio. También Spinoza pulía lentes. Su vocación, su pasión, su obsesión fue la libertad de Cuba por la guerra, el único camino, el más terrible. Desde enero de 1880, cuando llega a Norteamérica de España, adonde fuera segunda vez preso, plantea categóricamente la santa necesidad de la guerra. No hay pacto posible, no hay siquiera entendimiento con los anexionistas y separatistas, ni con los que se conforman con punto menos que la independencia total y absoluta de Cuba. Había que intentarlo otra vez, y a ello se consagra: "Una revolución es necesaria todavía: la que no haga presidente a un caudillo, la revolución contra todas las revoluciones, el levantamiento de todos los hombres pacíficos, una vez soldados, para que ni ellos ni nadie vuelva a serlo jamás".

Y cuando es incompatible con sus tareas de corresponsal y con sus cargos consulares el deber militante del conspirador, los renuncia. A lo que no renuncia un solo día ni un solo instante es a los trabajos, para él agotadores moral y físicamente, de mantener vivo y caliente el espíritu revolucionario. Si la letra de lo que hizo pensando se reproduce y se repite en cátedras y libros, lo que esa letra contiene de verdadero y de eterno se transmite por la comprensión natural que no necesita de la lectura y que le es dada por igual al docto y al ignorante. "Todo el pueblo fue conociendo el pensamiento de Martí, y por eso se fue forjando un espíritu patriótico que hizo posible, al fin, la victoria de la Revolución" (Fidel Castro). Sí, exactamente. Si por la letra ha servido su obra para antologías y analectas, el espíritu ha encarnado en todo un pueblo, y se ha expresado como él quería, con hechos y no con palabras, en la Revolución que por él se hizo "con todos y para todos".

ACTUALIDAD AMERICANA DE JOSE MARTI

POR JUAN MARINELLO

ALGUNA vez hemos afirmado que José Martí es el único gran líder americano con sentido dialéctico de la tarea revolucionaria. No ya la revolución sino la vida era entendida por él no como llegada sino como tránsito; no como logro, sino como ansia. Un día dice lírica y certeramente: "La casa está en el árbol". Otro día establece con pasmosa claridad la diferencia entre la obra que realiza y la que han de producir los que le sigan. El hará la independencia, pero los cubanos que engendra su esfuerzo han de hacer la libertad. El —lo dice reiteradamente— echará de Cuba a la España esclavizadora de su pueblo; los hijos de su impulso político construirán la república.

Conociendo el firme pensamiento socialista de Carlos Baliño, que es su colaborador fervoroso, le escribe una carta de las más penetrantes y previsoras que haya escrito guiador alguno. De este modo, concreta su juicio sobre la obra de su generación y de las posteriores: nosotros somos como Washington, ustedes serán como Lincoln; es decir, a su gente heroica toca dar a Cuba la bandera, a las generaciones republicanas la entraña liberada. A los guerreros del 68 y el 95, lograr la personalidad nacional, indispensable y previa; a las generaciones republicanas la honda transformación interna en que cuaje cabalmente la vieja y firme apetencia de justicia que él recogió de Yara y Baraguá para entregarla, como una llama sagrada, a la república naciente.

Este sorprendente concepto de la tarea política, esa impar estimación de la obra de líder —que le convierte, como el correo de Moctezuma, en soldado de enlace en una ruta de ilimitados horizontes— determinan su visión y su previsión. Ve más allá de su tiempo, vislumbra las colosales y definitivas batallas para hacer del hombre un ser igual y libre, pero él ha de cubrir su etapa con los ojos bien puestos en el camino, sembrado de residuos engreídos y [illegible], que le toca transitar.

Tiene sobre su tiempo, sobre un siglo, un clarísimo juicio. Nos habla mucho de su transitoriedad, de su condición de etapa preparatoria de grandes cambios sociales. "Este siglo —dice— siglo de construcción y de pelea..." cuya grandeza caótica y preparatoria no ha podido condensarse en símbolos". Ve al continente en medio de su siglo, quiere para él la realización plena que se anuncia para la centuria que seguirá a la suya, pero le advierte el entrambamiento de sus potencias por la acción de fuertes elementos regresivos. Sobre América, como sobre Cuba, se mueve su entendimiento dialéctico de los movimientos sociales. Sobre América, como sobre su isla, se mueve su oficio de realidades estrictas y su calidad previsora. Sobre América se tiende su puntual indagación de lo inmediato y su ancha concepción porvenirista. Veamos cómo advierte la lenta integración de la que vendrá el total destino de América.

Martí es, ya lo hemos visto, amador profundo de su América hispánica, pero sabe que el destino de sus patrias no puede realizarse sin el acuerdo leal con los Estados Unidos. Son suyas estas precisiones: De un lado está nuestra América, y todos sus pueblos son de una naturaleza y de cuná parecida e igual, e igual mezcla imperante de la otra parte está la América que no es nuestra, cuya enemistad no es cuerdo ni viable fomentar, y de la que con el decoro firme y sagáz independencia, no es imposible y es útil ser amigo.

Las dos Américas, quiere Martí, deben conocerse, que será el camino del respeto: "Los pueblos que no se conocen —dice— han de darse prisa en conocerse, como quienes van a pelear juntos". Y la relación creciente debe asentarse sobre la libertad de cada pueblo. "Lo que el americanismo sano pide —advierte— es que cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío y propio ejercicio necesarios a la salud, sin dañarle la libertad a ningún otro pueblo —que es puerta por donde los demás entrarán a dañarle la suya— ni permitir que con la cubierta del negocio o cualquiera otra lo apague y cope un pueblo voraz e irreverente".

En elementos reales y comprobables y no en bellas manifestaciones generosas quiere que se afirme la relación entre las naciones humildes y poderosas de su continente. Porque —asienta— "el pueblo que quiere ser libre, sea libre en negocios".

¿Y para qué quiere nuestro grande hombre que todas las naciones americanas se conozcan, se relacionen, se estrechen por vías de firme decoro, legítima conveniencia y común beneficio? Con firme claridad nos lo dirá: "El oficio del continente americano no es perturbar al mundo con factores nuevos de rivalidad y de discordia, ni restablecer con otros métodos y nombres el sistema imperial por donde se corrompen y mueren las repúblicas. El oficio del continente americano no es levantar un mundo contra otro, ni amasar con precipitación elementos diversos para un conflicto innecesario e injusto". Y en otro lugar afirma categóricamente: "La unión con el mundo, y no con una parte de él: no con una parte de él contra otra".

El camino de América

El momento que vivimos —pide utilicemos los términos martianos— que "cada pueblo de América se desenvuelva con el albedrío propio y ejercicio necesario a su salud", exige la "útil amistad" entre el Norte y el Sur, y fuerza al continente, no a "levantar un mundo contra otro", sino a la "unión con el mundo y no con una parte de él".

Circunstancias que Martí no pudo prever sino en la imprecisa premonición de su genio político, rigen al mundo en todo. Las grandes batallas decisivas que preparó su siglo se están dando: las esenciales conjunciones que previó su desvelo están naciendo entre la sangre y la esperanza. Ante su América, ante su continente, se abre una nueva magnitud, en la que, sin embargo, pelean y actúan los mismos factores que él conoció y calibró insuperablemente.

Esta guerra excepcional en que somos beligerantes, está ya ganada para los pueblos. Una gran interrogación inquieta ahora todas las mentes honestas y vigilantes de la tierra; en todas anda la misma preocupación obstinada: firmada la paz con la total derrota de la barbarie nazista, ¿comenzará el mundo a vivir entre nuevos conflic-

tos, en la preparación de contiendas aún más sangrientas, o sucederá a este dolor sin nombre, a esta inmolación horrenda, una era de paz fundada en el mutuo respeto, en el limpio entendimiento de hombres y pueblos, asentada en la democracia impecable?

Hay una verdad honda y fuerte: la unión contra la barbarie ha sido su muerte y en la medida en que se ha llegado a leales coincidencias para combatirla ha ido produciéndose el triunfo de los pueblos. Teherán será una gran luz del futuro no porque determinase el avance incontenible de las armas aliadas, sino porque probó para todos los siglos, que la extirpación de los enemigos de la humanidad sólo se logra a través de fundamentales acuerdos de carácter político, de los que la obra de las armas es consecuencia y derivación.

Para la América la gran cuestión no tiene sino una salida; la organización de una vida democrática en que cada nación del continente encuentre respeto para su voluntad popular, cauce para su desarrollo económico y correspondencia real y permanente a sus sacrificios por el logro de la comunidad progresiva.

Las vías para realizar tan alto y apetecible propósito están señaladas por los mismos obstáculos que se alzan en su contra. Como en los días de Martí, aunque no en la misma medida, el estado de las naciones americanas no es idéntico, y como en sus tiempos, mientras en el Norte se desenvuelve un pueblo de poder inigualado con su enorme desarrollo industrial y financiero, en el Sur viven pueblos diversos, de varia población y distinta historia, pero identificados por un desenvolvimiento económico retrasado, agobiados por la feudalidad de su origen histórico, productores de materias primas y campos de inversión de empresas extranjeras; de rudimentario desarrollo industrial y cultivando y fabricando un reducido número de productos que moldean sus vidas y dictan su porvenir. Y, como en los días de Martí, capacidades honestas y enérgicas en el Sur y en el Norte. Y en el Norte y en el Sur grupos arteros e inescrupulosos interesados en el mantenimiento, para ellos, fructuoso, de la desigual y repudiable realidad.

Sin que los factores que en definitiva hacen la historia y deciden el porvenir hayan variado, es lo cierto que existen en América todos los factores y posibilidades para la integración de la unidad democrática que Teherán anuncia y quiere. Y no hay más que un camino firme y ancho: el esfuerzo por lograr, en el más breve término, un desarrollo económico que vaya acercando los extremos hasta aquí en choque o supeditación. Una parte de América próspera, con un sobrante de riqueza que emplear en la creación de otras nuevas, con una abundancia ofensiva lograda a costa de los débiles, frente a otra porción americana tributaria y vasalla, no puede ser el ámbito de una marcha acordada y pacífica, sino, por el contrario, el campo obligado de todos los recelos y de todas las querellas.

Por suerte, hay dos razones para el cambio saludable. De una parte, la tremenda lección de esta guerra, diciendo a todos que el camino de la opresión no encuentra en su final sino la sangre y la destrucción, y el hecho decisivo, por otro lado, de que se va entendiendo que hay general beneficio y permanente bienestar en el esfuerzo común hacia una relación internacional progresista y civilizadora.

Martí fundaba las buenas relaciones entre el Norte y el Sur, entre los Estados Unidos y las naciones latinoamericanas, en bases de mutuo interés económico. Recordemos su dicho: "Ningún pueblo hace nada contra su interés; de lo que se deduce que lo que un pueblo hace es lo que está en su interés". En intereses de la América de todo color, de todo carácter y origen, está el arribo de un grado de civilización equilibrada y similar en que cada país produzca al máximo de su capacidad, en la seguridad de que el vecino poderoso extenderá hacia él, no por romántica decisión, sino por propia ventaja, todas las lícitas colaboraciones para encontrar en su seno colocación a sus productos y acrecimiento del propio progreso.

Es urgente que América, sin desentenderse de las grandes cuestiones universales, se disponga a encarar en toda su magnitud los problemas que la postguerra le pone enfrente. En términos gruesos y muy objetivos, para entender mejor la cuestión, diremos que hay dos direcciones posibles y opuestas; una que lleva al desastre; la otra al triunfo y a la paz. Si los Estados Unidos terminada la contienda, reinciden en viejas incomprensiones y se guarecen tras barreras de aislamiento agresivo, ocurrirá que la enorme transformación interna que ha traído la guerra, la incrementación y aceleramiento de su industria, quedarán como grandes fuerzas sin objeto ni aplicación, y por tanto, libres para toda devastación y estrago. El soldado que regresa del frente con la huella de una pelea cruelísima, pero con la esperanza de una vida ordenada y justa, se hallará de improviso desnudo y ansioso frente a las grandes fuerzas sin empleo. Lo único que vendrá es muy fácil vaticinarlo, aunque no preverlo en sus inusitadas proporciones.

La vida que conduce a la paz y al triunfo es difícil, pero posible y en ella debemos poner todos, desde ahora, energías hasta aquí inestrenadas. Hay modo hábil de dar salida a las grandes fuerzas acumuladas en el Norte y a las grandes posibilidades sedientas del Sur; elevando a tal nivel el poder adquisitivo de la América Latina que las fábricas y los soldados del Norte encuentren en qué trabajar. Pero para ello será indispensable que nuestros pueblos retrasados, se den a una febril transformación, a un desarrollo tan firme como rápido para poder significar de inmediato el contrapeso y el canal en una correspondencia pacífica y fructuosa.

No se exagera al decir que esto de encauzar al continente por senderos de entendimiento democrático y progresista exige una nueva mentalidad política. Es cierto. Para preparar el futuro de América frente a las contingencias presentes, no valen las medidas habituales, ni las magnitudes manejadas hasta aquí. Todo un mundo complejo de desconfianzas y recelos ha de caer con estrépito para el surgimiento de la nueva edad americana; todo un orbe de criterios arraigados y aprensiones justificadas ha de dar paso a un estado de conciencia en que actúen sin tregua la dura experiencia de los errores cometidos y la convicción de las grandezas a conquistar.

Ha de dominar de Norte a Sur un concepto de interdependencia que dará frutos de bendición en la medida en que se apoye en la sinceridad íntima y ostensible. Para ello han de mudarse muchos criterios y rectificarse muchas actitudes. La política de la buena vecindad ha mejorado el entendimiento indispensable y ha sido en cierto modo avance y previsión de la que ha de venir. Pero se hace necesario un fortalecimiento e intensificación, la eliminación total de sus quiebras y contradicciones.

El respeto y la aceptación de la voluntad de cada pueblo —cristalización práctica de la Carta del Atlántico y de los acuerdos de Teherán— han de ser en América basamento de la nueva edad. A las mayorías nacionales, verdaderas dueñas del porvenir, debe entregarse el destino de América.

Contra esta genuina democracia, conspiran muchos en el continente. Andan dispersos, pero en convivencia comprobable, por nuestras repúblicas, núcleos de entraña y propósitos nazistas que si en la Argentina dominan desde el poder, en Bolivia ganan trecho en las esferas dominantes, pugnan en Chile por torcer el bello camino democrático del gran pueblo, preparan golpes reaccionarios en el Perú, realizan conspiraciones y levantamientos en Colombia, logran éxitos a través del integralismo del Brasil, conmueven Centroamérica, desde Panamá hasta Guatemala, y perturban agazapados en el partido sinarquista y en acción nacional, el ritmo triunfante y afirmado de la revolución mexicana. Estos intentos regresivos, que nunca dejan de contar con la complicidad falangista y el original impulso hitleriano, encuentran, bien comprobado está, su correspondencia cabal en los que desde el Norte sueñan con una postguerra en que las masas de nuestras tierras sean acogotadas por sus mismos verdugos, para así, encontrar medio camino andado y más rápido y hacedero el establecimiento de un régimen de dominio y señoría.

Si el enemigo está en todas partes, también lo está y en número mayor el leal trabajador por el futuro americano. De su esfuerzo, realizado por encima de las fronteras y razas, ha de venir la América servidora del mundo que Martí quería. Pero para que llegue, cada nación americana ha de cumplir a todo riesgo su cuota de sacrificio y de esfuerzo. Cuba, en término primero, porque es tierra de hombres mayores que, como Antonio Maceo y José Martí, anunciaron la tarea actual en su angustia y en su grandeza.

Sábado, Bogotá, Colombia. Junio 16, 1945.

Influencia en busca de MARTI

POR JOSE LEZAMA LIMA

LOS aires se arremolinan propicios para Antonio Pérez. De valido y hombre de vihuelas palacianas se va trocando en el alzado contra Felipe II. El que lo hace temblar y equivocarse de estribo. Pasa por el fuego de la Inquisición y la hace más punta a la verdad contra su Señor. Va obligando a todos al heroísmo, a la decisión extrema. Esa fue la sorpresa de Antonio Pérez, llevó a todos a comprometerse, estiró el gato a leopardo. Fue una trampa gigante para el Rey, que lo llevó a meter fuego a la cizaña, al mismo fuego de cizaña. A querer sacar a Pérez de Zaragoza por la Inquisición, y empiezan como una zambra ciempiés los motines de Zaragoza. Los fueros se extienden como una malla para prohijar al maldito por las langostas persecutorias. Pero los fueros son guindados y tres años después su calaverón permanece intocable. Pena de muerte al que lo toque. Para la fiesta de la coronación de Felipe III, el esqueleto traqueteado se guarda en su envoltura natural, y Zaragoza celebra un fasto con un enterramiento. El recuerdo sumergido empieza a organizar su lenguaje de pedúnculos que mueven bultos de humo, corrientes fantasmales.

Los motines estallan como una candela apisonada. El pueblo pregunta de azotea a reja, de balcón a grillete, por el Perseguido. Se muestra y siestea delante del griterío y las turbas amansan. En una escapatoria, sin los papeles en regla, el pueblo acrece el coche como una nube y le saca el bocado real a los troncos. El Perseguido, para los franceses allende, y aquende el oidor de los susurros del Bearnés, bonachón que lo mortifica y a veces le escurre la paga de sus secretos, y del Duquesito de Essex, que unas veces le sonríe y otras le excusa el portalón. Pero lo que dejó en Zaragoza fue su sangre resistente en la conciencia aguda del motín. Y el hombre que se alzó frente al coágulo central de la monarquía, cuando su punta rebrillaba como una luciérnaga en las mazmorras más lejanas.

Entonces llegó a lo que Antonio Pérez había dejado con caballos voladores y el peso de sus secretos, para apoderarse de la herencia del motín popular, José Martí. No recoge la lengua escrita de Baltasar Gracián, sino las órdenes y avisos que Antonio Pérez transparentaba a través de los tabiques carcelarios para avivar la espera de los amotinados de afuera. La lengua de Antonio Pérez es la de las cartas y la de los consejos que da a reyes y a principales. El idioma conversa, con las interrupciones que le sueltan los escuchas en personas o en sombra, traza nudillos por el aliento varonil y sentencias extraídos con la yesca de la averiguación inmediata y presente.

En Zaragoza, Martí siente las vivencias del destierro de Antonio Pérez. La obsequiosidad principal y la tierna despedida en las cartas del secretario, deben haber sido leídas por Martí, avivadas las junturas de ambos destierros. "Señora, si hubiese por allá unas manos, le dice a la hermana del Bearnés, que es de quien más se fía, guárdamelas V.A.; que las he menester más que un manco". Cómo Martí sentiría esos bandazos suaves, esos toques resbalantes y cariciosos, donde su ternura parece adquirir la textura de una piel clásica y de buena compañía. En otra carta enviada a Enrique IV, rompe su escritura con esos creados halagos cariñosos, tan del gusto de Martí: "Envío a V.M. el agua de los ojos del alma, Señor, y de las entrañas mías la destilaría yo muy alegre para vuestra salud y vida; sino que estoy ya todo seco, y aún para una destilación, inútil ya. De donde me vengo a aborrecer yo mismo, porque cuando no soy de provecho para quien amo, no me querría ver". Un jesuita como Gracián, que adquiere su idioma por lentos escarceos humanistas y por bruñimiento en los jardines de Lastanosa, le echaría manos a la movilidad y a la rapidez verbal de Antonio Pérez, para adquirir con el mayor relieve la más decidida penetración de la sentecia. El fino henchimiento tropical y la elegancia estoica del habanero, llevaría a Martí al recuerdo del palacio de Lastanosa en Huesca por los fríos del alto Aragón, donde Gracián hacía tertulias para aligerar el estío.

El recuerdo en Martí les da más resistencia a los objetos y a los restos. Rodeado de leopardos, catálogos de flores, monedas romanas, semillas privilegiadas, Lastanosa colecciona para que Gracián cuente, y Martí, con extensiva ley americana, avive de nuevo. El jesuita, malhumorado, describe con sequedad las guarnecidas maravillas de Lastanosa, pero precisa los claroscuros y figuras que reclamaría más tarde Martí. La ternura del desterrado Antonio Pérez y aquella suntuosidad como amargada y rasguñada de Gracián —repetimos: jardines de Lastanosa vistos por Gracián—, los encandila de nuevo Martí en su mochila donde se guarda la brújula y la carta amorosa.

II

En una visita de Felipe IV por tierras de Aragón, para sacarle alguna sonrisa después que le sacaron los fueros, debió acompañarlo el Paravicino. ¿Qué partido tomarían las gentes aragonesas en la disputa patronal entre los partidarios del "hijo del trueno" y los teresianos? El Monarca manda que se prediquen por las bulas declarando a Teresa patrona copartícipe con Santiago. Quizá eso fuera bastante para que los aragoneses se declararan santiaguistas. El paravicino, a quien todos conocen por su valimiento en la corte, es el predicador del Rey, y por ser Góngora y el Greco grandes amigos suyos, van a decirnos su gran oración por la Madre Teresa. Martí acude todas las tardes a la biblioteca de la Universidad de Zaragoza, y la fuerza de su intuición para todos los escondrijos del idioma donde brota creación pura, tiene que haberlo llevado a los gruesos tomos de los sermoneros.

"Dar el último Santiago, dice el Paravicino al abrir su loa por Santa Teresa, solemos decir en España, al último romper de los campos; ocasión de gran peligro, si voz de grande aliento, donde le va al Capitán ser vencido o victorioso. Extraña diferencia de fortuna por más que merezca la mejor el ánimo "La última Teresa", me parece que hemos de decir también desde hoy". Viene del Milanesado y aunque la poquedad de salud lo doblega, lo desinfla en desmayos o en flatos lamentosos, mantiene siempre el alborear sentencioso, un rezumar la sorpresa para tenerla después como en danza y acometida. La poesía de Góngora y Villamediana se enreda en dificultades palacianas; a Villamediana lo asestan, a Góngora lo van poniendo fuera de la corte, volviendo como racionero a Córdoba. Siempre pasa por allí el Paravicino para recibir con su protección a los perseguidos literarios, a los que despiertan el resentimiento de la expresión mustia y sobrepasada. Posa para el Greco, cambia sonetos con Góngora, y logra detener las afiladuras de la grosería contra la expresión pintiparada y albeante. Como Antonio Pérez logra alzarse por la persecución, por el uno contra todos, por la ardilla contra el tigre, por el osado veloz contra el prudente lentísimo, al señorío del héroe máximo, el que se aventura a que todas las batallas puedan ser empeñadas y corridas. Así también el Paravicino cubre el llano de los encuentros por la expresión tronada. Que el Greco, por lo de los ángeles en Trento, entra en lances con la Inquisición, que hace fiestas con violas y amaneceres perversos, el Paravicino los destruye con sonetos y con su gran cruz de trinitario marchando al encuentro de los pinceles del Greco. Que Góngora y Villamediana, por el incendio cuando lo de Níquea, también con sonetos y declaraciones de propia minoridad respetuosa para Góngora: "Rinda pues al mayor, el menor, culto". Cuando muere el Greco, Góngora y Paravicino entrecruzan sus sonetos laudatorios para guarnecer el túmulo. Los principios de esos sonetos parecen batir albricias por las opulencias del nacimiento cretense, y el oriente que allí tocan los hace como aludir a joyas y a presentimientos. La alegría de su nacimiento y la majestad de la marcha en esos sonetos, parece como si aún acompañara al Greco, cuando crece como ese pedazo de ráfaga de materia que prolonga alguna de sus figuras, y después lo fuéramos recomponiendo por el hechizo de aquellas palabras amistosas, que son las primeras que vienen a ocupar un lugar cuando la sombra se levanta.

El Perseguido, que se alza con la energía hasta la frontera, y allí le empiezan a brotar nuevas palabras de artificio amistoso. Si antes, en Antonio Pérez, en sus días de orgullo cortesano, se enredaba en sus dispendios, que enloquecidos querían rivalizar con el legítimo. ¿No era Antonio Pérez tan bastardo como lo era Don Juan de Austria? ahora, más allá de sus palabras pirenaicas, se le despierta un tierno lamentoso, que lo igualan al lamentoso, henchido en sus palabras orgullosas, que el Paravicino vive por la enfermedad. En esa ley de la gravedad de la lejanía, que es el amurallamiento resistente de José Martí, tendría que tropezar con esas citas que un montón de palabras del mejor linaje volvían a pasear por Aragón. De donde parece que Martí las toma, las aposenta y les presta tierra americana para su nueva flor.

Noviembre 18, 1955



MARTI en la REVOLUCION

POR JOSE RODRIGUEZ FEO

NO hace mucho preguntaba un visitante extranjero cuáles eran las directrices que orientaban en estos momentos la ideología de nuestra Revolución, y me vino a la mente enseguida, antes de responderle, la afirmación de Jean Paul Sartre de que lo original y valioso de la transformación social y económica que está sacudiendo, hasta las mismas raíces, a nuestro país radica en la ausencia de una determinada ideología y de que las medidas que van implantando las necesidades del momento se toman sobre la marcha, en vez de ajustarse el desarrollo de la Revolución a un programa o de estar supeditado a normas preestablecidas. En parte, Sartre tiene mucha razón al hacer esta observación, especialmente cuando recordamos que toda ideología comparte un aspecto sólo de la verdad al expresar ciertos intereses y ciertas creencias de una clase o estrato de la sociedad. Por lo tanto, una "ideología" es creída firmemente por los que la comparten y no es algo que puede cambiarse o ajustarse a voluntad. Pero en una sociedad en trance de formación, como la cubana, y en la que han desaparecido distintos estratos sociales (como la alta burguesía), el conjunto de nociones, que se ha inculcado en la mente de los hombres por el grupo dirigente que encarna los valores y las creencias del mundo capitalista, se ve atacado por la pragmática y la urgencia de acondicionamiento de las masas. Y si se habla, como lo haremos más adelante, de una ideología de la Revolución cubana, tendremos de olvidarnos de la primera definición que hemos hecho de la ideología, que es la falsa y engañosa, y atenernos a estas palabras esclarecedoras de Engels en su carta a Mehring de Julio 14 de 1893, "la ideología es un proceso que el llamado pensador cumple conscientemente, pero con una conciencia falsa. Las verdaderas fuerzas motrices que le impulsan le permanecen desconocidas, pues de lo contrario no sería un proceso ideológico". En este sentido Sartre tiene razón al notar y señalar la ausencia de una ideología, pues al proceso revolucionario cubano no lo guía una conciencia falsa ni le "permanecen desconocidas" las "verdaderas fuerzas motrices". En resumen, no podríamos hablar de una ideología de la Revolución sin caer en ambigüedades y hemos preferido, de aquí en adelante, emplear el vocablo "ideario" al tratar de delinear algunos de los paralelismos entre el pensamiento y las ideas que Martí fue desarrollando en sus escritos sobre la nacionalidad y su definitiva realización en el proceso revolucionario que estamos viviendo actualmente en Cuba.

En la conciencia del pueblo cubano siempre estuvo presente el sentir de que los grandes ideales de nuestros libertadores se habían frustrado con el advenimiento de la República y su posterior subordinación al imperialismo yanqui a través de la Enmienda Platt. En forma más diáfana se recoge esta protesta consciente en la obra de Sanguily, Juan Gualberto Gómez, Varona y muchos otros escritores así como en la lucha revolucionaria y antimperialista de Martínez Villena, Mella y Guiteras. Pero ese desasociego y desencanto en el pueblo mismo con el rumbo que iban tomando los acontecimientos a partir de la instauración de la República, se encarnó en esa frase popular que tantas veces hemos oído repetir en nuestra vida, "¡Si Martí viviese...!" o en aquella otra que Fidel Castro citaba en uno de sus discursos, "Esto no lo arregla nadie". Pero la primera es la que nos interesa porque revela que ha existido siempre la vivencia en nuestras masas de un ideario martiano, de un concepto de cómo debían de ser las cosas y cómo no lo eran, hasta el triunfo de nuestra Revolución. Oscuramente siempre en el pueblo existió la convicción de que en Cuba se requería un cambio radical de vida y de forma de ser para hacer posible las magnas realizaciones que Martí preconizaba desde la manigua. Durante casi toda nuestra historia republicana, los demagogos de turno concentraron las energías políticas de los partidos en una labor de oposición al régimen en el poder como si la sustitución de un jefe político por otro fuese a subsanar todas las injusticias y abusos que sufría nuestro pueblo. La receta era política y los aprovechados eran los políticos de turno, prestos a escalar el poder público. Uno de los rasgos geniales de Martínez Villena fue el saber desenmascarar el programa político del A.B.C., demostrando sagazmente cómo el remedio a nuestros males había que buscarlo en los orígenes económicos y sociales, es decir en el concepto mismo que de la sociedad sustentaban los ideólogos de turno. Y como esta visión de nuestras cosas estaba necesariamente teñida por una ideología falsa que se ajustaba a los intereses y creencias de una sociedad capitalista, toda verdadera transformación liberadora tenía que tener como base y proyección última la total destrucción del sistema capitalista y su corolario, la dominación imperialista, en nuestro país. Claro, esto implicaba una revolución marxista en nuestra sociedad que las circunstancias mundiales que tocó vivir a Martínez Villena hacían casi imposible, pues el imperialismo todavía mantenía un estrecho cerco en torno de la naciente sociedad comunista en la Unión Soviética. En esos momentos en que toda la energía del pueblo ruso estaba dedicada a la tarea de afianzar su economía socialista y romper el bloqueo de las naciones capitalistas, empeñadas en hacer fracasar aquel nuevo experimento revolucionario, no podíamos haber esperado una ayuda eficaz y protectora, aun en el caso de que se hubiese logrado en Cuba una toma del poder por la clase obrera. Ello explica la relativa facilidad con que el imperialismo amordazó la protesta revolucionaria después de la caída del machadato e impuso a través del caudillo militar, que encarnaría la persona del tirano Batista, la represión de todo movimiento realmente liberador en nuestro país. Pues se ha visto: en el transcurso de la experiencia vivida a partir del triunfo de la Revolución, para que se imponga una verdadera revolución en los países subdesarrollados y colonizados, como Cuba, Egipto o Indonesia, sin que la amenaza imperialista se haga efectiva, se requiere la ayuda económica y moral de los países socialistas que representan la contrabalanza al poderío capitalista en el conjunto político mundial. De no haberse producido este cambio, que implica la posibilidad de que le vendamos a otros países nuestra producción azucarera y que obtengamos de ellos los bienes de equipos y de inversión necesarios para establecer una industrialización racional y planificada en Cuba, el imperialismo se hubiese salido con las suyas y estaríamos hoy día en franca bancarrota económica. Y aquí ya se ve perfilándose la realización del ideario de Martí en nuestra Revolución al comprobarse con los hechos sus palabras a Manuel Mercado: "Hay que equilibrar el comercio, para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno... Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él". Concretamente, el pueblo que depende de una nación poderosa para su subsistencia económica, está irremediablemente esclavizado a esa nación poderosa. Y de ello se desprende que todo cambio radical en su estructura social estaría impugnada por el poderoso vecino si ve en ello una amenaza a sus intereses básicos. Martí comprendió perfectamente esta íntima relación entre lo económico y lo político, y el dominio de los grandes intereses de las naciones imperialistas en la vida de las naciones subdesarrolladas, que fungen como colonias del capital financiero de las grandes potencias.

La obra fundamental de Hobson sobre el imperialismo no se publicará hasta 1902

y las de Hilferding y Lenin aparecerán respectivamente en 1910 y 1917, pero hay que señalar como Martí ya definía en líneas generales el fenómeno imperialista hacia 1890 e intuía los factores que lo mueven. Martí no solamente nos alerta sobre el hecho de que "el que compra manda", que "unión económica dice unión política", y que "el influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político", sino que destaca cómo los Estados Unidos, empujados por "la plétora fabril traída por el proteccionismo desordenado", tienen urgencia de volcar su producción y sus capitales sobrantes en el extranjero y de subtituir en la América Latina a los europeos en la caza de los mercados y cómo los banqueros juegan un papel predominante en la expansión económica del imperialismo en los pueblos más debiles y atrasados. Releyendo sus "Escenas Norteamericanas" y las cartas en que habla a sus amigos de sus impresiones sobre la civilización norteamericana, comprendemos lo mucho que estudió y meditó Martí sobre la nación vecina. Esos escritos quedan como uno de los análisis más penetrantes y esclarecedores de la sociedad americana en el siglo XIX. Por su alcance y variedad de temas, así como por su agudeza interpretativa, sólo pueden compararse con la obra de Alexis de Tocqueville. De la clase banquera, que representaba entonces los intereses financieros del imperialismo naciente, nos dice, explicando causas y razones: "La inmigración tumultuosa; la fantástica fortuna que la recibió en el Oeste; la fuerza y riqueza mágicas que surgieron y rebosaron con la guerra, produjeron en los Estados Unidos esas nuevas cohortes de gente de presa, plaga de la República, que arremete y devasta como aquélla. El país bueno la ve con encono, pero alguna vez, envuelto en sus redes, o deslumbrado con sus planes, va detrás de ella. Algunos presidentes, como Grant, mismo, hecho a tropa y conquista, la aceptan y mantienen, y comercian con ella su apoyo y la accesión de una tierra extranjera. Forman sindicatos, ofrecen dividendos, compran elocuencia e influencia, cercan con lazos invisibles al Congreso, sujetan de las riendas la legislación, como un caballo vencido, y, ladrones colosales, acumulan y se reparten ganancias en la sombra... Tienen soluciones dispuestas para todo: periódicos, telégrafos, damas sociales, personajes floridos y rotundos, polemistas ardientes que defienden sus intereses en el Congreso con palabras de plata y magnífico acento. Todo lo tienen: se les vende todo cuando hallan algo que no se les vende, se coaligan con todos los vendidos, y lo arrollan...". Martí estaba analizando entonces, 1885, el proyecto de una camarilla de banqueros de comprar en 100,000,000 de dólares la frontera del norte de México, colosal operación financiera de los imperialistas de Wall Street, que sólo fracasó debido a la honestidad del gobierno americano. Y añade, que a pesar del fracaso: "insisten; pero pujan; pero azuzan sin escrúpulo el desconocimiento y desdén con que acá en lo general se mira a la gente latina, y más, por lo más cercana, a la de México...". Y termina con estas palabras candentes: "¡En cuerda pública, descalzos y con la cabeza mondada, debían ser paseados por las calles esos malvados que amasan su fortuna con las preocupaciones y los odios de los pueblos!

"¡Banqueros no: bandidos!"

Aunque Martí comprendió la necesidad que tenían las pequeñas naciones de capitales extranjeros, señalaba ya bien claro los peligros existentes en toda relación íntima con esas "cohortes de gente", como él llamaba a la clase banquera, agregando que había que evitar a toda costa el peligro de sustituir "una nación estancada con una nación prostituída". Lo que no pudo llegar a comprender *completamente,* dado el desarrollo posterior del capitalismo financiero, fue que el imperialismo no transigía en sus planes de dominación absoluta y que la Cuba futura tenía que desligarse totalmente de todo apoyo norteamericano, en tanto imperase una sociedad capitalista y una política imperialista en los Estados Unidos. Así, llevando a sus conclusiones lógicas esa visión incompleta de Martí, la Revolución tuvo como una de sus primeras metas la destrucción de todo lazo financiero con el vecino del Norte. La nacionalización de los Bancos y la repulsa de todo empréstito financiero norteamericano es una consecuencia de esa política de liberación económica que ha propuesto y mantenido, a pesar de las críticas de muchos economistas cubanos, Fidel Castro. Para muchos, la nación no podía salir adelante sin la ayuda del capital norteamericano, pero Fidel Castro, como Martí, y siguiendo su pensamiento en lo económico, comprendió que a la larga todo entendimiento con los Estados Unidos significaba la continuación del tutelaje yanqui. La solución era la de Martí: buscar bienes de inversión en otras esferas e ir hacia la diversificación del comercio exterior que evitase la sumisión de Cuba a otras potencias extranjeras.

Martí había comprobado que después de la tregua del Zanjón los Estados Unidos ocupaban ya el puesto de la metrópolis colonial de Cuba; así en los años posteriores a 1895 los intereses norteamericanos superaban los de nación alguna y nuestro comercio dependía más y más del vecino del Norte. Había meditado largamente sobre este peligro de absorción económica por parte de los Estados Unidos, y ésta es la causa de que rechazara siempre la colaboración activa de los norteamericanos en la guerra de Independencia. Con visión futura, y pensando en la República que pronto se instauraría, Martí nos pone en guardia contra el peligro de concertar alianzas con el Norte poderoso, porque "si dos naciones no tienen intereses comunes, no pueden juntarse. Si se juntan chocan". ¡Qué proféticas resultan estas palabras cuando pensamos en los recientes acontecimientos y el rompimiento de relaciones con los Estados Unidos! Y más significativas resultan éstas otras para aquellos traidores y renegados que sólo admiran lo que proviene del Norte y se inclinan serviles ante los mandatos y los ejemplos yanquis, pues desenmascaran la falsa civilización yanqui. Parecen haberse escrito para estos días en que siguen imperante la discriminación racial y el desdén por los pueblos pequeños de la América Latina. Las palabras que vamos a transcribir explican por qué los norteamericanos no pueden comprender ni simpatizar con nuestra lucha revolucionaria y sancionan la decisión de dejarlos por imposibles y buscar el apoyo y la amistad de otros pueblos, como parece haber hecho nuestro Gobierno. Martí vio perfectamente los gérmenes de la decadencia de la sociedad norteamericana y el abandono de los grandes ideales de justicia y humanidad de los Padres Fundadores como Washington y Jefferson y como en ese nuevo concepto del hombre que se forjaba a los acordes de una carrera loca por acumular dinero, no quedaba la menor posibilidad de comprensión o simpatía con cualquier pueblo que se opusiera a sus planes de conquista. Hay que hablar con un hombre de negocios norteamericano cualquiera para comprobar hasta dónde ha calado ese desprecio de todo lo latino en el yanqui y cómo siguen hostiles a todo lo que no sea conveniente a sus poderosos intereses. Y porque estas palabras de Martí explican mucho de lo que ocurre hoy día en nuestra patria y descubren las causas psicológicas y nacionales de esa actitud agresiva hacia Cuba, es que las cita *in extenso:* "Ni el que sabe y ve puede decir honradamente, —porque eso sólo lo dice quien no sabe o no ve, o no quiere por su provecho ver ni saber— que en los Estados Unidos prepondere hoy, siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador, de los colonos rebeldes, ya segundones de la nobleza, ya burguesía puritana; sino que este factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo o robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el injerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se ejerció sobre ellos. Creen en la necesidad, en el derecho bárbaro, como único derecho: "esto será nuestro, porque lo necesitamos". Creen en la superioridad incontrastable de "la raza anglosajona sobre la raza latina". Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india que exterminan. Creen que los pueblos de Hispanoamérica están formados, principalmente, de indios y negros. Mientras no sepan más de Hispanoamérica los Estados Unidos y la respeten más —como con la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz, de nuestros elementos y recursos, podrían llegar a respetarla,— ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispanoamérica a una unión sincera y útil para Hispanoamérica? ¿Conviene a Hispanoamérica la unión política y económica con los Estados Unidos?".

Es curioso que estas preguntas, claves para el desarrollo futuro de la República cubana y para el de las naciones hispanoamericanas, se las hiciera Martí en 1891, en vísperas de la guerra definitiva contra la Colonia. Y digo que es curioso porque aunque Martí tiene en su obra páginas de admiración y afecto hacia los Estados Unidos, es al final de su vida que parece más atormentado con el problema que representaba para Cuba la creciente influencia de los Estados Unidos en las Antillas. En 1894 declaraba que "en el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, —mero fortín de la Roma americana; y si libres,— y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—, serían en el Continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartidos en secciones hostiles—, hallará más segura su grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo"

Estas palabras parecen escritas hoy, y profetizar lo que ocurrió en realidad el día en que los "marines" se encargaron de implantar la sumisión de los vecinos menores al imperialismo financiero norteamericano. Ese temor que expresa Martí de una conflagración mundial en el afán de predominio mundial por parte de los Estados Unidos es precisamente el que nos embarga hoy día cuando esperamos la posible invasión yanqui. Por eso siempre hay que volver a Martí para descubrir en sus advertencias, los consejos, directrices, y enseñanzas necesarios para el logro de nuestro destino histórico. Y es revelador que en los momentos en que el imperialismo yanqui arrecia su guerra fría y sus provocaciones abiertas, resuenen estas advertencias de Martí, con una actualidad como si hubiesen sido escritas ayer. Y vale la pena destacar ese presentimiento oscuro de Martí que veía en Cuba y Puerto Rico los dos baluartes contra la penetración imperialista así como su convencimiento de que las fuerzas norteamericanas no debían entrar en la lucha contra España. Después de su muerte, se ven confirmados sus temores cuando esas tropas ocupan la República y por la fuerza nos imponen la ignominiosa Enmienda Platt. De que Martí, al morir casi, estaba obsesionado con la amenaza del poderío yanqui lo revela mejor que nada, la carta escrita en vísperas de su caída en Dos Ríos, a Manuel Mercado: "Ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con que realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras". Esa genial intuición de Martí se vió confirmada por eventos posteriores. Esta carta demuestra bien claro cómo en lo íntimo de su pensamiento, y hasta en los momentos finales de su vida, seguía imperante esta preocupación por el destino de los pueblos de América frente al fantasma imperialista. Y que esta cruzada era harto peligrosa aún en aquellos tiempos lejanos, lo confirman estas palabras misteriosas que agrega Martí a lo anterior: "Cuanto hice hasta hoy, y haré, es para eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin".

Puede decirse que el pensamiento socio-económico de nuestra Revolución responde a las cuatro grandes directrices es-

bozada en el ideario de Martí, fomento, diversificación, equilibrio del comercio exterior y reforma agraria. No en balde se ha dicho tantas veces que nuestra Revolución es tan cubana como nuestras palmas reales. Las principales leyes revolucionarias realizadas por nuestro Gobierno ya habían sido anunciadas como promesas futuras en el famoso discurso "La historia me absolverá", y la derivación de las mismas ha sido la realización de una sociedad socialista en las que los medios de producción y gran parte de la propiedad privada han pasado a manos del pueblo. Así se verá, como lo han notado muchos observadores extranjeros, que los hechos de nuestra realidad histórica explican la aparición en el curso de los últimos meses de una sociedad socialista bien definida. Si Fidel Castro ha dicho certeramente que la Revolución se afianza en el contraataque a los ataques del imperialismo yanqui y de la contrarrevolución, hay que destacar el papel predominante que el curso de los acontecimientos ha jugado en la concreción de ideas sociales y económicas que durante algún tiempo permanecieron en un reino de vaguedad y especulación. Así ninguna doctrina social o económica explícita ha guiado la creación del nuevo Estado cubano. Pero sí se puede decir que la sociedad que va perfilando sus líneas y confines en el transcurso del tiempo es una sociedad en las que participan y adquieren realidad las ideas más hermosas de nuestro Apóstol. Ya sea porque el pensamiento de nuestros máximos revolucionarios estaba impregnado del ejemplo martiano o bien porque la lógica interna de nuestra historia provocaría el surgimiento de un Estado que incorpora las principales directrices del programa que Martí, con clarividencia pasmosa, anunció como el más justo y apropiado para nuestra nación.

Hemos destacado algunas de las opiniones de Martí en relación con la influencia imperialista sobre la América Latina, porque hoy día es tema obligado ante la amenaza yanqui, pero vamos a echar una mirada rápida a algunos de los aspectos fundamentales de su pensamiento socio-económico para establecer y comprobar algunas de las asombrosas coincidencias entre nuestra nueva sociedad y la república que soñó nuestro Apóstol.

Hay que recordar siempre al hablar de Martí que aparte de sus grandes dotes de análisis y síntesis, del profundo conocimiento que tenía de su época y de los problemas sociales y económicos que acosarían a los gobernantes de la futura República cubana, fue un hombre nacido en el siglo XIX y por lo tanto imbuído del espíritu y de las ideas de su tiempo. Esto es lo que hace más asombrosa su visión del futuro y su rechazo de muchas ideas que en aquellos días parecían dar la solución perfecta a los problemas de la sociedad humana. Leyendo sus artículos sobre la vida norteamericana, se evidencia una lenta pero decidida evolución hacia un concepto social que lo hermana más con las ideas de los radicales que veían ya los peligros inherentes en el sistema capitalista triunfante. Si dice: "Esclavo es todo aquel que trabaja para otro que tiene dominio sobre él", es para agregar estos conceptos sobre la riqueza: "Las riquezas injustas, *las riquezas que se arman contra la libertad y la corrompen;* las riquezas que excitan la ira de los necesitados, de los defraudados, vienen siempre del goce de un privilegio sobre las propiedades naturales, sobre los elementos, sobre el agua y la tierra, que sólo pueden pertenecer a modo de depósito al que saque mayor provecho de ellos para el bienestar común". Estas ideas de Martí, de haberlas desarrollado en toda su lógica interna, no podía sino llevarle a un concepto mucho más radical en cuanto a lo que debería ser la sociedad futura, es decir, a echar su suerte definitivamente con los humildes, con el campesinado y el proletariado de Cuba. Pero Martí, en su bondad excelsa y en su humanidad, pedía, no la lucha de clases que preconizaba Marx, sino la unión de todos los cubanos y de todas las clases en bien de la Patria. Evidentemente no comprendió, en todo su extensión, que las clases capitalistas serían precisamente el arma de que se valdría el imperialismo para mantener a la república futura bajo la explotación y la tiranía. Sintió que algo podrido había en este sistema capitalista, y especialmente en su máximo exponente, los Estados Unidos cuando exclama: "Esta república, por el culto desmedido a la riqueza, ha caído, sin ninguna de las trabas de la tradición, en la desigualdad, injusticia y violencia de los países monárquicos". En las "Escenas Norteamericanas" *(Editorial Trópico)* están todas sus observaciones y sus análisis sagaces sobre la realidad social norteamericana, su gran desarrollo económico, la grandeza de algunos de sus hombres, las impurezas de su sistema de gobierno, así como sobre las ambiciones políticas y continentales de sus Presidentes. Tras mucho estudio y meditación, Martí salió de allá convencido que había que cuidarse del "monstruo". Al ver las injusticias sociales que acompañan a este sistema capitalista exclama: "Este mundo es horrible: ¡créese otro mundo! como en el Sinaí, entre truenos; como en el Noventa y Tres, de un mar de sangre: ¡Mejor es hacer volar a diez mil hombres con dinamita, que matar a diez hombres, como en las fábricas, lentamente, de hambre". En estas palabras están implícitas ya sus dudas sobre esta sociedad y el presentimiento que estaban por verse grandes luchas sociales. Desde 1889, en carta a Serafín Bello, Martí profetizaba: "Lo social está ya en lo político, en nuestra tierra, como en todas partes; yo no le tengo miedo, porque la justicia y el peso de las cosas son remedios que no fallan..." Ya veía Martí que no sólo bastaba con echar su suerte con "los pobres de la tierra"; era menester algo más: "Con los oprimidos habrá que hacer causa común, para afianzar el sistema opuesto a los intereses y hábitos de mando de los opresores". Estaba pensando naturalmente, en los españoles, pero no cabe duda que de vivir hoy estaría igualmente con los humildes y contra los opresores. No cabe otra cosa dentro de su pensamiento y de su apostolado que se resume en estas palabras que parecen de Cristo. "Mientras haya un pobre, a menos que sea un perezoso o un vicioso, hay una injusticia". En la hora presente, él, que dijo estas cosas, estaría con el trabajador y el campesino, como está la Revolución Cubana. Martí explicó muy bien sus sentimientos y así también dijo: "El corazón se me va a un trabajador como a un hermano", porque sabía que los que más dieron y más se sacrificaron por la causa de la Independencia fueron esos humildes trabajadores que vivían exilados en Tampa y otras ciudades de Norteamérica. Esto siempre lo llevó vivo en el recuerdo Martí y así tienen que sentirse los líderes de nuestra Revolución que también han visto que la más entusiasta y sacrificada colaboración ha sido la de los trabajadores humildes, tanto ayer en la lucha contra el tirano como ahora ante la amenaza extranjera.

La Revolución Cubana ha bebido constantemente de las enseñanzas y del ejemplo de Martí. En toda la obra de Fidel Castro, desde "La historia me absolverá" hasta sus discursos más transcendentales, se evidencia la huella profunda del ideario martiano y su mismo estilo oratorio y literario refleja el sello del estilo de los *Versos Libres,* y de las mejores prosas de Martí. Aunque hoy las circunstancias históricas exigen soluciones muy diferentes que aquellas que se presentaban en la época en que vivió Martí, la Revolución ha orientado su brújula hacia los ideales que propugnaba el Apóstol, siempre que nuestra realidad histórica no haya superado por el peso del tiempo las soluciones por él sugeridas.

Para resumir, quiero citar un párrafo del Comandante Guevara que viene a justificar mi tesis del profundo sentido martiano de nuestra Revolución así como del pensamiento que guía la obra de nuestros gobernantes. Me he limitado a estudiar algunos aspectos de las ideas de Martí sobre Norteamérica y su pensamiento socio-económico en relación con la gran transformación social que estamos contemplando hoy en Cuba, por ser de más interés en la hora actual. Mucho escribió Martí de agricultura y de las necesidades de educar a todo el pueblo para que conservara su libertad y su dignidad frente a la amenaza de los opresores y de los tiranos. Mucho meditó sobre los peligros de la discriminación racial y la urgencia de que todos, negros y blancos, fuésemos hermanos, tanto en la guerra como en la paz. Y mucho insistió en la importancia de no llevar a la escuela la enseñanza religiosa sectaria: "Ni religión católica hay derecho de enseñar en las escuelas, ni religión anticatólica...". Así, adelantándose a otra de las directrices del Gobierno Revolucionario, abogó por los "maestros guajiros", esos maestros ambulantes que llevarían la instrucción a los rincones más remotos del país, y aclaró: "Alzamos esta bandera y no la dejamos caer: la enseñanza primaria tiene que ser científica". Consideró deber y derecho del Estado el asumir la educación del pueblo y parece hablarnos cuando dice "al venir a la tierra, todo hombre tiene derecho a que se le eduque y después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás". Palabras que respaldan y justifican la labor de todos en este *Año de la Educación.*

Por estas cosas que nos enseñó Martí y, porque su ejemplo vive entre nosotros con más vigencia y realidad que nunca en nuestra historia, es que quiero terminar con palabras del Comandante Guevara, expresadas el 28 de Enero del año pasado, en el Capitolio Nacional. Porque resulta significativo que haya sido un argentino y no precisamente un cubano quien haya destacado el papel dominante de la figura de Martí en nuestra Revolución. Y aunque él es hoy tan cubano como los mismos guajiros que le ayudaron a liberarnos, nos conmueve que él nos recuerde estas cosas hermosas de nuestra Revolución: "Más aún, Martí fue el mentor directo de nuestra Revolución, el hombre a cuya palabra había que recurrir siempre para dar la interpretación justa de los fenómenos históricos que estábamos viviendo y el hombre cuya palabra y cuyo ejemplo había que recordar cada vez que se quisiera decir o hacer algo trascendente en esta Patria".

Al leer estas palabras del Comandante Guevara, este tributo excelso y justo a la memoria de nuestro más grande libertador, comprendemos que el destino de Cuba estará siempre ligado a su prédica y a su enseñanza y que Martí seguirá siendo el guía espiritual de nuestra gloriosa Revolución Cubana.

DIALOGOS DE VIDA Y MUERTE

POR CALVERT CASEY

A LA gran obsesión con la vida en Martí, responde otra obsesión igualmente poderosa, o más poderosa aún, la de la muerte. Desde que su producción literaria comienza a fluir en abundancia en México, no cumplidos aún los 25 años, hasta pocas horas antes de Dos Ríos la idea de la muerte estará alimentando todo su pensamiento.

La suya es la muerte del héroe romántico en su más puro aspecto. Quien tenía la certeza del reino de este mundo, de la felicidad posible, obtenible por la simple fórmula de la generosidad y el amor, sintió toda su vida, y es la nota que remata muchos de sus pensamientos, el deseo de la muerte, en contraste con la otra gran vertiente del pensamiento martiano: el amar la vida, la fuerte pasión por el goce de los sentidos, la posibilidad de ver los más mínimos detalles de un mundo que para él es esencialmente hermoso y sólo pasajeramente afeado por lo menos noble en sí, y en sus semejantes.

La contradicción no es aparente. Surge de la más somera lectura de una gran mayoría de textos martianos, y es uno de sus rasgos más intrigantes.

Una formidable (y envidiable) pasión literaria, casi única en las letras hispanoamericanas, que le hacía pensar escribiendo como otros piensan en voz alta y que lo obligaba a escribir como la manera esencial de pensar, nos revela las dos grandes pasiones de Martí: la de la vida y por encima de ésta, la de la muerte. Fuga, diría un psiquiatra moderno, tendencias suicidas, autodestrucción, duplicidad del ego u odio a sí mismo. Todo es posible. Preferimos contrastar las dos tendencias para obtener la visión de un cerebro pensante de rara honestidad para su época, y de una originalidad que impulsa grandemente su tradición. Indudablemente se nutre del naturalismo, lo admira y lo cita constantemente. Pero su yo interior es otra cosa. Los constantes estallidos de un cerebro atormentado e inmensamente fecundo denuncian al héroe romántico rezagado, el mismo que permanecerá sumergido y en silencio en medio de la inundación del positivismo y sus secuelas literarias hasta volver a consultar la muerte en lenguaje surrealista. No es casual que sienta "el misterio de Poe" y comprenda su mundo tenebroso.

La suya no es la obsesión existencial con la muerte, que exige el compromiso como la única justificación de una vida cuyo significado no debe preocuparnos porque no es aparente. Sería infantil negar que a la inmanencia Martí prefiere la trascendencia. Es un convencido de ella, por admisión explícida, desde los primeros artículos de México, y mantendrá la convicción hasta última hora. Rara vez habla de Dios y detesta la religión organizada, pero cree, como anota Vitier, en una vida preexistente y en la venidera. ¿Explica esto su obsesión con la muerte? Difícilmente, porque al otro lado de la balanza está la intensa pasión por la vida, la capacidad apasionada para gozar de la tierra ("contigo renazco", le dirán una y otra vez sus mujeres), un amor por la justicia y la bondad humanas muy difícil de conciliar con el desasimiento del trascendentalista activo.

El ensayo sobre Wall Whitman nos inicia en la fascinación de Martí con la vida y con la muerte. Admira con pasión al Whitman de la "persona natural", de la "naturaleza sin freno en original energía", de las "miriadas de mancebos hermosos y gigantes", al Whitman "satisfecho", pero abre su ensayo citando al Whitman que cree que "el más breve retoño demuestra que en realidad no hay muerte", para enseguida contemplar con él: "la muerte es la cosecha, la que abre la puerta, la gran reveladora": "lo que (y ya esto es Martí) siendo, fue y volverá a ser; porque en una grave y celeste primavera se confunden las oposiciones y penas aparentes... la vida es un himno; la muerte es una forma oculta de la vida... los hombres al pasar deben besarse en la mejilla; abrácense los vivos en amor inefable; amen la yerba, el animal, el aire, el mar, el dolor, *la muerte*". ¿Deseo de negarla? No en quien escribe que "la muerte o el aislamiento serán mi premio único" o que "la muerte es júbilo, reanudamiento, tarea nueva", para rematar con que "la muerte es la vuelta al gozo perdido, es un viaje".

Las tres afirmaciones, dichas en los años de México, y ahondadas hasta llegar al enigmático "Qué es la capacidad de morir sino la capacidad de ordenar?", alcanzarían por sí mismas la categoría de obsesión. Pero dichas por un profundo gozador de la vida y por uno de los grandes creadores políticos del siglo XIX en el continente americano revelan a un hombre más misterioso y extraordinario aún de lo que habíamos supuesto. Su actitud desmiente todo el pensamiento moderno de que el supremo mal es la muerte, viniendo como viene de uno de los más grandes comprometidos del siglo XIX, capaz dè un grado de compromiso que haría palidecer de envidia al más *engagé* de los héroes sartrianos y de un hombre que no deja de sentir admiración por el pensamiento materialista: "La filosofía materialista, que no es más que la vehemente expresión del amor humano a la verdad, y un levantamiento saludable del espíritu de análisis contra la pretensión y soberbia de los que pretenden dar leyes sobre un sujeto cuyos fundamentos desconocen..."

¿Quién puede dejar de sentirse intrigado ante el gran espíritu que capaz de pensar que "adelantar por las sendas de la muerte es una forma de la vida, como el arte es una forma del amor", mientras dedica la vida entera a asegurar las óptimas condiciones materiales y políticas a todo un pueblo?

Explicar este aspecto de su personalidad limitándolo al viejo culto hispánico de la muerte que se hermana con la pasión por la vida sería injusto. Martí es mucho más complicado. Hay algo que lo convierte en el héroe existencial de nuestros días: su negativa a aceptar *a priori* nada que no haya podido experimentar directamente. Pero Martí excede al héroe existencial en que si éste se niega a discutir la muerte porque lo aniquila y la ve como una enorme amenaza, Martí trabaja con ella en todo el curso de una de las vidas más plenas posibles, trata de controlarla, de dirigirla, de expresarla en términos vitales para restarle su carácter definitivo, de incorporarla a la vida, negado a la última exclusión, desde una de las vidas más fragorosas de su tiempo: "Es un crimen oponer a la muerte todos los obstáculos posibles"... "así, siento que muero y alzo la cabeza, tiemblo de un espantoso frío, y sigo adelante". Es la actitud dualista, hecha respetable por una de las vidas más fecundas y extraordinarias con que nos hayamos puesto en contacto.

En sus últimos momentos, su obsesión por unir los opuestos, por salvar las contradicciones aparentes deja de ser una expresión literaria para convertirse en sus actos póstumos. El viaje de Monte-Cristi a Cabo Haitiano, de Cabo Haitiano a Dos Ríos, es un fervoroso canto a la existencia por un espíritu que ha alcanzado al fin la embriaguez de vivir, abiertamente dionisíaca. "En estos campos suyos, únicos en que al fin me he sentido entero y feliz... llegué al fin a mi plena naturaleza. No estuve más sano nunca..."; "al sombrío de los árboles se oye un coro de carcajadas. Los mozos echan el brazo por la cintura a las mujeres de bata morada. Una madre me trae su mulatico risueño. Y los ojos me comen, y luego se echa a reir mientras se lo acaricio y se lo beso. Sobre la cerca pobre empina los ojos luminosos Augusto Etienne". "...es el fustán almidonado de una negra que pasa triunfante". Y días después: "...parece impasible, con la mar a las plantas y el cielo por fondo, un negro haitiano. El hombre asciende a su plena beldad en el silencio de la naturaleza", para llegar en las selvas de Baracoa a los límites de la exaltación: "La noche bella no deja dormir... Vuelan despacio en torno las *animitas*; entre los nidos estridentes oigo la música de la selva, compuesta y suave... siempre sutil y mínima —es la miriada de son fluído ¿qué alas rozan las hojas? ¿qué violín diminuto y oleadas de violines, sacan son, y alma, a las hojas? ¿qué danza de almas de hojas?". Y en la gran exaltación de la vida el gran abrazo a la muerte, como negándose a dejarla fuera del banquete, complacido de su proximidad, de comprobar la ausencia de horror *en lo que mucho se ha temido*, con una complacencia no exenta de morbosidad: "No es horrible la sangre de las batallas"... "¿será verdad qué ha muerto Flor, gallardo Flor?... Juan vió muerto a Flor, muerto, con su bella cabeza fría y su labio roto". Estas últimas páginas sobre la muerte posiblemente den la clave del insistente contrapunto de toda una vida: Martí llega a mar tanto la vida y siente tanto horror a la muerte que su única forma de destruírla es haciéndola parte de la vida, jugando con ella, tocándola, besándola. Ve ejecutar al cuatrero Masabó "sin que al hombre se le caigan los ojos, ni en la caja del cuerpo se vea miedo: los pantalones, anchos y ligeros, le vuelan sin cesar, como a un viento rápido". Y unas leguas más allá: "¿Cómo no me inspira horror la mancha de sangre que ví en el camino? ¿ni la sangre, a medio secar, de una cabeza que ya está enterrada, con la cartera que le puso de descanso un jinete nuestro?". Aunque mucho más, es también el viejo juego sensual con que el español acaricia la muerte para destruírla. Y los anuncios constantes: "yo sigo a un viaje donde no me llegará respuesta suya"... "vamos de frente y acaso no vuelva... yo aquí quedo con el alma en fuego"... "Será un rompimiento interior, una caída suave..."

Las últimas horas permiten intuir el enigma, anunciado ya en las dos estrofas de los *Versos sencillos* que sacuden con violencia a la poesía española:

En cuanto llega a esta angustia
Rompe el muerto a maldecir:
Le amanso el cráneo: lo acuesto:
Acuesto el muerto a dormir.

Mi paje, hombre de respeto,
Al andar castañetea:
Hiela mi paje, y chispea:
Mi paje es un esqueleto.

Ante la amenaza al supremo bien de la vida, Martí se pone a sobar la muerte, a hacerla suya mediante la proeza poética morbosa, para destruírla comunicándole la vida que es su negación y su destrucción definitiva.

DICHO DE Martí

JOSE MARTI

Por Julio Caillet-Bois

REVOLUCIONARIO como él, que razonara tan largamente y, en tan magnífica prosa los motivos y proyecciones de su empresa, no lo hubo jamás. Desdeñan la literatura esos hombres de acción: Martí la puso al servicio de su patria. ¿No tenía a orgullo "haber servido de lengua a su tierra amenazada y ofendida?" Y además, al decir oportuno y bello se le confunde con el haber. Como si supiera que la muerte habría de sorprenderle en los umbrales de la patria, se preocupa por dejar el testimonio literario de su vasta campaña. Se reunirían después, y en esos artículos febrilmente pergeñados, y en las cartas henchidas de amor, y en sus proclamas y proyectos y en los discursos donde la retórica no es hueca porque todo apunta certeramente al problema de urgencia hay unidad superior, porque todo lo concibe en grande, y es defecto que él mismo confiesa el de "no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes". Cuando hablaba de Cecilio Acosta decía que "hay una especie de confusión que va irrevocablemente unida como señal de fuerza a una legítima superioridad", y hay también en él esa culpa de exceso, que es de grandes y de pocos. Como sus trabajos políticos son los literarios, empresa de amor para él: "no escribe con sosiego ni le sale natural sino cuando siente que escribe para personas que ha de amarle". Por eso es joya su carta, y su discurso patriótico.

M A R T I

**Cuba, flor espumosa, efervescente
azucena escarlata, jazminero
cuesta encontrar bajo la, red florida
la antigua arruga que dejó la muerte,
la cicatriz cubierta por la espuma.**

**Pero dentro de tí, como una clara
geometría de nieve germinada, ...
donde se abren tus últimas cortezas,
yace Martí como una almendra pura.**

**Está en el fondo circular del aire,
está en el centro azul del territorio,
y reluce como una gota de agua
su dormida pureza de semilla.**

**Es de cristal la noche que lo cubre.
Llanto y dolor de pronto, crueles gotas
atraviesan la tierra hasta el recinto
de la infinita claridad dormida.**

**El pueblo a veces baja sus raíces
a través de la noche hasta tocar
el agua quieta en su escondido manto,
a veces cruza el rencor iracundo
pisoteando sembradas superficies
y un muerto cae en la copa del pueblo.**

**A veces vuelve el látigo enterrado
a silbar en el aire de la cúpula
y una gota de sangre como un pétalo
cae a la tierra y desciende al silencio.**

**Todo llega al fulgor inmaculado,
los temblores minúsculos golpean
las puertas de cristal del escondido.**

**Toda lágrima toca su corriente.
Todo fuego estremece su estructura.
Y así de la yacente fortaleza,
del escondido germen caudaloso
salen los combatientes de la isla.
Vienen de un manantial determinado.
Nacen de una vertiente cristalina.**

Pablo Neruda.

DE LA INFANCIA MAGICA Y REAL DE SARMIENTO Y JOSE MARTI

Por Fryda Schultz de Mantovani

El gran escritor que hay en Martí está sostenido, adherido al hombre y su palabra nunca es vestidura lujosa sino piel verdadera, imposible de quitar sin desolladura. Admira la obra intensa que dejó escrita, al punto que parece milagro el tiempo que en vida tan breve rindió tanto fruto. Se nos aclara la cosa si pensamos que la literatura no era en él sólo un producto de su inteligencia ni de su imaginación enriquecida, sino legítimo fervor de alma, que todo tiene que decirlo porque vive en todo, y así le sale lo que escribe, temblando de humanidad, como criatura que padece y goza. Más de cuatro mil páginas en papel de seda —dos gruesos tomos de homenaje publicados por la Editorial Lex de La Habana, 1946— constituyen la obra escrita y viviente de José Martí. Abarca casi todos los géneros en prosa y poesía, sin contar más que un reducido número de cartas, esas en las que está el intrañable Martí. Aún en sus últimos días de 1895, en la campaña que emprende para rescatar a su patria cubana —entre marchas agotadoras, viajes, entrevistas y preliminares de la acción— se da tiempo para llevar unos apuntes en los que anota ocurrencias, rasgos de gente humilde o describe escenas de una naturaleza que lo embriaga. Y esas páginas prodigiosas de sonriente pulcritud no están hechas para la publicación, ni siquiera para cumplir un deber, sino es aquel íntimo de volcar su recuerdo de hombre en dos criaturas lejanas y queridas: Carmen y María Mantilla. Es el suyo un diario de viaje que tiene candidez poética, a veces parecida al desafío irresponsable con que puede jugar un niño o cazar mariposas en el umbral de la muerte.

LECCION DE MARTI

Por Miguel Otero Silva

Bolívar deslumbra la pupila; Juárez inspira admiración, a San Martín se le profesa respeto, José Martí, en cambio, despierta —en los hombres, mujeres y niños de América—, amor. Al pie de la estatua de quien fuera libertador y guerrero no estallan oportunos los himnos marciales y los discursos épicos, sino afluye el silencio emocionado de las multitudes, como si cada quien estuviese ante la tumba del padre o del hermano muerto. Porque, así como José Martí llegó a la lid política y a la guerra de liberación por la ruta que le trazaban su espíritu idealista y su luz de poeta, así todos llegamos a Martí por ese mismo camino del corazón, que es la única manera de alcanzarlo. A Martí lo buscarán inútilmente los académicos de levita y los historiadores campanudos; en los fríos anaqueles de las bibliotecas, aplicándole a sus huellas el faro de la epopeya y el catalejo del ensayo pedante. Por allí no se va a Martí. A Martí se llega "cultivando rosas blancas para amigos y adversarios", "echando nuestra suerte con los pobres de la tierra" y "no empañando la vida diciendo mal de mujer". Por el camino de la sencillez y del corazón que es el camino del pueblo.

Mas, después que se llega a Martí, entonces se precisa un gran temple del espíritu y una integral dedicación para el esfuerzo de abarcar su obra. Pues si abierto y sin laderas es el camino que nos conduce hacia él, ardua e ingente es la tarea de impregnarse de la realización universal de este hombre que sólo vivió 42 años y cuya sombra se extenderá siglos y siglos sobre la tierra de América, fertilizando la bondad dormida en el corazón humano, sembrando la semilla fulgurante de la rebeldía en el pecho de los oprimidos y haciendo despuntar la rosa de la belleza y del arte en la mente de los poetas.

MARTI, ESCRITOR

Por Pedro Henríquez Ureña

Los hombres de genio múltiple suelen ser recordados principalmente por su labor en su solo orden de actividad; pasó Leonardo da Vinci, por sus cuadros, y Goethe, por sus obras literarias. Muerto ayer no más José Martí se recuerda en Cuba como guerrero, cuando fue, sobre toda otra cosa, hombre de pensamiento. Héroe consagrado está; el estudio de su personalidad demuestra que, más que libertador de "patrias chicas", —según la frase de ese atrabiliario que acaba de morir, Navarro Ledesma—, Martí habría podido ser realizador de una obra de alcance universal, y en realidad se había propuesto un vasto fin: contribuir al engrandecimiento del ideal democrático y progresista del mundo americano con la creación de una confederación antillana, de la cual era necesario preludio la independencia de Cuba.

Como hombre, Martí ha sido descrito por Domingo Estrada, —un hermoso espíritu que comprendió la espléndida hermosura de aquél, —y hace poco que admirablemente definido por Don Enrique José Varona con la frase d'annunziana "era un vivificador".

La gran fuerza de ese hombre era, repito, su pensamiento. Y a ese gran pensamiento correspondía una expresión vigorosa y bella.

Martí fue, —aunque en Cuba lo sepan pocos—, uno de los grandes escritores castellanos de su siglo. Fue un renovador del estilo, y coincidió en esto con otro gran americano, Juan Montalvo, a quien Valera concede —"siquiera"— el primer puesto entre los prosistas de nuestra lengua en la centuria pasada. Con ellos y con los poetas, —Casal, Darío, Gutiérrez Nájera—, se inicia el florecimiento del nuevo estilo que cultivan en América prosistas sólidos y brillantes como Rodó, Lerisso, Díaz Rodríguez, Zumeta, Gil Fortoul, por desgracia poco conocidos en Cuba—, de ese mismo estilo que hoy aparece por fin en España en el grupo asombroso de Unamuno y Blasco Ibáñez, Valle-Inclán y Martínez Sierra, no del todo ajenos a la influencia americana.

LA LENGUA DE MARTI

Por Gabriela Mistral

Tengo para terminar la mejor cosa que no he dicho, habiendo dicho tantas. Tengo sin alabar al luchador sin odio. El mundo moderno anda muy alborotado con esa novedad de Mahatma Gandhi, combatiente sin odiosidad. El fenómeno tan difícil de combatir sin aborrecer, apareció entre nosotros, en esta Cuba americana, en este santo de pelea que comentamos. Pónganle si quieren un microscopio acusador encima, aplíquenselo a arengas, a proclamas o a cartas, y no les ha de saltar una mancha ni una peca de odio. Metido en esa profesión de aborrecer que es el combate, empujado a esa cueva de fieras hediondas que ha solido ser en la historia la guerra, constreñido a enderezarse, a rechazar, a buscar fusil y a echarse al campo, este extraño combatiente con cara que echa de sus planos resplandores, va a pelear sin malas artes, sin lanzar interjecciones feas, sin que se le ponga sanguinoso el lagrimal, sin que tiemble del temblor malo de los Luzbeles o los Gengis-Kan. Posiblemente hasta los luchadores de la Ilíada han dejado escapar algún terno que Homero se guarda, en lo apretado de la angustia. Martí pelea sobrenaturalmente, sintiendo detrás de sí la causa de la independencia cubana, que le quema la espalda, y mirando delante al montón de los enemigos de ella, impersonal, sin cara que detestar, casi sin nombre, con el solo apelativo abstracto de tiranía o de ineptitud.

Esta vez sí, mis amigos, me resulta mi sujeto sin amarras con mi raza. Mucho ha odiado la casta nuestra, con mucha fuerza ha puesto en esta operación de aborrecer de la cabeza a los pies y de tomar cada país o cada partido, o cada familia, como el toro que es preciso descuartizar para salvarse, haciendo lo mismo con el becerro que le sigue y con el tropel de los que vienen.

Aunque la frase se tiña un poco de cursilería, digamos que Martí vivió embriagado de amor humano, y hasta tal punto que sus entrañas saturadas de esta mirra, no le pudieron entregar ni en el vórtice negro de la pelea un grito verdadero de destrucción, ni un gesto genuino de repugnancia.

Es agradecimiento todo en mi amor de Martí, agradecimiento del escritor que es el Maestro americano más ostensible en mi obra, y también agradecimiento del guía de hombres terriblemente puro, que la América produjo en él, como un descargo enorme de los guías sucios que hemos padecido, que padecemos y que padeceremos todavía. Muy angustiada me pongo a veces cuando me empino desde la tierra extraña a mirar hacia nuestros pueblos que en mí, mujer de valle cordillerano, soldados están por la geografía más importante que la política, y les miro, y les toco con el tacto largo de los insistentes, lo mismo que se tocan cerros y mesetas en los mapas en relieve, la injusticia social que hace en el Continente tanto bulto como la cordillera misma, las viscosidades acuáticas de la componenda falsa, el odio que lo tijeretea en todo su cuerpo, y la jugarreta trágica de las querellas de barrio o barrios nacionales.

En estas asomadas dolorosas al hecho americano, cuando advierto torpezas para las realizaciones, cojeadura de la capacidad, yo me traigo de lejos a nuestro Bolívar, para que me apuntale la confianza en nuestra inteligencia, y de menor distancia en el tiempo, yo me traigo a nuestro José Martí para que me lave con su lejía blanca, de leche fuerte, las borroneaduras de nuestra gente, su impureza larga, persistente. Refugio me ha sido y me será, uno de esos refugios limpios y enjutos que suelen hallarse en una gruta cuando se anda por el bajío pantanoso de alimañas escurridizas, y en el que se entra para poder comer y dormirse después sin cuidado. Esa frente que a ustedes les es familiar me tranquiliza con su plano suave y me echa luces, y luz; esos ojos de dulzura pronta, con la miel a flor de la niña, donde se chupa sin tener que buscar; esa boca cuyo gesto yo no creo, por el bigote grueso que la tapa; ese mentón delgado que desensualiza la cabeza por el segundo extremo, ha-

DICHO DE José Martí

ciendo lo que la frente hace en lo alto; ese conjunto de nobleza benévola, me ha consolado muchas veces de tanto rostro desleal, brutal y feo como da nuestra iconografía, la pasada y la actual.

Hemisferios de agradecimiento son, pues, para mí, la literatura y la vida de José Martí, y con esta conversación empiezo a pagar deuda vieja empeñada con ellos. Seguiré pagando lo mucho y variado que me queda. El ya no está aquí, en este mostrador de la vida para recibirme el primer cumplimiento; pero está el grupo de los suyos que han tomado a su cargo el negocio moral, la institución cubana y americana que se llama José Martí, la cual está vigente, de vigencia racional y está viva de una capilosa vitalidad.

Alfonso Reyes

Martí es una de las naturalezas literarias más dotadas de América. Pero gran parte de su obra, y su vida misma, fueron sacrificadas a su apostolado de libertad. Su arte es un arte de relámpago; cada relámpago revela y esconde inexplorados paisajes. Hijo del dolor, no perdió nunca la sonrisa. Era bravo como un león, y no se avergonzó de sus lágrimas. En él podemos a un tiempo admirar al escritor y venerar al hombre, deleite siempre apetecible.

JOSE MARTI

Tel qu'en Lui Meme enfin Faternité le change
Mallarmé.

Vas quebrando el silencio que silencia tu hora
todo el dolor del hombre tramonta tu mirada
que en el ceño furtivo de la tierra desflora,
el júbilo sin nombre de dicha sin morada.
¡Qué mar el de tu frente! ¡Qué ternura extremada
la espuma de la vida desborda y evapora!
La gracia de las cosas despierta a tu llegada
y el candor de la tierra bajo tu planta implora
Un ángel perseguido en tu pecho se ampara
y mira con tus ojos y con tus labios bebe
en la fuente de lágrimas que el bien y el mal separa
¡Qué tierra ha de tenerse que no se sienta leve!
¡Qué sombra ha de envolverte que no se sienta clara!
¡Qué nueva estrella irrumpe que a tanta luz se atreve!

Mariano Brull.

RECUERDOS ALREDEDOR DE MARTI

Robert H. Todd.

Tengo mucho que agradecer a la vida que ha sido buena y amable conmigo, pero lo que sobresale más en esos dones que me ha otorgado, es la oportunidad de haber conocido y tratado personalmente al patriota cubano José Martí. Fue en Nueva York el año de 1889 cuando esa oportunidad me la proporcionó la lectura de un suelto publicado en un periódico español intransigente titulado Las Novedades, que se editaba en dicha ciudad. La colonia cubana había celebrado ese año, el 10 de Octubre, fecha gloriosa del Grito de Yara, con un acto público, y al describir Las Novedades lo que habían dicho los oradores, al referirse a Martí decía el suelto: "En cuanto a este orador, tenemos que decir francamente que no entendimos nada de lo que dijo". Por eso, por simple curiosidad, ya que en esa época yo no me había interesado en las cosas políticas de Cuba, al leer una hoja suscrita por Martí, Néstor Ponce de León y Enrique Trujillo, invitando para una velada literaria a beneficio de los fondos para reconstruir la casa en Santiago de Cuba donde había nacido el inmortal José Heredia, ilustre cantor del Niágara, acudí presuroso a dicho acto, para encontrar el salón invadido de señoras y caballeros de la colonia hispanoamericana. Allí oí hablar a Martí por primera vez, y quedé encantado. Esa noche hablaba el literato, no el político, al referirse en parrafadas de grandiosa elocuencia, a la obra de uno de los poetas del siglo XIX, honra y prez de la raza latinoamericana en general y de Cuba en particular.

JOSE MARTI

Por Rubén Darío

El fúnebre cortejo de Wagner exigiría los truenos solemnes del Tannhauser; para acompañar a su sepulcro a un dulce poeta bucólico, irían como en los bajo relieves, flautistas que hiciesen lamentarse a sus melodiosas dobles flautas; para los

instantes en que se quemase el cuerpo de Melesígenes, vibrantes coros de liras; para acompañar —¡oh! permitid que diga su nombre delante de la gran Sombra épica; de todos modos, malignas sonrisas que podáis aparecer, ya está muerto!...— para acompañar, americanos todos que habláis idioma español, el entierro de José Martí, necesitaríase su propia lengua, su órgano prodigioso lleno de innumerables registros, sus potentes coros verbales, sus trompas de oro, sus cuerdas quejosas, sus oboes sollozantes, sus flautas, sus tímpanos, sus liras, sus sistros. Sí americanos; hay que decir quién fue aquel grande que ha caído. ¡Quien escribe estas líneas que salen atropelladas de corazón y cerebro no es de los que creen en las riquezas existentes de América... Somos muy pobres... Tan pobres, que nuestros espíritus, si no viniese el alimento extranjero, se morirían de hambre. Debemos llorar mucho por esto al que ha caído. ¡Quien murió allá en Cuba, era de lo mejor, de lo poco que tenemos nosotros los pobres; era millonario y dadivoso: vaciaba su riqueza a cada instante, y como por la magia del cuento, siempre quedaba rico: hay entre los enormes volúmenes de la colección de La Nación, tanto de su metal fino y piedras preciosas, que podría sacarse de allí la mejor y más rica estatua. Antes que nadie, Martí hizo admirar el secreto de las fuentes luminosas. Nunca la lengua nuestra tuvo mejores tintas, caprichos y bizarrías. Sobre el Niágara castelariano, milagrosos iris de América. ¡Y qué gracia tan ágil y qué fuerza natural tan sostenida y magnífica!

NOTAS DE ESTETICA

CARTAS DE POETA

Miguel de Unamuno

En el Volumen XV de las obras de José Martí, el gran apóstol de la independencia civil de la República de Cuba, su patria, se han publicado sus cartas, unas verdaderas cartas. El volumen se titula Cuba, y las cartas todas se refieren a la lucha que por su independencia civil y política sostuvo la patria de Martí. Lo que no quiere decir, ¡claro! que Martí, hijo de valenciano renegara de España. "Por la libertad del hombre se pelea en Cuba —escribía—, y hay muchos españoles que aman la libertad". Y añadía: "A los que no saben que esos españoles son otros tantos cubanos, les decimos: ¡mienten!"

Las cartas de Martí son verdaderas cartas brotadas espontánea e improvisadamente del corazón y escritas al correr de una vida vertiginosa, y tal vez alguna sobre el arzón del caballo. "Con mi mano por mesa le escribo, ya a las dos de la noche", le decía a Serafín Bello, y nótese que en esa frase espontánea hay dos versos, uno de diez y otro de siete sílabas. "Le escribo en el tren", dice otra vez, y en tren escribía. "Montado en un relámpago le escribo. Sin brazo, del pulmón que no quiere servir"; pero esta misma carta, muy corta, acaba diciendo: "Yo tieso y queriendo mucho". "Muertos de cansancio", se declara alguna vez; o bien, dice: "los dedos se me quejan"; y en esta carta, también corta, en que se queja de los dedos, termina: "Sáquese una página del corazón. Demos de nuestra sangre si sirve de riego". "En los vientos de Ocala que es un cesto de luz, le pongo estas líneas", dice otra vez; pero hay cartas, las más reposadas y las menos cortas, escritas desde Nueva York, "tan inhumano y triste". "Viví en el monstruo y le conozco las entrañas", decía de los Estados Unidos del Norte, "Revuelto y brutal".

Martí no disponía de tiempo que dedicar a hacer sus cartas más cortas, más artificiosamente cortas; necesitaba su tiempo —que tampoco era suyo— para otra cosa que para alambicar sus cartas con concentraciones conceptistas. Y, sin embargo, sus cartas, son, por lo general, muy cortas, muy concisas, de estilo a las veces telegráfico. ¿Cómo así? El mismo nos lo dice en el principio de una de ellas, al decir: "Esta no es la carta que le quiero escribir". Lo que no significa otra cosa sino que esas cartas se las dictaba la inspiración inmediata y espontánea del momento, y no la reflexión madurada. No eran las que creía querer escribir, pero eran las que escribía, y las que, en realidad, de verdad, quería escribir. En esa frase de "esta no es la carta que le quiero escribir", va implícita toda una doctrina de la inspiración poética, no muy diferente de la que Platón nos expone en su diálogo Ion. Las cartas que Martí escribía, solían no ser las que él, el Martí político, no quería escribir, pero eran las que su genio poético —y también político— le dictaba. Porque las cartas de Martí son cartas de poeta. De poeta y no de orador. Las cartas de los oradores suelen ser discursos pequeños.

VERSOS LIBRES DE JOSE MARTI

Por Concha Meléndez

Por entre pies ensangrentada y rota
de un grano en busca el águila rastrea.

¿Quién vistió de símbolo más bello la dolorosa lucha cotidiana? Aguilas alegres hay también, sentadas en fila ante sus ojos: imágenes poéticas que esperan el llamado triunfal. Pero estas águilas —aves de oro— a menudo son espantadas por las voces de los hombres.

La muerte es en este libro uno de los temas ataviados con más profunda hermosura. Juan Marinello, quien por coincidencias temperamentales y éticas ha escrito hasta ahora las más bellas interpretaciones de lo martiano, asegura en el ensayo La Poesía de José Martí, que el poeta no tuvo asidero religioso alguno. Si por religión se entiende la dogmática, la inscrita en una u otra denominación, el aserto es exacto. Mas en Martí alentó una religiosidad poética, raíz que asoma en su concepto de la muerte y en sus alusiones, demasiado repetidas para ser superficiales, al trasmundo.

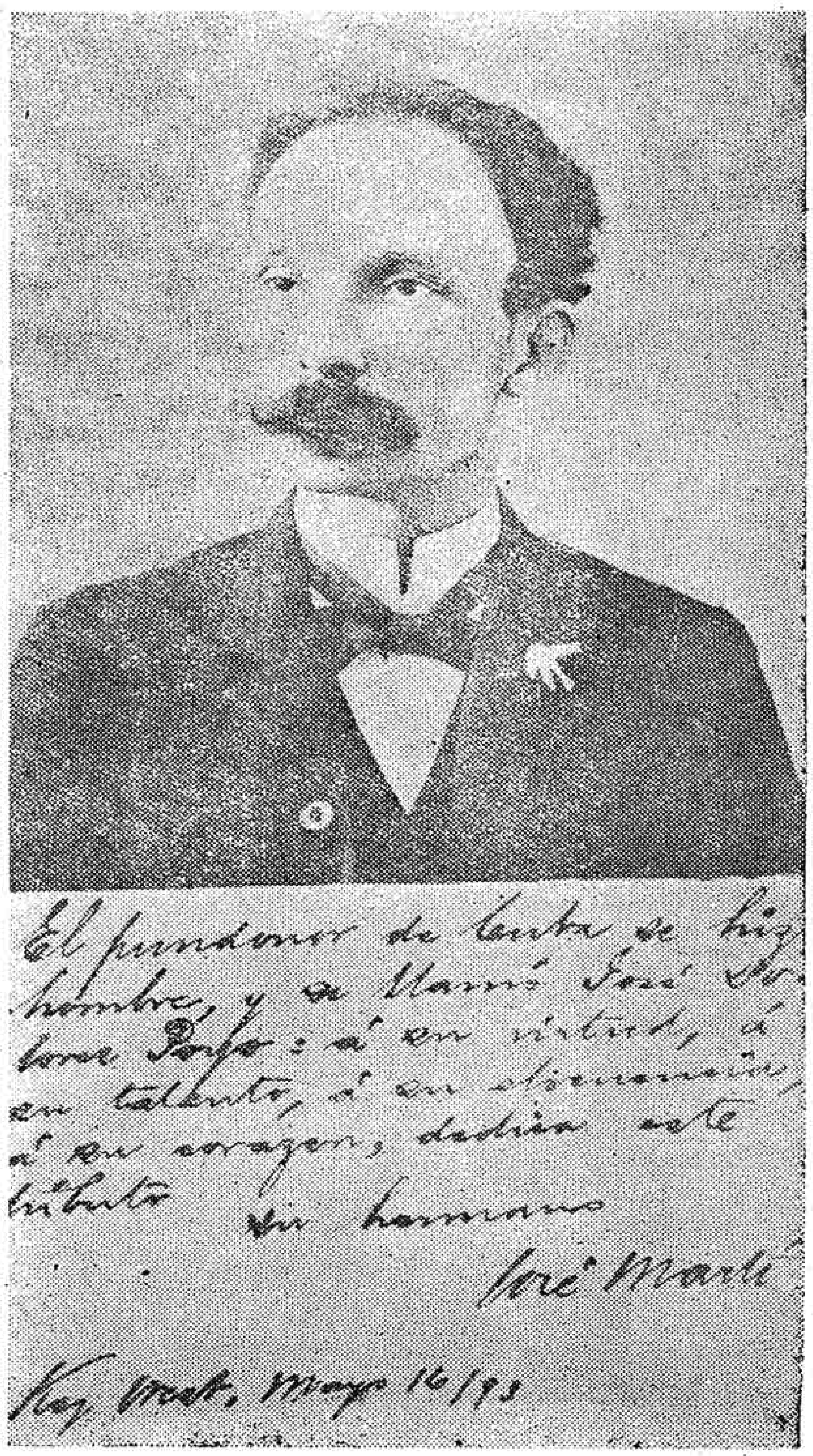
Varias definiciones nos dejó de la muerte, que veía como la "almohada y la levadura de la vida; la hora de luz, de reposo, y de flor". En "Canto de Otoño" la muerte aparece sentada en sus umbrales. Cuando el poeta vuelve "de la estéril labor" ella se levanta, le recibe en pie sobre hojas amarillas:

En la mano fatal, la flor del sueño
la negra toca en alas rematada.

El poeta dice que no hay mujer más bella que la muerte. Por un beso suyo todo lo diera: laureles, amor, recuerdos de niñez. Mas él ha traído un hijo a la vida; solo ando esquiva los brazos de la amada, aunque sabe que al fin ella será "bien seguro", "aurora perenne". La última definición implica la esperanza de inmortalidad, consuelo en él, como Unamuno.

No sé si a través de lecturas, o por adivinaciones de su pensar metafórico, Martí llega a aceptar la tremenda ley kármica de los budistas. Acaso tomó la sustancia de esa ley en el ensayo Compansation de Emerson. Pero está ya, neta, en el primer poema de Versos Libres: la naranja dará vino de naranjo y el suelo donde se siembran lágrimas árbol, de lágrimas dará.

Todavía más: la cadena de vidas que el budista trata de agotar, viviendo con arreglo a la ley, se insinúa en "Canto de Otoño" donde el poeta dice que acepto el infortunio alegremente, porque quien el dolor y la virtud esquiva "irá confuso a la sentencia de un frío y torvo juez" quien "le echará altivo, a odiar, a amar, y a batallar de nuevo". Por no vivir de nuevo, el poeta quiere agotar todo el hierro de su vida: sólo así ha de salvarse del mal de volverla a vivir.



RECUERDOS DE MIS PRIMEROS QUINCE AÑOS

¡Qué grato es vivir con recuerdos tan vivos y llenos de cariño como los que llevo yo en el alma! Viví junto a Martí por muchos años, y me siento orgullosa del cariño tan grande que él tenía por mí. Toda la educación e instrucción que poseo, se la debo a él. Me daba clases con gran paciencia y cariño, y cada vez que tenía que hacer un viaje, me dejaba preparado el itine-

rario de estudios que había de hacer en cada día, durante su ausencia. En medio de todas las agonías y preocupaciones que llevaba sobre sí, nunca le faltaba tiempo que dedicarme.

El francés me lo enseñó de manera sencilla y fácil de comprender; pero su mayor afán eran mis estudios de piano. Su deseo era que yo llegara a ser una buena pianista —que nunca logré serlo, pero sí pude lograr tocar lo suficiente en aquellos años de niñez, para proporcionarle a él muchos ratos de placer. Siendo yo aún muy niña, se empeñaba siempre en llevarme a las reuniones de La Liga, una sociedad de cubanos de color, todos hombres cultos y muy caballerosos, para que yo les tocara algunas piezas de música. Yo, como niña al fin, muchas veces no quería ir, pero Martí me decía: "Sí, hijita, es deber de uno darles placer a aquéllos que no gozan de mucho". Entre esos cubanos de La Liga, recuerdo sobre todo a Rafael Serra, Sotero Figueroa, y los hermanos Bonilla, tabaqueros estos últimos y hombres de gran talla, de más de seis pies. La idolatría de estos hombres por Martí era cosa admirable. Lo veneraban.

De Martí, el caballero, quedan grabados en mi mente tantos detalles de delicadeza y galantería con las "damas", como decía él. Para él, la mujer era cosa superior. Siempre tan fino, y con alguna frase de elogio en los labios. Cuando se daba alguna reunión, en que se citaban las familias cubanas para celebrar algún santo o alguna otra ocasión, había música y un poco de baile, y Martí siempre sacaba a bailar á las señoras o señoritas menos atractivas y luego yo le preguntaba: "Martí, ¿por qué es que usted siempre saca a bailar a las más feas?" Y él me decía: 'Hija mía, a las feas nadie les hace caso, y es deber de uno no dejarles sentir su fealdad". Como éste, muchos otros detalles de su caballerosidad.

Cuando, a veces, mi hermano Ernesto nos hablaba con rudeza, o alzaba la voz, Martí le decía: "¿A que tú no le hablas así a la niña vecina; y por qué lo haces con tus hermanas, que merecen más delicadeza y finura que las extrañas?"

Recuerdo también, cuando yo tenía siete años, un día que yo iba con Martí por el campo —pues estábamos de temporada en Bath Beach— y sentados los dos bajo un árbol, me picó una abeja en la frente y en el instante Martí la trituró con los dedos; de ese episodio resultó el "verso sencillo" que dice:

Temblé una vez en la reja
A la entrada de la viña,
Cuando la bárbara abeja
Picó en la frente a mi niña.

Cuando él escribía algún artículo o carta o lo que fuera, su cerebro trabajaba con tal rapidez que las ideas le venían más ligeras de lo que la pluma le permitía escribir, y al concluír me llamaba y me decía: "Mira, lee esto y dime qué dice aquí", porque él mismo no entendía lo que había escrito; pero yo sí lo entendía. Siendo su discípula, yo conocía cada rasgo de su letra. El me decía que yo era su secretaria. A veces me dictaba mientras se paseaba por el cuarto, y yo tenía que escribir muy ligero para no perder una frase.

Mi último recuerdo es del día que Martí se despidió de nosotros, cuando salió para Santo Domingo.

María Mantilla de Romero

ANDRES IDUARTE

Su producción oratoria es menos vasta que la periodística; pero tiene particular importancia porque en ella volcó Martí, tanto como en sus ensayos, su amor a la belleza, y en ella halló una de las armas principales para su apostolado patriótico. Y como orador lo conocieron y lo amaron los hombres de su tiempo, más que como poeta y como prosista. Su condición de ausente y desterrado —soliloquio, monólogo, cavilación dolorosa— da a sus discursos una gran riqueza de ideas y una belleza de estallido, de liberación, de ascensión de un alma encarcelada.

La primera peroración de que se habla es la que pronunció ante el tribunal militar que lo juzgó y lo condenó en 1870. Luego, se mencionan las de Madrid —a sus compañeros cubanos, en las logias masónicas— y su discurso en el **Teatro Principal de Zaragoza**, tras la caída de la República Española y en beneficio de las viudas y huérfanos de sus defensores. No se conserva ninguno de los que dijo en México, pero sí comentarios al que pronunció en el **Liceo Hidalgo** el 7 de abril de 1875, recogidos por José de J. Núñez y Domínguez. Los mexicanos dijeron del orador de veintidós años que era, ante todo, un poeta, un orador poeta, mucho más que lógico y parlamentario; que conmovía, entusiasmaba, seducía; que estaba hecho para la plaza pública y para el pueblo; y que su viva y vasta imaginación, y su fe de creyente, le daban elocuencia y florida palabra. Allí se señala su ímpetu y su ternura, su condición de arcangélico combativo y de angélico misericordioso, definidoras, entonces y siempre, de su personalidad. De su estancia en Guatemala, a pesar de que adquirió fama de orador —su tropicalismo hizo que se le llamara el **Doctor Torrente**— no se conserva ninguno de sus discursos. De los que pronunció a su vuelta a Cuba quedan el que dedicó en el Liceo de Guanabacoa a la memoria del poeta Alfredo Torroella (Trópico, XII, 9-20), en que la ternura vence al ímpetu, y el brindis pronunciado en el banquete en honor de Adolfo Márquez Sterling (IX, 11-12), contra la política autonomista. Importante ya es su discurso de **Steck Hall**, de Nueva York, pronunciado el 24 de enero de 1880 (IX, 15-65), primer contacto de Martí con la emigración cubana a la que por años va a orientar y a la que finalmente guiará a la guerra de independencia, pieza larga y cargada de razones para fundar su prestigio. Para el conocimiento de Martí argumentador de esa "lectura" —porque el discurso fue escrito y quizá leído en parte— es esencial; pero no como característica expresión de su oratoria. Más martiano es el del **Club del Comercio** de Caracas (XXII, 87-104), de 1881, en donde canta las glorias de América y la libertad de Cuba: sus largos párrafos están allí de bulto así como su magnífica fe de apóstol, aunque a punto de caer en lo melodramático, peligro del que después de salvarlo la verdad de su causa y la inminencia de su sacrificio.

Su marcha ascendente como orador y organizador político se inicia a su vuelta a Nueva York, y a esa actividad central pertenecen sus discursos de 10 de Octubre, lámpara votiva del patriotismo cubano de la que acaba por ser el máximo sacerdote. A ellos hay que agregar los que pronuncia en Tampa y Cayo Hueso en 1891, el que dirige a los emigrados cubanos en Nueva York en febrero de 1892 y el de recepción de su viejo amigo y compañero de prisión Fermín Valdés Domínguez. Todos ellos se conservan en el tomo IX de Trópico. No se conservan, en cambio, los que pronuncia en sus viajes de propaganda por el Golfo y el Caribe, ni ya en la guerra, el último momento antes de morir en la llanura de Dos Ríos.

DICE
JOSÉ MARTÍ

AFORISMOS

Así se es hombre: vertido en todo un pueblo.
Es profanación el vergonzoso olvido de los muertos.
El egoísmo es la consecuencia de la riqueza.
La dignidad propia se levanta contra la falta de dignidad ajena.
La gloria se conquista asaltándola.
Los derechos se toman, no se piden; se arrancan, no se mendigan.
El hombre que clama vale más que el que suplica.
Sólo la moralidad de los individuos conserva el esplendor de las naciones.
La dicha es el premio de los que crean, —y no de los que destruyen.
De vez en cuando es necesario sacudir el mundo, para que lo podrido caiga a tierra.
Las ambiciones personales son enemigo terrible de la grandeza de los pueblos.
El caudal de los pueblos son sus héroes.
Hacer, es la mejor manera de decir.
Los amigos exagerados son los mayores enemigos.
Basta para ser grande, intentar lo grande.
La paciencia es la dote de los fuertes.
Esperar es una manera de vencer.
Nada fatiga tanto como el reposo.
La ignorancia mata a los pueblos y es preciso matar a la ignorancia.
Una nación libre es el resultado de sus pobladores libres.
He ahí un gran sacerdote, un sacerdote vivo: el trabajador.
¡Al fin, quien pelea de cara, vence!
Cambiar de dueño no es ser libre.
Los que no tienen fe en su tierra son hombres de siete meses.
Por el poder de erguirse se mide a los hombres.
Los fuertes prevén; los hombres de segunda mano, esperan la tormenta con los brazos en cruz.
La palabra no es para encubrir la verdad, sino para decirla.
Son suma los pueblos de las aptitudes de sus hijos.
Al triunfo vienen todos. A la hora de abrir cimientos, pocos.

❖

AGRICULTURA

La única riqueza inacabable de un país consiste en igualar su producción agrícola a su consumo.
La tierra es la gran madre de la fortuna. Salvarla es ir derechamente a ella.
El cambio de tierras estériles en tierras productivas, aunque lastime preocupaciones de partido y añosos intereses tradicionales, es causa inmediata de la riqueza del país, lograble fácilmente con la creación de muchos pequeños propietarios.
Venturosa es la tierra en que cada hombre posee y cultiva un pedazo de terreno.
La instrucción acaba lo que la Agricultura empieza.
Debiera ser capítulo de nuestro Evangelio Agrícola, la diversidad y abundancia de los cultivos menores.
Divorciar al hombre de la tierra, es un atentado monstruoso.
Debe verse con miedo este mal hábito de entregarse a un cultivo exclusivo.
En los pueblos que han de vivir de la Agricultura, los gobiernos tienen el deber de enseñar preferentemente el cultivo de los campos.
Los campesinos son la mejor masa nacional, y la más sana y jugosa, porque recibe de cerca y de lleno los efluvios y la amable correspondencia de la tierra, en cuyo trato viven.
Los cultivos numerosos de diversas ramas agrícolas y sus industrias correspondientes, mantienen en equilibrio a los pueblos dados a cultivos mayores exclusivos: café, caña de azúcar, etc. Han venido a ser estos cultivos, con las grandes operaciones bursátiles, verdaderos juegos de azar, y como bombas mágicas, que ya son de oro, ya de jabón.
En los lugares puros y apartados del campo, se crían las grandes fuerzas.

❖

AMERICANISMO

¡Mi tierra americana, tan maltratada y tan hermosa! ¡Tan desconocida, tan amable, tan buena!
De América soy hijo, a ella me debo.
La América ha de promover todo lo que acerque a los pueblos, y de abominar todo lo que los aparte. En esto, como en todos los problemas humanos, el porvenir es de la paz.
Hasta que no se haga andar al indio, no comenzará a andar bien la América.
Meditando en América, los pensamientos se inflaman, relucen, triunfan y caracolean, y son bandera, palma y lava.
Pueblos y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América.
América nació a la libertad con una lanza en el costado.
Ni la caridad ni el guante blanco son producto natural de los Estados Unidos.
¡No a todos es dado asir la luz de América!
Cuba y nuestra América son una en mi previsión y mi cariño.
Sentina fuimos y crisol comenzamos a ser.
El problema de la independencia de América no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu.
El desdén del vecino formidable, que no la conoce, es el peligro mayor de nuestra América, y urge, porque el día de la visita está próximo, que el vecino la conozca pronto, para que no la desdeñe.
Los americanos somos unos en el origen, en la esperanza y en el peligro.

❖

ARTES Y LETRAS

a) ARTE

Arte es huir de lo mezquino, y afirmarse en lo grande.
El arte como la sal a los alimentos, preserva a las naciones.
Los que desdeñan el arte son hombres de Estado a medias.

❖

b) LITERATURA

La literatura es la bella forma de los pueblos. En pueblos nuevos es ley esencial que una literatura surja.
La inspiración no acepta más que una ley: la falta de toda ley, la independencia.
No hay por qué invalidar vocablos útiles, ni por qué cejar en la faena de dar palabras nuevas a ideas nuevas.
Menos mortificante es culpar de inentendible lo que se lee que confesar nuestra incapacidad para entenderlo.
La lectura estimula, enciende, aviva, y es como soplo de aire fresco sobre la hoguera resguardada, que se lleva las cenizas y deja al aire el fuego.
No hay placer como éste de saber de dónde viene cada palabra que se usa, y a cuánto alcanza; ni hay nada mejor para agrandar y robustecer la mente que el estudio esmerado y la aplicación oportuna del lenguaje.
Conocer diversas literaturas es el medio mejor de libertarse de la tiranía de algunas de ellas.
Un libro, aunque sea de mente ajena, parece cosa como nacida de uno mismo, y se siente uno como mejorado y agrandado con cada libro nuevo.
Las verdades resaltan más, y la belleza de lo escrito, cuando se lee en páginas nítidas, puras y marginosas.
La honradez no es menos necesaria en literatura que en las demás ocupaciones del espíritu.
Cada libro nuevo, es piedra nueva en el altar de nuestra raza.
La literatura no es más que la expresión y forma de la vida de un pueblo.
DICE MARTI DE CERVANTES: Deleite de las letras y uno de los caracteres más bellos de la Historia.
El estilo, más que en la forma está en las condiciones personales que han de expresarse por ellas.
Escribir no es cosa de azar, que sale hecha de la comezón de la mano, sino arte que requiere a la vez martillo de herrero y buril de joyería.
Los libros consuelan, calman, preparan, enriquecen y redimen.
Los libros sirven para cerrar las heridas que las armas abren.
Un libro nuevo es siempre un motivo de alegría, una verdad que nos sale al paso, un amigo que nos espera, la eternidad que se nos adelanta, una ráfaga divina que viene a posarse en nuestra frente.
Los libros que definen, calman.
El choque de juicios es loable y aun apetecible, cuando por él se viene en conocimiento de libros y costumbres, de autores y pueblos.

❖

MUSICA

La música es la más bella forma de lo bello.
La música es el hombre escapado de sí mismo.

❖

c) ORATORIA

Orador sin instrucción es palmera sin aire.
La manera de decir realza el valor de que se dice: tanto, que algunas veces suple a éste.
La oratoria es la forma exaltada y convincente del pensamiento y sentimiento.
No hay como pensar firmemente para hablar elocuentemente. Lo que está definido en el juicio, será de seguro, bien puesto en los labios.

❖

d) PERIODISMO

Tiene la prensa periódica altísimas misiones: es la una, explicar en la paz, y en la lucha fortalecer y aconsejar; es la otra, hacer estudio de las graves necesidades del país, fundar sus mejoras y facilitar la obra de la administración que rige.
No es el oficio de la prensa periódica informar ligera y frívolamente sobre los hechos que acaecen, o censurarlos con mayor suma de afecto o de adhesión. Toca a la prensa encaminar, explicar, enseñar, guiar, dirigir...
El periodista ha de saber, desde la nube hasta el microbio.
La literatura verdadera está en la observación de los tipos y hechos originales y en la expresión fiel e íntima de lo que el autor ve, dentro y fuera de sí.

❖

e) POESIA

Se hacen versos de la grandeza, pero sólo del sentimiento se hace poesía.

La poesía de las naciones libres, la de los pueblos dueños, la de nuestra tierra americana, es la que desentraña y ahonda en el hombre las razones de la vida, en la tierra los gérmenes del ser.

Todo, hasta el dolor mismo, ha de parecer amor en el poeta.

La época es libre; séalo el verso. En toda esfera, la buena obra libre vale más que la obra esclava.

Lleva el poeta en su alma excelsa la esencia del alma universal.

Para hacer poesía hermosa, no hay como volver los ojos fuera: a la naturaleza; y dentro: al alma.

De que los poetas sean oídos, y se acerquen, y trabajen a la par, vendrá la paz humana.

Poesía es un pedazo de nuestras entrañas, o el aroma del espíritu recogido, como en cáliz de flor, por manos delicadas y piadosas.

Un grano de poesía, sazona un siglo.

Sólo en la verdad, directamente observada y sentida, halla médula el escritor e inspiración el poeta.

f) TEATRO

El teatro ha de ser siempre, para valer y permanecer, el reflejo de la época en que se produce.

Cuando se es joven, se crea. Cuando se es inteligente, se produce. No se adapta, se innova: la medianía copia; la originalidad se atreve.

La inspiración es la anticipación de lo futuro; sólo anticipándose a él, se vive en él.

Hallar el grito de la Naturaleza, es en el teatro el único, el verdadero y el más bello triunfo del arte.

CARACTER

Quiero cuidar mucho mis derechos a la consoladora estima de los hombres.

Yo moriré sin dolor: será un rompimiento interior, una caída suave, y una sonrisa.

El trabajo me engolosina.

Mi oficio es cantar todo lo bello, encender el entusiasmo por todo lo noble, admirar y hacer admirar todo lo grande.

Yo gozo con que los demás valgan.

Más gozo yo con merecer la simpatía de un labriego, que con que me aplaudan un discurso.

El blanco: albo color, amor de mi vida.

Mi pluma es apasionada de la grandeza y de mi deber.

El mejor sueldo, es la gratitud de mis discípulos...

Mudar de tierra no quiere decir mudar de alma: sobre todo en mí, que más que de aire vivo de afectos.

Cuanto me amenaza a la patria me pone a temblar; y sólo gozo con lo que la honra y asegura.

Sea yo potro o fusil, y hagan de mí después lo que quieran. Los pueblos se amasan con sangre de hombres.

Por mí, no esperaría mi Patria.

DERECHO: LEGISLACION

A vida nuestra, leyes nuestras.

Las nuevas nacionalidades requieren nuevas legislaciones.

En los pueblos libres, el Derecho ha de ser claro. En los pueblos dueños de sí mismos, el Derecho ha de ser popular.

Un principio justo, desde el fondo de una cueva, puede más que un ejército.

ECONOMIA

El hombre vivo se ahoga sin aire: los pueblos se ahogan sin vías de comunicación.

Es preferible el bien de muchos a la opulencia de pocos.

Es rica una nación que cuenta muchos pequeños propietarios. No es rico un pueblo donde hay algunos hombres ricos, sino aquél donde cada uno tiene un poco de riqueza.

Comete suicidio un pueblo el día en que fía su subsistencia a un solo fruto.

Las ciudades son la mente de las naciones; pero su corazón, donde se agolpa, y de donde se reparte la sangre, está en los campos.

El monopolio está sentado, como un gigante implacable, a la puerta de todos los pobres.

Es mortal para un pueblo tener todo su tráfico ligado a un solo pueblo.

El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno.

Un pueblo instruído será siempre fuerte y libre.

¿Cómo se podrá sentirse hombre y decirse que lo es, si no se sabe leer y escribir?

Saber leer es saber andar. Saber escribir es saber ascender. Pies, brazos, alas, todo esto ponen al hombre los primeros humildísimos libros de la escuela.

Al venir a la tierra, todo hombre tiene derecho a que se le eduque, y después, en pago, el deber de contribuir a la educación de los demás.

El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento y en la dirección de los sentimientos.

El maestro es la letra viva.

La Educación empieza con la vida, y no acaba sino con la muerte.

PEDAGOGIA

Todo niño lleva en sí un hombre dormido.

Le hizo maestro, que es hacerlo creador...

Una escuela es una fragua de espíritus; ¡ay de los pueblos sin escuela! ¡ay de los espíritus sin templo!

Hombres recogerá quien siembra escuelas.

Los niños son la esperanza del mundo.

La superstición y la ignorancia hacen bárbaros a los hombres en todos los pueblos.

ETICA

Un hombre es el instrumento del deber: así se es hombre. . . . .

La fraternidad no es una concesión, es un deber.

En ideas de honor, toda exageración es conveniente.

No es grande, el que se deja arrebatar por la vida, sino el que la doma.

Es necesario elevarse a la altura de los tiempos, y contar con ellos.

HABLANDO DE MARX: "Como se puso del lado de los débiles merece honor".

HUMANISMO

Las Repúblicas se hacen de hombres: ser hombre es en la tierra dificilísima y pocas veces lograda carrera.

Hasta muertos, dan ciertos hombres luz de aurora...

LIBERTAD

La tierra es libertad —la tierra es gloria.

A la libertad no se la vence sino satisfaciéndola.

Con un poco de luz en la frente no se puede vivir donde mandan tiranos.

La libertad es un premio que la justicia da al trabajo.

Mientras haya un hombre que duerma en el fango ¿cómo debe haber otro que duerma en cama de oro?

PATRIOTISMO

No estriba el amor patrio en afianzar la libertad: estriba en labrar un pueblo en que la libertad se afiance.

Muy preso yo, me hicieron poner ropa de corteza de árbol, hecha en los Estados Unidos. Raspaba y hería; pero era por la patria.

La patria necesita sacrificio. Es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella.

Mejor sirve a la patria quien le dice la verdad y le educa el gusto que el que exagera el mérito de sus hombres famosos.

No hay como consagrarse a su país para ser dichoso.

Honrar a la patria es una manera de pelear por ella, así como hacer algo que la deshonre es pelear contra ella.

Un error en Cuba, es un error en América, es un error en la humanidad moderna.

PATRIOTISMO

a) VINCULADO A CUBA

Camagüey, tierra de Cuba donde todas las mujeres son trigueñas y todos los ojos son hermosos. (1875).

*

Otros ríos más caudalosos: nuestro Amazonas. Otros ríos más claros: mi Almendares... (1878).

*

Para mí es un criminal el que promueva odios en Cuba o se aproveche de los que existen. Y otro criminal el que pretenda sofocar las aspiraciones legítimas a la vida de una raza buena y prudente que ha sido ya bastante desgraciada. (1882).

*

En todo es Cuba desdichada, menos en el esplendor de su naturaleza, la bondad de sus mujeres y el mérito de sus hijos. (1888).

*

Cuba... donde tiene la Naturaleza la gracia de la doncellez y la frescura del beso. (1888).

*

De altar se ha de tomar a Cuba para ofrendarle nuestra vida, y no pedestal para levantarnos sobre ella. (1891).

*

El vino, de plátanos; y si sale agrio, ¡es nuestro vino! (1891).

*

El cubano, indómito a veces por lujo de rebeldía, es tan áspero al despotismo como cortés con la razón. (1893).

*

¡Qué gloria cuando me ultrajen mañana a mi pueblo, decir de él: pues el dinero con que compró su libertad, yo nunca tuve que pedirlo. (1894).

*

b) COMO SENTIMIENTO

Cuando la patria crea un hijo, el hijo tiene el deber de demostrar todos sus adelantos, todas sus obras, todas sus esperanzas a la patria. (1875).

*

No son bellas las playas del destierro hasta que no se les dice adiós. (1875).

*

No estriba el amor patrio en afianzar la libertad: estriba en labrar un pueblo en que la libertad se afiance. (1875).

*

Manera de morirse es ésta de vivir alejado de la patria. (1876).

Yo ya no tengo patria hasta que la conquiste... (1878).

*

Deben sofocarse las lágrimas propias en provecho de las grandezas nacionales. (1881).

Ver grandezas patrias es sentir como que se la tiene propia. (1881).

*

De amar las glorias pasadas se sacan fuerzas para adquirir las glorias nuevas. (1881).

*

El patriota bueno ha de hacer a su patria, en vida al menos, el sacrificio de su mayor gloria. (1881).

*

A veces, el patriotismo es la locura; otras veces, es más aún que la prudencia: es la cautela. (1883).

*

La patria no es de nadie; y si es de alguien será, y esto sólo en espíritu, de quien la sirva con mayor desprendimiento e inteligencia. Yo no sirvo más que al deber y con éste seré siempre bastante poderoso. (1884).

*

Mejor sirve a la patria quien le dice la verdad y le educa el gusto que el que exagera el mérito de sus hombres famosos. (1888).

*

¡Hasta hermosos de cuerpo se vuelven los hombres que pelean por ver libre a su patria! (1889).

*

A todos los que amamos de veras a nuestro país nos ha de confundir un mismo abrazo. (1892).

*

No hay como consagrarse a su país para ser dichoso. (1892).

*

La patria es de todos, y es justo y necesario que no se niegue en ella asiento a ninguna virtud. (1892).

*

¡Sólo el cobarde se prefiere a su pueblo; y el que lo ama, se le somete! (1892).

*

El patriotismo es un deber santo cuando se lucha por poner la patria en condición de que vivan en ella más felices los hombres. (1892).

*

La primera cualidad del patriotismo es el desistimiento de sí propio; la desaparición de las pasiones o preferencias personales ante la realidad pública y la necesidad de acomodar a las formas de ella el ideal de la justicia. (1893).

*

La patria está hecha del mérito de sus hijos, y es materia de ella cuanto bueno haga un hijo suyo, y sobre todo, si trabaja en lo que ya han trillado otros y lo de él resulta más útil y completo que lo de sus predecesores. (1893).

*

El hombre, como hombre patrio, sólo lo

es en la suma de esperanza o de justicia que representa. (1894).

*

Mientras haya obra que hacer, un hombre entero no t i e n e derecho a reposar. (1894).

*

Quien ha defendido con valor a mi patria, y su libertad de hombre, es como acreedor mío, y me parece mi hermano. (1894).

*

POLITICA

a) CONCEPTOS GENERALES

Las entrañas del sufragio son feas como todas las entrañas. (s/f).

*

La piedra bruta llega a brillante después de rudos golpes; así el pueblo llega a la vida próspera después de embates de la revolución. (1876).

*

En la formación de los pueblos se empieza por la guerra, se continúa con la tiranía, se siembra con la revolución, se afianza con la paz. Esta nunca es perfecta, pero se va perfeccionando. (1876).

*

La política grandiosa es el primer deber; la mezquina el mayor vicio nacional. (1878).

*

Las revoluciones son estériles cuando no se firman con la pluma en las escuelas y con el arado en el campo. (1879).

*

En un pueblo no perdura sino lo que nace de él, y no lo que se importa de otro pueblo. (1881).

*

Las instituciones políticas no andan seguras sino cuando se cimentan sólidamente en el bienestar público. (1881).

*

El triunfo de las reacciones no es jamás completo. O se encorvan ante las conquistas de las revoluciones, o son barridas por ellas, como hojas secas de otoño por viento de diciembre. (1881).

*

Las naciones en sus períodos críticos, producen hombres en quienes se encarnan: hombres nacionales. (1881).

*

Comienza a ser desventurado el pueblo que empieza a ser desagradecido. (1882).

Quien quiera pueblo, ha de habituar a los hombres a crear. (1884).

*

Los revolucionarios suaves son siempre bienquistos entre las clases privilegiadas que se entretienen con ellos como los niños con los globos de papel. (1888).

*

No es que los hombres hacen los pueblos, sino que los pueblos, con su hora de génesis, suelen ponerse, vibrantes y triunfantes, en un hombre. (1893).

b) POLITICA DE GOBIERNO

El Gobierno es un encargo popular: dalo el pueblo; a su satisfacción debe ejercerse; debe consultarse su voluntad, según sus aspiraciones, oír su voz necesitada, no volver nunca el poder recibido contra las confiadas manos que nos lo dieron y que son únicas dueñas suyas. (1875).

*

No teme a los gobernados quien les enseña la manera de gobernar bien. (1878).

*

Toda la buena voluntad de un gobernante sería inútil si no lo secundara con vigor e inteligencia la voluntad de los empleados. (1878).

*

Oír quejas justas es mejor modo de acallarlas que volver las espaldas con desdén a los querellosos. (1881).

*

Los hombres políticos de estos tiempos han de tener dos épocas: la una, de derrumbe valeroso de lo innecesario; la otra, de elaboración paciente de la sociedad futura con los residuos del derrumbe. (1881).

*

Cuando existen para un suceso causas históricas, constantes, crecientes y mayores, no hay que buscar en una pasajera causa ínfima la explicación del suceso. (1883).

*

Gobierno es la dirección de las fuerzas nacionales de manera que la persona humana pueda cumplir dignamente sus fines, y se aprovechen con las mayores ventajas posibles todos los elementos de prosperidad del país. (1884).

*

Al poder se sube casi siempre de rodillas. Los que suben de pie son los que tienen derecho natural a él. (1888).

*

Prever es la cualidad esencial, en la construcción y gobierno de los pueblos. Gobernar no es más que prever. (1891).

*

Todo acto equitativo en provecho de la masa laboriosa contribuye a afirmar la seguridad pública. (1891).

*

Gobernante en un pueblo nuevo quiere decir creador. (1891).

*

c) POLITICA INTERNACIONAL

Los Estados Unidos se han palpado los hombros y se los han hallado anchos. Por violencia confesada, nada tomarán. Por violencia oculta, acaso. Por lo menos se acercarán a todo cuanto desean. (1885)

*

Es mortal para un pueblo tener ligado todo su tráfico a un solo pueblo. (1888).

*

La guerra, que era antes el primero de los recursos, es ya hoy el último de ellos: mañana, será un crimen. (1882).

La unión, con el mundo y no con una parte de él; no con una parte de él contra la otra. (1891).

*

El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. (1891).

*

Con nada se asegura tanto la paz entre los pueblos como con el interés natural y libre, ni se compromete más que con convenios artificiales y forzosos. (1890).

*

Si dos naciones no tienen intereses comunes no pueden juntarse. Si se juntan chocan. (1891).

*

La acción de un país, en una unión de países, será conforme a los elementos que predominen en él y no podrá ser distinta a ellos. (1891).

*

*

d) POLITICA DE OPOSICION

Consejo, examen tranquilo, indicación desapasionada: todo esto, y no odio, debe constituir la oposición. (1875).

*

La pasión política tiene un límite: allí donde comienza la maldad. (1875).

*

En el seno de las instituciones libres, donde es el primer derecho del hombre conocerse y serlo, toda libertad racional está garantizada por sí mismo, toda idea justa lleva en sí misma su realización. (1875).

Ni hay que traer sobre sí a un enemigo a quien no se puede derribar, ni que invitarlo a que se eche encima, con lo flojo de la oposición. (1880).

*

e) POLITICA DE PARTIDO

Cuando todos los hombres sepan leer, todos los hombres sabrán votar. (1875).

*

Es gran resorte en política dar tiempo de morir a lo que sólo goza de ficticia vida. Sonreír y esperar es a las veces maneras excelentísimas de combatir. (1881).

*

Los jefes de los hombres trafican con ellos, como un dueño de hacienda de crianza trafica con sus rebaños. (1882).

*

Al poder no llegan nunca, de una o de otra manera, sino los que en sí concretan y tipifican uno de los elementos de la nación, que predomina por causas accidentales o esenciales, en el momento de su triunfo. (1885).

*

Las voluntades no se agrupan, ya para elevar, ya para sufrir, en el poder, sino a quien las representa. (1885).

Todo aquel que no mira por el derecho ajeno como por el propio, merece perder el propio. (1885).

*

Las revoluciones, por muy individuales que parezcan, son obras de muchas voluntades, y hay que inclinar con frecuencia la propia. (1894).

*

La virtud es callada en los pueblos como en los hombres. Partido cacareador, partido flojo. (1894).

*

RAZAS

¿Por qué, pobre raza india y hermana, cruzas la tierra con los pies desnudos, duermes descuidada contra el suelo, oprimes tu cerebro con la constante carga imbécil? ¡Oh, cómo, cómo duelen estas desgracias de los otros! (1875).

*

Los mestizos, producto de los negros y de los blancos, odian a los blancos en cuyo seno no serían admitidos, —y a los negros que les impiden mantener promiscuidad con aquellos. (1880).

*

En raza latina no hay pesadumbre mayor que un deseo pueril no satisfecho. (1881).

*

La raza negra es de alma noble. (1882).

*

Es estéril el consorcio de dos razas opuestas. (1883).

*

La raza es una patria mayor, a la que deben pagar tributo, como hijos a madres, las patrias pequeñas que de la raza madre se derivan. (1884).

*

La raza es un altar de comunión y quien la niega, o la desconoce, o la vicia, o se quiere salir de ella, —desertor es, traidor como el que plega la bandera y huye ante el enemigo en hora de batalla y se pasa a sus huestes. (1884).

*

Trae cada raza al mundo su mandato, y hay que dejar la vía libre a cada raza, si no se ha de estorbar la armonía del Universo. (1886).

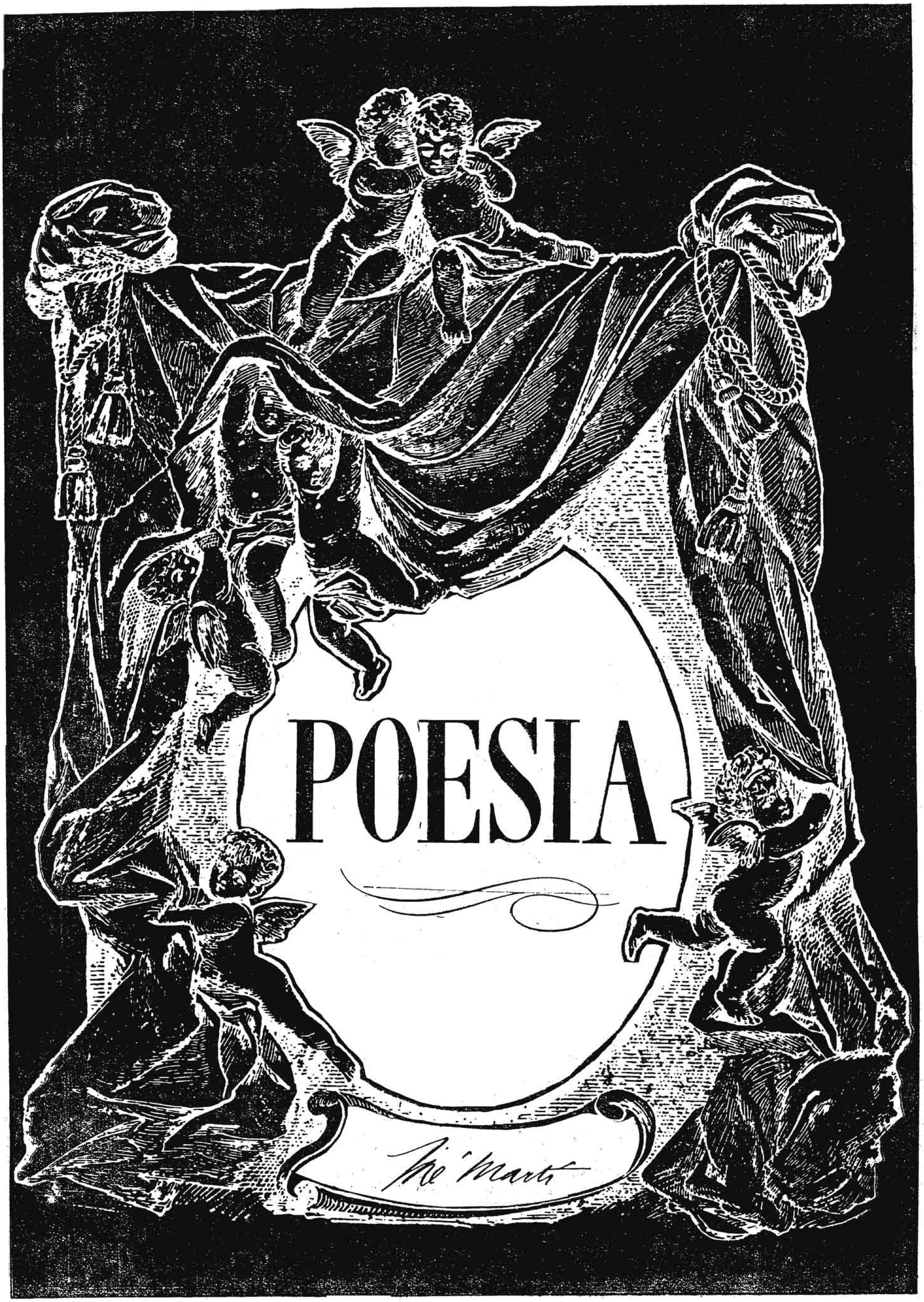
*

Por sobre las razas, que no influyen más que en el carácter, está el espíritu esencial humano, que las confunde y unifica. (1887).

No hay odio de razas porque no hay razas. Los hombres canijos, los pensadores de lámpara, enhebran y recalientan las razas de librería, que el viajero justo y el observador cordial buscan en vano en la justicia de la Naturaleza, donde resalta, en el amor victorioso y el apetito turbulento, la identidad universal del hombre. El alma emana, igual y eterna, de los cuerpos diversos en forma y en color. (1891).

*

Peca contra la humanidad el que fomente y propague la oposición y el odio de las razas. (1891).


POESIA

TABANOS FIEROS

VENID, tábanos fieros,
Venid, chacales,
Y muevan trompa y diente
Y en horda ataquen,
Y cual tigre a bisonte
Sítienme y salten!
Por aquí verde envidia!
Tú, bella carne,
En los dos labios muérdeme:
Sécame: mánchame!
Por acá, los vendados
Celos voraces!
Y tú, moneda de oro,
Por todas partes!
De virtud mercaderes,
Mercadeadme!
Mató el Gozo a la Honra:
Venga a mí—y me mate!
Cada cual con sus armas
Surja y batalle:
El placer, con su copa:
Con sus amables
Manos, en mirra untadas,
La virgen ágil;
Con su espada de plata,
El diablo bátame:—
La espada cegadora
No ha de cegarme!
Asorde la caterva
De batallantes:
Brillen cascos plumados
Como brillasen
Sobre montes de oro
Nieves radiantes:
Como gotas de lluvia
Las nubes lancen
Muchedumbre de aceros
Y de estandartes:
Parezca que la tierra,
Rota en el trance,
Cubrió su dorso verde
De aúreos gigantes:
Lidiemos, no a la lumbre
Del sol suave,
Sino al funesto brillo
De los cortantes
Hierros: rojos relámpagos
La niebla tajen:
Sacudan sus raíces
Libres los árboles:
Sus faldas trueque el monte
En alas ágiles:
Clamor óigase, como
Si en un instante
Mismo, las almas todas
Volando ex-cárceres,
Rodar a sus pies vieran
Su hopa de carnes:
Cíñame recia veste
De amenazantes
Astas agudas: hilos
Tenues de sangre
Por mi piel rueden leves
Cual rojos áspides:
Su diente en lodo afilen
Pardos chacales:
Lime el tábano terco
Su aspa volante:
Muérdame en los dos labios
La bella carne:—
Que ya vienen, ya vienen
Mis talismanes!
Como nubes vinieron
Esos gigantes:
¡Ligeros como nubes
Volando iránse!
La desdentada envidia
Irá, secas las fauces,
Hambrienta, por desiertos
Y calcinados valles,
Royéndose las mondas
Escuálidas falanges;
Vestido irá de oro
El diablo formidable,
En el cansado puño
Quebrada la tajante;
Vistiendo con sus lágrimas
Irá, y con voces grandes
De duelo, la Hermosura
Su inútil arreaje:—
Y yo en el agua fresca
De algún arroyo amable
Bañaré sonriendo
Mis hilillos de sangre.
Ya miro en polvareda
Radiosa evaporarse
Aquellas escamadas
Corazas centelleantes:
Las alas de los cascos
Agítanse, debátense,
Y el casco de oro en fuga
Se pierde por los aires.
Tras misterioso viento
Sobre la hierba arrástranse
Cual sierpes de colores,
Las flámulas ondeantes.
Junta la tierra súbito
Sus grietas colosales
Y echa su dorso verde
Por sobre los gigantes:
Corren como que vuelan
Tábanos y chacales,
Y queda el campo lleno
De un humillo fragante.
De la derrota ciega
Los gritos espantables
Escúchanse, que evocan
Callados capitanes;
Y mésase soberbia
El áspero crinaje,
Y como muere un buitre
Expira sobre el valle:
En tanto, yo a la orilla
De un fresco arroyo amable,
Restaño sonriendo
Mis hilillos de sangre.
No temo yo ni curo
De ejércitos pujantes,
Ni tentaciones sordas,
Ni vírgenes voraces:
El vuela en torno mío,
El gira, él para, él bate;
Aquí su escudo opone;
Allí su clava blande;
A diestra y siniestra
Mandobla, quiebra, esparce;
Recibe en su escudillo
Lluvia de dardos hábiles;
Sacúdelos al suelo,
Bríndalo a nuevo ataque.
¡Ya vuelan, ya se vuelan
Tábanos y gigantes!—
Escúchase el chasquido
De hierros que se parten;
Al aire chispas fúlgidas
Suben en rubios haces;
Alfómbrase la tierra
De dagas y montantes;
¡Ya vuelan, ya se esconden
Tábanos y chacales!—
El como abeja zumba,
El rompe y mueve el aire,
Detiénese, ondea, deja
Rumor de alas de ave:
Ya mis cabellos roza;
Ya sobre mi hombro párase;
Ya a mi costado cruza;
Ya en mi regazo lánzase;
¡Ya la enemiga tropa
Huye, rota y cobarde!
¡Hijos, escudos fuertes,
De los cansados padres!
¡Venga mi caballero,
Caballero del aire!
¡Véngase mi desnudo
Guerrero de alas de ave,
Y echemos por la vía
Y con sus aguas frescas
Bañe mi hilo de sangre!
Caballeruelo mío!
Batallador volante!

III

Odio la máscara y vicio
Del corredor de mi hotel:
Me vuelvo al manso bullicio
de mi monte de laurel.

Con los pobres de la tierra
Quiero yo mi suerte echar:
El arroyo de la sierra
Me complace más que el mar.

Denle al vano el oro tierno
Que arde y brilla en el crisol:
A mí denme el bosque eterno
Cuando rompe en él el Sol.

Yo he visto el oro hecho tierra
Barbullendo en la redoma:
Prefiero estar en la sierra
Cuando vuela una paloma.

Busca el obispo de España
Pilares para su altar;
¡En mi templo, en la montaña,
El álamo es el pilar!

Y la alfombra es puro helecho,
Y los muros abedul,
Y la luz viene del techo,
Del techo de cielo azul.

El obispo, por la noche,
Sale, despacio, a cantar:
Monta, callado, en su coche,
Que es la piña de un pinar.

Las jacas de su carroza
Son dos pájaros azules:
Y canta el aire y retoza,
Y cantan los abedules.

Duermo en mi cama de roca
Mi sueño dulce y profundo:
Roza una abeja mi boca
Y crece en mi cuerpo el mundo.

Brillan las grandes molduras
Al fuego de la mañana,
Que tiñe las colgaduras
De rosa, violeta y grana.

El clarín, solo en el monte,
Canta al primer arrebol:
La gasa del horizonte
Prende, de un aliento, el Sol.

¡Díganle al obispo ciego,
Al viejo obispo de España
Que venga, que venga luego,
A mi templo, a la montaña!

VIII

Yo tengo un amigo muerto
Que suele venirme a ver:
Mi amigo se sienta, y canta;
Canta en voz que ha de doler.

"En un ave de dos alas
"Bogo por el cielo azul:
"Un ala del ave es negra
"Otra de oro Caribú.

"El corazón es un loco
"Que no sabe de un color:
"O es su amor de dos colores,
"O dice que no es amor.

"Hay una loca más fiera
"Que el corazón infeliz:
"La que le chupó la sangre
"Y se echó luego a reir.

"Corazón que lleva rota
"El ancla fiel del hogar,
"Va como barca perdida,
"Que no sabe a dónde va"

En cuanto llega a esta angustia
Rompe el muerto a maldecir:
Le amanso el cráneo: lo acuesto:
Acuesto el muerto a dormir.

XI

Yo tengo un paje muy fiel
Que me cuida y que me gruñe,
Y al salir, me limpia y bruñe
Mi corona de laurel.

Yo tengo un paje ejemplar
Que no come, que no duerme,
Y que se acurruca a verme
Trabajar, y sollozar.

Salgo, y el vil se desliza
Y en mi bolsillo aparece;
Vuelvo, y el terco me ofrece
Una taza de ceniza.

Si duermo, al rayar el día
Se sienta junto a mi cama:
Si escribo, sangre derrama
Mi paje en la escribanía.

Mi paje, hombre de respeto,
Al andar castañetea:
Hiela mi paje, y chispea:
Mi paje es un esqueleto.

XII

En el bote iba remando
Por el lago seductor,
Con el sol que era oro puro
Y en el alma más de un sol.

Y a mis pies vi de repente,
Ofendido del hedor,
Un pez muerto, un pez hediondo
En el bote remador.

[illegible]

Por donde abunda la malva
Y da el camino un rodeo,
Iba un ángel de paseo
Con una cabeza calva.

Del castañar por la zona
La pareja se perdía:
La calva resplandecía
Lo mismo que una corona.

Sonaba el hacha en lo espeso
Y cruzó un ave volando:
Pero no se sabe cuándo
Se dieron el primer beso.

Era rubio el ángel; era
El de la calva radiosa,
Como el tronco a que amorosa
Se prende la enredadera.

XXII

Estoy en el baile extraño
De polaina y casaquín
Que dan, del año hacia el fin,
Los cazadores del año.

Una duquesa violeta
Va con un frac colorado:
Marca un vizconde pintado
El tiempo en la pandereta.

Y pasan las chupas rojas
Pasan los tules de fuego,
Como delante de un ciego
Pasan volando las hojas.

XXV

Yo pienso, cuando alegro
Como un escolar sencillo,
En el canario amarillo,—
Que tiene el ojo tan negro!

Yo quiero, cuando me muera,
Sin patria, pero sin amo,
Tener en mi losa un ramo
de flores,—y una bandera!

XXVI

Yo que vivo, aunque me he muerto,
Soy un gran descubridor,
Porque anoche he descubierto
La medicina de amor.

Cuando al peso de la cruz
El hombre morir resuelve,
Sale a hacer bien, lo hace, y vuelve
Como de un baño de luz.

XXVII

El enemigo brutal
Nos pone fuego a la casa:
El sable la calle arrasa,
A la luna tropical.

Pocos salieron ilesos
Del sable del español:
La calle, al salir el Sol,
Era un reguero de sesos.

Pasa, entre balas, un coche:
Entran, llorando, a una muerta:
Llama una mano a la puerta
En lo negro de la noche.

No hay bala que no taladre
El portón: y la mujer
Que llama, me ha dado el ser:
Me viene a buscar mi madre.

A la boca de la muerte,
Los valientes habaneros
Se quitaron los sombreros
Ante la matrona fuerte.

Y después que nos besamos
Como dos locos, me dijo:
"Vamos pronto, vamos, hijo:
La niña está sola: vamos!".

XXVIII

Por la tumba del cortijo
Donde está el padre enterrado,
Pasa el hijo, de soldado
Del invasor: pasa el hijo.

El padre, un bravo en la guerra,
Envuelto en su pabellón
Alzase: y de un bofetón
Lo tiende, muerto, por tierra.

El rayo reluce: zumba
El viento por el cortijo:
El padre recoge al hijo,
Y se lo lleva a la tumba.

XXIX

La imagen del rey, por ley
Lleva el papel del Estado:
El niño fue fusilado
Por los fusiles del rey.

Festejar el santo es ley
Del rey: es la fiesta santa
¡La hermana del niño canta
Ante la imagen del rey!

XXX

El rayo surca, sangriento,
El lóbrego nubarrón:
Echa el barco, ciento a ciento,
Los negros por el portón.

El viento, fiero, quebraba
Los almácigos copudos;
Andaba la hilera, andaba,
De los esclavos desnudos.

El temporal sacudía
Los barracones henchidos:
Una madre con su cría
Pasaba, dando alaridos.

Rojo, como en el desierto,
Salió el Sol al horizonte:
Y alumbró a un esclavo muerto,
Colgado a un seibo del monte.

Un niño lo vio: tembló
De pasión por los que gimen:
Y, al pie del muerto, juró
Lavar con su sangre el crimen!

XXXVIII

¿Del tirano? Del tirano
Di todo, ¡di más!; y clava
Con furia de mano esclava
Sobre su oprobio al tirano.

¿Del error? Pues del error
Di el antro, di las veredas
Oscuras: di cuanto puedas
Del tirano y del error.

¿De mujer? Pues puede ser
Que mueras de su mordida;
Pero no empañes tu vida
Diciendo mal de mujer!

XLIII

Cuando me vino el honor
De la tierra generosa,
No pensé en Blanca ni en Rosa
Ni en lo grande del favor.

Pensé en el pobre artillero
Que está en la tumba, callado:
Pensé en mi padre, el soldado:
Pensé en mi padre, el obrero.

Cuando llegó la pomposa
Carta, en su noble cubierta,
Pensé en la tumba desierta
No pensé en Blanca ni en Rosa.

XLI

Mucho, señora, daría
Por tender sobre tu espalda
Tu cabellera bravía,
Tu cabellera de gualda

Despacio la tendería,
Callado la besaría.

Por sobre la oreja fina
Baja lujoso el cabello,
Lo mismo que una cortina
Que se levanta hacia el cuello.

La oreja es obra divina
De porcelana de China.

Mucho, señora, te diera
Por desenredar el nudo
De tu roja cabellera
Sobre tu cuello desnudo:

Muy despacio la esparciera,
Hilo por hilo la abriera.

XLV

Sueño con claustros de mármol
Donde en silencio divino
Los héroes, de pie, reposan:
¡De noche, a la luz del alma,
Hablo con ellos: de noche!
Están en fila: paseo
Entre las filas: las manos
De piedra les beso: abren
Los ojos de piedra: mueven
Los labios de piedra: tiemblan
Las barbas de piedra: empuñan:
La espada de piedra: lloran:
¡Vibra la espada en la vaina!
Mudo, les beso la mano.

Hablo con ellos, de noche!
Están en fila: paseo
Entre las filas: lloroso
Me abrazo a un mármol:
"Oh, mármol
Dicen que beben tus hijos
Su propia sangre en las copas
Venenosa de sus dueños!
¡Que hablan la lengua podrida
De sus rufianes! Que comen
Juntos el pan del oprobio,
En la mesa ensangrentada!
Que pierden en lengua inútil
El último fuego! ¡Dicen,
Oh, mármol, mármol dormido,
Que ya se ha muerto tu raza!".

Echame en tierra de un bote
El héroe que abrazo: me ase
Del cuello: barre la tierra
Con mi cabeza: levanta
El brazo, ¡el brazo le luce
Lo mismo que un sol!: resuena
La piedra: buscan el cinto
Las manos blancas: del soplo
Saltan los hombres de mármol!

CANTO DE OTOÑO

BIEN; ya lo sé! La Muerte está sentada
A mis umbrales: cautelosa viene,
Porque sus llantos y su amor no apronten
En mi defensa, cuando lejos viven
Padre e hijo. Al retornar ceñudo
De mi estéril labor triste y oscura
Con que a mi casa del invierno abrigo,
De pie sobre las hojas amarillas,
En la mano fatal la flor del sueño,
La negra toca en alas rematada,
Avido el rostro, trémulo la miro
Cada tarde aguardándome a mi puerta.
En mi hijo pienso, y de la dama oscura
Huyo sin fuerzas, devorado el pecho
De un frenético amor! Mujer más bella
No hay que la Muerte! Por un beso suyo
Bosques espesos de laureles varios,
Y las adelfas del amor, y el gozo
De remembrarme mis niñeces diera!
...Pienso en aquel a quien mi amor culpable
Trajo a vivir, y, sollozando, esquivo
De mi amado los brazos; mas ya gozo
De la aurora perenne el bien seguro.
Oh, vida, adiós! Quien va a morir, va muerto.

Oh, duelos con la sombra! Oh, pobladores
Ocultos del espacio! Oh, formidables
Gigantes que a los vivos azorados
Mueven, dirigen, postran, precipitan!
Oh, cónclave de jueces, blandos sólo
A la virtud, que en nube tenebrosa,
En grueso manto de oro recogidos,
Y duros como peña, aguardan torvos
A que al volver de la batalla rindan
—Con el frutal sus frutos—
De sus obras de paz los hombres cuenta,
De sus divinas alas!... de los nuevos
Arboles que sembraron, de las tristes
Lágrimas que enjugaron, de las fosas
Que a los tigres y víboras abrieron,
Y de las fortalezas eminentes
Que al amor de los hombres levantaron!
¡Esta es la dama, el rey, la patria, el premio
Apetecido, la arrogante mora
Que a su brusco señor cautiva espera
Llorando en la desierta Barbacana!
Este el santo Salem, éste el Sepulcro
De los hombres modernos. No se vierta
Más sangre que la propia! No se bata
Sino al que odie al amor! Unjanse presto
Soldados del amor los hombres todos!
La tierra entera marcha a la conquista
De este rey y señor, que guarda el cielo!
...Viles! El que es traidor a sus deberes
Muere como un traidor, del golpe propio
De su arma ociosa el pecho atravesado!
Ved que no acaba el drama de la vida
En esta parte oscura! Ved que luego
Tras la losa de mármol o la blanda
Cortina de humo y césped se reanuda
El drama portentoso! y ved, oh viles,
Que los buenos, los tristes, los burlados
Serán en la otra parte burladores!

Otros de lirio y sangre se alimenten:
Yo no! yo no! Los lóbregos espacios
Rasgué desde mi infancia con los tristes
Penetradores ojos: el misterio
En una hora feliz de sueño acaso
De los jueces así, y amé la vida
Porque del doloroso mal me salva
De volverla a vivir. Alegremente
El peso eché del infortunio al hombro:
Porque el que en huelga y regocijo vive
Y huye el dolor, y esquiva las sabrosas
Penas de la virtud, irá confuso
Del frío y torvo juez a la sentencia,
Cual soldado cobarde que en herrumbe
Dejó las nobles armas; y los jueces
No en su dosel le ampararán, no en brazos
Lo encumbrarán, mas lo echarán altivos
A odiar, a amar y batallar de nuevo
En la fogosa sofocante arena!
Oh, qué mortal que se asomó a la vida
Vivir de nuevo quiere?...
Puede ansiosa
La Muerte, pues, de pie en las hojas secas,
Esperarme a mi umbral con cada turbia
Tarde de Otoño, y silenciosa puede
Irme tejiendo con helados copos
Mi manto funeral.
No di al olvido
Las armas del amor: no de otra púrpura
Vestí que de mi sangre. Abre los brazos,
Listo estoy, madre Muerte: al juez me lleva!

Hijo!... Qué imagen miro! qué llorosa
Visión rompe la sombra, y blandamente
Como con luz de estrella la ilumina?
Hijo!... qué me demandan tus abiertos
Brazos? A qué descubres tu afligido
Pecho? Por qué me muestras tus desnudos
Pies, aun no heridos, y las blancas manos
vuelves a mí, tristísimo gimiendo?...
Cesa! calla! reposa! vive! El padre
No ha de morir hasta que a la ardua lucha
Rico de todas armas lance al hijo!
Ven, oh mi hijuelo, y que tus alas blancas
De los abrazos de la Muerte oscura
Y de su manto funeral me libren!

New York, 1882.

AMOR DE CIUDAD GRANDE

De gorja son y rapidez los tiempos.
Corre cual luz la voz; en alta aguja,
Cual nave despeñada en sirte horrenda,
Húndese el rayo, y en ligera barca
El hombre, como alado, el aire hiende.
¡Así el amor, sin pompa ni misterio
Muere, apenas nacido, de saciado!
Jaula es la villa de palomas muertas
Y ávidos cazadores! Si los pechos
Se rompen de los hombres, y las carnes
Rotas por tierra ruedan, no han de verse
Dentro más que frutillas estrujadas!

Se ama de pie, en las calles, entre el polvo
De los salones y las plazas; muere
La flor el día en que nace. Aquella virgen
Trémula que antes a la muerte daba
La mano pura que a ignorado mozo;
El goce de temer; aquel salirse
Del pecho el corazón; el inefable
Placer de merecer; el grato susto
De caminar de prisa en derechura
Del hogar de la amada, y a sus puertas
Como un niño feliz romper en llanto;
Y aquel mirar, de nuestro amor al fuego
Irse tiñendo de color las rosas,
Ea, que son patrañas! Pues, ¿quién tiene
Tiempo de ser hidalgo? ¡Bien que sienta,
Cual áureo vaso o lienzo suntuoso,
Dama gentil en casa de magnate!
O si se tiene sed, se alarga el brazo
Y a la copa que pasa se la apura!
Luego, la copa turbia al polvo rueda,
Y el hábil catador—manchado el pecho
De una sangre invisible—sigue alegre
Coronado de mirtos, su camino!
No son los cuerpos ya sino desechos,
Y fosas, y jirones! Y las almas
No son como en el árbol fruta rica
En cuya blanda piel la almíbar dulce
En su sazón de madurez rebosa,
Sino fruta de plaza que a brutales
Golpes el rudo labrador madura!

¡La edad es ésta de los labios secos!
De las noches sin sueño! ¡De la vida
Estrujada en agraz! ¿Qué es lo que falta
Que la ventura falta? Como liebre
Azorada, el espíritu se esconde,
Trémulo huyendo al cazador que ríe,
Cual en soto selvoso, en nuestro pecho;
Y el deseo, de brazo de la fiebre,
Cual rico cazador recorre el soto.

¡Me espanta la ciudad! Toda está llena
De copas por vaciar, o huecas copas!
¡Tengo miedo! ¡ay de mí! de que este vino
Tósigo sea, y en mis venas luego
Cual duende vengador los dientes clave!
¡Tengo sed; mas de un vino que en la tierra
No se sabe beber! ¡No he padecido
Bastante aún, para romper el muro
Que me aparta ¡oh dolor! de mi viñedo!
¡Tomad vosotros, catadores ruines
De vinillos humanos, esos vasos
Donde el jugo de lirio a grandes sorbos
Sin compasión y sin temor se bebe!
Tomad! Yo soy honrado, y tengo miedo!

New York, Abril de 1882.

YUGO Y ESTRELLA

CUANDO nací, sin sol, mi madre dijo:
"Flor de mi seno, Homagno generoso,
De mí y de la Creación suma y reflejo,
Pez que en ave y corcel y hombre se torna,
Mira estas dos, que con dolor te brindo,
Insignias de la vida: ve y escoge.
Este, es un yugo: quien lo acepta, goza.
Hace de manso buey, y como presta
Servicio a los señores, duerme en paja
Caliente, y tiene rica y ancha avena.
Esta, oh misterio que de mí naciste
Cual la cumbre nació de la montaña,
Esta, que alumbra y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
Huyen de quien la lleva, y en la vida,
Cual un monstruo de crímenes cargado,
Todo el que lleva luz se queda solo,
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
Buey vuelve a ser, y en apagado bruto
La escala universal de nuevo empieza.
El que la estrella sin temor se ciñe,
Como que crea, crece!
Cuando al mundo
De su copa el licor vació ya el vivo,
Cuando, para manjar de la sangrienta
Fiesta humana, sacó contento y grave
Su propio corazón, cuando a los vientos
De Norte y Sur vertió su voz sagrada,
La estrella como un manto, en luz lo envuelve,
Se enciende, como a fiesta, el aire claro,
Y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
Se oye que un paso más sube en la sombra!
—Dame el yugo, oh mi madre, de manera
Que puesto en él de pie, luzca en mi frente
Mejor la estrella que ilumina y mata.



ISLA FAMOSA

AQUI estoy, solo estoy, despedazado.
Ruge el cielo; las nubes se aglomeran,
Y aprietan, y ennegrecen, y desgajan,
Los vapores del mar la roca ciñen.
Sacra angustia y horror mis ojos comen.
¿A qué, Naturaleza embravecida,
A qué la estéril soledad en torno
De quien de ansia de amor rebosa y muere?
¿Dónde, Cristo sin cruz, los ojos pones?
¿Dónde, oh sombra enemiga, dónde el ara
Digna por fin de recibir mi frente?
¿En pro de quién derramaré mi vida?
Rasgóse el velo; por un tajo ameno
De claro azul, como en sus lienzos abre
Entre mazos de sombra Díaz famoso,
El hombre triste de la roca mira
En lindo campo tropical, galanes
Blancos, y Venus negras, de unas flores
Fétidas y fangosas coronados.
Danzando van; a cada giro nuevo
Bajo los muelles pies la tierra cede!
Y cuando en ancho beso los gastados
Labios sin lustre, ya trémulos juntan,
Sáltanles de los labios agoreras
Aves tintas en hiel, aves de muerte.



POMONA

OH, ritmo de la carne, oh melodía,
Oh licor vigorante, oh filtro dulce
De la hechicera forma! No hay milagro
En el cuento de Lázaro, si Cristo
Llevó a su tumba una mujer hermosa!

Qué soy, quién es, sino Memnom en donde
Toda la luz del Universo canta,
Y cauce humilde en el que van revueltas,
Las eternas corrientes de la vida?
Iba, como arroyuelo que cansado
De regar plantas ásperas fenece,
Y, de amor por el noble Sol transido,
A su fuego con gozo se evapora:
Iba, cual jarra que el licor ligero
En el fermento rompe,
Y en silenciosos hilos abandona:
Iba, cual gladiador que sin combate
Del incólume escudo ampara el rostro
Y el cuerpo rinde en la ignorada arena.
. . . Y súbito, las fuerzas juveniles
De un nuevo mar, el pecho rebosante
Hinchan y embargan, el cansado brío
Arde otra vez, y puebla el aire sano
Música suave y blando olor de mieles!
Porque a mis ojos los brazos olorosos
En armónico gesto alzó Pomona.

ASTRO PURO

DE un muerto, que al calor de un astro puro,
De paso por la tierra, como un manto
De oro sintió sobre sus huesos tibios
El polvo de la tumba; al sol radiante
Resucitó gozoso, vivió un día,
Y se volvió a morir, son estos versos:

Alma piadosa que a mi tumba llamas
Y cual la blanca luz de astros de enero,
Por el palacio de mi pecho en ruinas
Entrase, irradias, y los restos fríos
De los que en él voraces habitaron
Truecas, oh maga! en cándidas palomas;
Espíritu, pureza, luz, ternura,
Ave sin pies que el ruido humano espanta,
Señora de la negra cabellera,
El verso muerto a tu presencia surge
Como a las dulces horas del rocío
En el oscuro mar el Sol dorado,
Y álzase por el aire cuanto existe
Cual su manto, en el vuelo recogiendo,
Y a ti llega, y se postra y por la tierra
En colosales pliegues
Con majestad de púrpura romana.
Besé tus pies, te vi, pasar, señora.
¡Perfume y luz tiene por fin la tierra!
El verso aquel que a dentelladas duras
La vida diaria y ruin me remordía
Y en ásperos retazos, de mis secos
Y codiciosos labios se exhalaba,
Ora triunfante y melodioso bulle.
Y como ola del mar al sol sereno,
Bajo el espacio azul rueda en espuma:
Oh mago, oh mago amor!
Ya compañía
Tengo para afrontar la vida eterna.
Para la hora de la luz, la hora
De reposo y de flor, ya tengo cita.

Esto diciendo, los abiertos brazos
Tendió el cantor como a abrazar. El vivo
Amor que su viril estrofa mueve
Sólo duró lo que su estrofa dura.
Alma infeliz el alma ardiente, aquella
En que el ascua más leve alza un incendio
. . . . y el sueño
Que vio esplendor, y quiso así, hundióse
Como un águila muerta. El ígneo, el.
Calló, brillo, volvió solo a su tumba.

POETA

COMO nacen las palmas en la arena
Y la rosa en la orilla al mar salobre,
Así de mi dolor mis versos surgen
Convulsos, encendidos, perfumados.
Tal en los mares sobre el agua verde,
La vela hendida, el mástil trunco, abierto
A las ávidas olas el costado,
Después de la batalla fragorosa
Con los vientos, el buque sigue andando.

¡Horror, horror! En tierra y mar no había
Más que crujidos, furia, niebla y lágrimas!
Los montes, desgajados sobre el llano
Rodaban; las llanuras, mares turbios,
En desbordados ríos convertidas,
Vaciaban en los mares; un gran pueblo
Del mar cabido hubiera en cada arruga·
Estaban en el cielo las estrellas
Apagadas; los vientos en jirones
Revueltos en la sombra, y huían, se abrían,
Al chocar entre sí, y se despeñaban;
En los montes del aire resonaban
Rodando con estrépito; en las nubes
Los astros locos se arrojaban llamas!

Rió luego el Sol; en tierra y mar lucía
Una tranquila claridad de boda.
¡Fecunda y purifica la tormenta!
Del aire azul colgaban ya, prendidos
Cual gigantescos tules, los rasgados
Mantos de los crespudos vientos, rotos
En el fragor sublime. Siempre quedan
Por un buen tiempo luego de la cura
Los bordes de la herida sonrosados!
Y el barco, como un niño, con las olas
Jugaba, se mecía, traveseaba.

DOS PATRIAS

Dos patrias tengo yo: Cuba y la noche.
¿O son una las dos? No bien retira
Su majestad el sol, con largos velos
Y un clavel en la mano, silenciosa
Cuba cual viuda triste me aparece.
¡Yo sé cuál es ese clavel sangriento
Que en la mano le tiembla! Está vacío
Mi pecho, destrozado está y vacío
En donde estaba el corazón. Ya es hora
De empezar a morir. La noche es buena
Para decir adiós. La luz estorba
Y la palabra humana. El universo
Habla mejor que el hombre.
Cual bandera
Que invita a batallar, la llama roja
De la vela flamea. Las ventanas
Abro, ya estrecho en mí. Muda, rompiendo
Las hojas del clavel, como una nube
Que enturbia el cielo, Cuba, viuda, pasa...

ENVILECE, DEVORA

Envilece, devora, enferma, embriaga
La vida de ciudad: se come el ruido,
Como un corcel la yerba, la poesía.
Estréchase en las casas la apretada
Gente, como un cadáver en su nicho:
Y con penoso paso por las calles
Pardas, se arrastran hombres y mujeres
Tal como sobre el fango los insectos,
Secos, airados, pálidos, canijos.
Cuando los ojos, del astral palacio
De su interior, a la ciudad convierte
El alma heroica, no en batallas grandes
Piensa, ni en templos cóncavos, ni en lides
De la palabra centelleante: piensa
En abrazar, como un haz, los pobres
Y a donde el aire es puro, y el Sol claro
Y el corazón no es vil, volar con ellos.

PARA CECILIA GUTIERREZ NAJERA Y MAILLEFERT

EN la cuna sin par nació la airosa
Niña de honda mirada y paso leve,
Que el padre le tejió de milagrosa
Música azul y clavellín de nieve.

Del sol voraz y de la cumbre andina,
Con mirra nueva, el séquito de bardos
Vino a regar sobre la cuna fina
Olor de myosotis y luz de nardos.

A las pálidas alas del arpegio,
Preso del cinto a la trenzada cuna,
Colgó liana sutil el bardo regio
De ópalo tenue y claridad de luna.

A las trémulas manos de la ansiosa
Madre feliz, para el collar primero,
Vertió el bardo creador la pudorosa
Perla y el iris de su ideal joyero.

De su menudo y fúlgido palacio
Surgió la niña mística, cual sube,
Blanca y azul, por el solemne espacio,
Lleno el seno de lágrimas, la nube.

Verdes los ojos son de la hechicera
Niña, y en ellos tiembla la mirada
Cual onda virgen de la mar viajera
Presa al pasar en concha nacarada.

Fina y severa como el arte grave,
Alísea planta en la existencia apoya,
Y el canto tiene y la inquietud del ave,
Y su mano es el hueco de una joya.

Niña: si el mundo infiel al bardo airoso
Las magias roba con que orló tu cuna,
Tú le ornarás de nuevo el milagroso
Verso de ópalo tenue y luz de luna.

México, Agosto de 1894.

QUIEREN, ¡OH MI DOLOR!...

QUIEREN, ¡oh mi dolor! que a tu hermosura
De su ornamento natural despoje,
Que el árbol pode, que la flor deshoje,
Que haga al manto viril broche y cintura:

Quieren que el verso arrebatado en dura
Cárcel sonante y apretada aherroje,
Cual la espiga deshecha en la alta troje
O en el tosco lagar la vid madura.

No puede ser: La crónica alquilada
El paso ensaye y el sollozo, en donde
Llena de untos, fingirá que implora:

El gran dolor, el alma desolada,
Ni con carmín su lividez esconde,
Ni se trenza el cabello cuando llora.

A ADELAIDA BARALT

AYER, linda Adelaida, en la pluviosa
Mañana, vi brillar un soberano
Arbol de luz en flor, —¡ay! un cubano
Floral, —nave perdida en mar brumoso.

Y en sus ramas posé, como se posa,
Loco de luz y hambriento de verano,
Un viejo colibrí, sin pluma y cano
Sobre la rama de un jazmín en rosa.

¡Mas parto, el ala triste! cruzo el río,
Y hallo a mi padre audaz, nata y espejo
De ancianos de valor, enfermo y frío.

De nostalgia y de lluvia: ¿cómo dejo
Por dar, linda Adelaida, fuego al mio,
Sin fuego y solo el corazón del viejo?

YO CALLARE

II

YO callaré: Yo callaré: que nadie
Sepa que vivo: que mi patria nunca
Sepa que en soledad muero por ella!
Si me llaman, iré: yo sólo vivo
Porque espero a servirla: así, muriendo,
La sirvo yo mejor que husmeando el modo
De ponerla a los pies del extranjero.

III

Los héroes a caballo
del enemigo arzón al cautivo:
las viudas en los templos
los santos magistrados
ganaban cantando con qué
Sostener a los hijos de los héroes;—
Infame es quién lo olvida, y más infame,
Quien da su patria al extranjero.

Mi padre era español: ¡era su gloria
Los Domingos, vestir sus hijos,
Pelear, bueno: no tienes que pelear, mejor:
Aun por el derecho, es un pecado
Verter sangre, y se ha de
Hallar al fin el modo de evitarlo. Pero, si no,
Santo sencillo de la barba blanca.
Ni a sangre inútil llama a tu hijo,
Ni servirá en su patria al extranjero:
Mi padre fue español: era su gloria,
Rendida la semana, irse el Domingo,
Conmigo de la mano.

HALA, HALA!...

Hala, hala!
Da vueltas a la noria, arrastra el ala!

Rosa que alegra el aire al sol que asoma
de aire te deja ¡estúpida conseja!
Y ven en la olla negra a echar tu aroma.

Alma, que dulcemente te consumes,
y en esta muerte ves sabrosa suerte,
almas abajo, abajo los perfumes!

La vida es un molino:
hay que ganar el pan y hacer el vino.

Ya sé que vas sangrando y mal herida,
y a cada gota de tu sangre brota
una cruz de jacinto florecida.

Ya sé que a cada noche alzas el vuelo
a las estrellas y que bajas de ellas
con un dolor tan grande como el cielo.

Morir es un deleite:
pero un tirano nos echó a la vida,
y a la terrible lámpara encendida,
alma infeliz, hay que nutrir de aceite.

¡Hala, alma, hala!
Da vueltas a la noria, arrastra el ala!

SOLO EL AFAN

SOLO el afán de un náufrago podría
lejos el cielo y hondo el mar;
a un alma sin amor, que en el tumulto
de rostro en rostro, por su tarda amante
en vano inquiere, y lívida jadea:
yo sé madres sin hijos, la tortura,
de vuestro corazón! Yo sé del triste
sediento, y del hambriento, y del que lleva
un muerto en las entrañas! Oigo el aire,
suplico en alta voz, desesperado
gimo, a la sorda sombra pido un beso.
De mí no sé. Me olvido. Me recoge
la desesperación. Y entre los brazos
del hambre, a tanto el plato me despierto!

Yo sé que de las rosas
holladas al morir brota un gemido;
yo he visto el alma pálida que surge
de la yerba que troncha el casco duro
cual lágrima con alas: yo padezco
de aquel dolor del agua cristalina
que el sol ardiente desdeñoso consume.
Sé de mis náuseas mortales, y el deseo
de vaciar de una vez el pecho ansioso,
como en la mesa el bebedor cansado
vuelca la copa del inútil vino.

TAMANACO

TAMANACO, de plumas coronado
está en mitad del rústico vallado.
Tras cañas y maderas,
en la forma de hombres se levantan fieras
con cabeza y con pecho y pies de hierro.
Las cañas rompen: salta al cierco un perro.
Del hombre de las plumas la macana
hace en el aire hueco herida vana;
el brazo, desprendido
al golpe inútil, cuélgale tendido:
crujen tres de las cercas inseguras
de sabroso placer las armaduras:
en la sangre del indio derribado
el hondo hocico el perro ha sepultado:
y aún resuena en la tierra americana
el golpe vago de la infiel macana;
y en el cuerpo del indio aún muerde el perro.

DOS FRAGMENTOS

LLUEVE: el oscuro cielo encapotado
turbio en los hondos lagos se refleja:
viento recio los árboles encorva.
Y como gimo yo, todo parece
que como yo desesperado gime:
y por el mar plomizo, como féretros,
lacias las velas, grandes barcos cruzan.

Mañana, como un monte que derrumba
de noche y en sigilo su eminencia,
como un vaso de aroma, hueco y roto
caeré sobre la tierra.

ENTRE LAS FLORES DEL SUEÑO

ENTRE las flores del sueño
oigo una música vaga:
oigo un silencio de playa.
El remordimiento asoma
su cabeza desgreñada:
el desorden tempestuoso
turba y enciende las aguas
en el corazón que duele
un dulce puñal se clava:
el cerebro enfurecido:
calla de una cuchillada:
en las nubes grises y oros
vuelan serenas palomas:
una corona de rizos
en la sombra se desata:
en el cuerpo transparente
la línea eterna se marca:
Así se queda dormido
el que vive en tierra extraña!
La delicia del olvido
sobre la cabeza baja.

MANIFIESTO DE MONTECRISTI

EL PARTIDO REVOLUCIONARIO CUBANO A CUBA

La REVOLUCION de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo período de guerra, en virtud del orden y acuerdo del Partido Revolucionario en el extranjero y en la isla, y de la ejemplar congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país, para bien de América y del mundo; y los representantes electos de la revolución que hoy se confirma, reconocen y acatan su deber —sin usurpar el acento y las declaraciones sólo propias de la majestad de la república constituída— de repetir ante la patria, que no se ha de ensangrentar sin razón ni sin justa esperanza de triunfo, los propósitos precisos, hijos del juicio y ajenos de la venganza, con que se ha compuesto, y llegará a su victoria racional, la guerra inextinguible que hoy lleva a los combates, en conmovedora y prudente democracia, los elementos todos de la sociedad de Cuba.

La guerra no es, en el concepto sereno de los que aún hoy la representan, y de la revolución pública y responsable que los eligió, el insano triunfo de un partido cubano sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equívoco de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país harto probado en la guerra anterior para lanzarse a la ligera en un conflicto sólo terminable por la victoria o el sepulcro, sin causas bastante profundas para sobreponerse a las cobardías humanas y sus varios disfraces, y sin determinación tan respetable por ir firmada por la muerte que debe imponer silencio a aquellos cubanos menos venturosos que no se sienten poseídos de igual fe en las capacidades de su pueblo ni de valor igual con que emanciparlo de su servidumbre.

La guerra no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil, que sólo tendrían derecho a demorar o condenar los que mostrasen la virtud y el propósito de conducirla a otra más viable y segura, y que no debe en verdad apetecer un pueblo que no la pueda sustentar; sino el producto disciplino de la reunión de hombres enteros que en el reposo de la experiencia se han decidido a encarar otra vez los peligros que conocen, y de la congregación cordial de los cubanos de más diverso origen, convencidos de que en la conquista de la libertad se adquieren mejor que en el abyecto abatimiento, las virtudes necesarias para mantenerla.

La guerra no es contra el español, que, en el seguro de sus hijos y en el acatamiento de la patria que se ganen podrá gozar respetado, y aun amado, de la libertad, que sólo arrollará a los que le salgan, imprevisores, al camino. Ni del desorden, ajeno a la moderación probada del espíritu de Cuba, será cuna la guerra, ni de la tiranía. Los que la fomentaron, y pueden aún llevar su voz, declaran en nombre de ella, ante la patria, su limpieza de todo odio, su indulgencia fraternal para con los cubanos tímidos equivocados, su radical respeto al decoro del hombre, nervio del combate y cimiento de la república, —su certidumbre de la aptitud de la guerra para ordenarse de modo que contenga la redención que la inspira, la relación en que un pueblo debe vivir con los demás, y la realidad que la guerra es,— y su terminante voluntad de respetar, y hacer que se respete, al español neutral y honrado, en la guerra y después de ella, y de ser piadosa con el arrepentimiento, e inflexible sólo con el vicio, el crimen y la inhumanidad. En la guerra que se ha reanudado en Cuba no ve la Revolución las causas del júbilo que pudieran embargar al heroísmo irreflexible, sino las responsabilidades que deben preocupar a los fundadores de pueblos.

Entre Cuba en la guerra con la plena seguridad, inaceptable sólo a los cubanos sedentarios y parciales, de la competencia de sus hijos para obtener el triunfo por la energía de la revolución pensadora y magnánima, y de la capacidad de los cubanos, cultivada en diez años primeros de fusión sublime, y en las prácticas modernas del gobierno y el trabajo, para salvar la patria desde su raíz de los desacomodos y tanteos, necesarios al principio del siglo, sin comunicaciones y sin preparación, en las repúblicas feudales y teóricas de Hispano América. Punible ignorancia o alevosía fuera desconocer las causas, a menudo gloriosas y ya generalmente redimidas, de los trastornos americanos, venidos del error de ajustar a moldes extranjeros, de dogma incierto o mera relación a su lugar de origen, la realidad ingenua de los países que conocían sólo de las libertades el ansia que las conquista, y la soberanía que se gana por pelear por ellas. La concentración de la cultura meramente literaria en las capitales; el erróneo apego de las repúblicas a las costumbres señoriales de la colonia; la creación de caudillos rivales consiguiente al trato receloso e imperfecto de las comarcas apartadas; la condición rudimentaria de la única industria, agrícola y ganadera; y el abandono y desdén de la fecunda raza indígena en las disputas de credo o localidad que esas causas de los tratornos en los pueblos de América mantenían —no son, de ningún modo, los problemas de la sociedad cubana. Cuba vuelve a la guerra con un pueblo democrático y culto, conocedor celoso de su derecho y del ajeno; o de cultura mucho mayor, en lo más humilde de él, que las masas llaneras o indias con que, a la voz de los héroes primados de la emancipación, se mudaron de hatos en naciones las silenciosas colonias de América; y en el crucero del mundo, al servicio de la guerra, y a la fundación de la nacionalidad le vienen a Cuba, del trabajo creador y conservador de los pueblos más hábiles del orbe, y del propio esfuerzo en la persecución y miseria del país, los hijos lúcidos, magnates o siervos, que de la época primera de acomodo, ya vencida entre los componentes heterogéneos de la nación cubana, salieron a preparar, o en la misma isla continuaron preparando, con su propio perfeccionamiento, el de la nacionalidad a que concurren hoy con la firmeza de sus personas laboriosas, y el seguro de su educación republicana. El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas; la peculiar moderación del campesino sazonado en el destierro y en la guerra; el trato íntimo y diario, y rápida e inevitable uniformación de las diversas secciones del país; la administración recíproca de las virtudes iguales entre los cubanos que de las diferencias de la esclavitud pasaron a la hermandad del sacrificio; y la benevolencia y aptitud creciente del liberto, superiores a los raros ejemplos de su desvío o encono—, aseguran a Cuba, sin ilícita ilusión, un porvenir en que las condiciones de asiento, y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la república justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza o arrogancia que la guerra a veces cría, del rencor ofensivo de una minoría de amos caída de sus privilegios; de la censurable premura con que una minoría aún invisible de libertos descontentos pudiera aspirar, con violación funesta del albedrío y naturaleza humanos, al respeto social que sola y seguramente ha de venirles de la igualdad probada en las virtudes y talentos; y de la súbita desposesión, en gran parte de los pobladores letrados de las ciudades, de la suntuosidad o abundancia relativa que hoy les viene de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia, y de los oficios que habrán de desaparecer de la libertad. Un pueblo libre, en el trabajo abierto a todos, enclavado a las bocas del universo rico e industrial, sustituirá, sin obstáculo, y con ventaja, después de una guerra inspirada en la más pura abnegación, y mantenida conforme a ella, al pueblo avergonzado donde el bienestar sólo se obtiene a cambio de la complicidad expresa o tácita con la tiranía de los extranjeros menesterosos que lo desangran y corrompen. No dudan de Cuba, ni de sus aptitudes para obtener

o gobernar su independencia, los que en el heroísmo de la muerte y en el de la fundación callada de la patria ven resplandecer de continuo, en grandes y en pequeños, las dotes de concordia y sensatez sólo inadvertibles para los que, fuera del alma real de su país, lo juzgan, en el arrogante concepto de sí propios, sin más poder de rebeldía y creación que el que asoma tímidamente en la servidumbre de sus quehaceres coloniales.

De otro temor quisiera acaso valerse hoy, so pretexto de prudencia, la cobardía: el temor insensato, y jamás en Cuba justificado, a la raza negra. La Revolución, con su carga de mártires, y de guerreros subordinados y generosos, desmiente indignada, como desmiente la larga prueba de la emigración y de la tregua en la Isla, la tacha de amenaza de la raza negra con que se quisiese inicuamente levantar por los beneficiarios del régimen de España, el miedo a la Revolución. Cubanos hay ya en Cuba de uno y otro color, olvidados para siempre —con la guerra emancipadora y el trabajo donde unidos se gradúan— del odio en que los pudo dividir la esclavitud. La novedad y aspereza de las relaciones sociales, consiguientes a la mudanza súbita del hombre ajeno en propio, son menores que la sincera estimación del cubano blanco por el alma igual, la afanosa cultura, el fervor del hombre libre, y el amable carácter de su compatriota negro. Y si a la raza le naciesen demagogos inmundos, o almas ávidas cuya impaciencia propia azuzase la de su color, o en quien se convirtiera en injusticia con los demás la piedad por los suyos, —con su agradecimiento y su cordura, y su amor a la patria, con su convicción de la necesidad de desautorizar por la prueba patente de la inteligencia y la virtud del cubano negro la opinión que aún reine de su incapacidad para ellas, y con la posesión de todo lo real del derecho humano, y el consuelo y la fuerza de la estimación de cuanto en los cubanos blancos hay de justo y generoso, la misma raza extirparía en Cuba el peligro negro, sin que tuviera que alzarse a él una sola mano blanca. La Revolución lo sabe, y lo proclama: la emigración lo proclama también. Allí no tiene el cubano negro escuelas de ira, como no tuvo en la guerra una sola culpa de ensoberbecimiento indebido o de insubordinación. En sus hombros anduvo segura la república a que no atentó jamás. Sólo los que odian al negro ven en el negro odio; y los que con semejante miedo injusto traficasen, para sujetar, con inapetecible oficio, las manos que pudieran erguirse a expulsar de la tierra cubana al ocupante corruptor.

En los habitantes españoles de Cuba, en vez de la deshonrosa ira de la primera guerra, espera hallar la Revolución, que ni lisonjea ni teme, tan afectuosa neutralidad o tan veraz ayuda, que por ellas vendrá a ser la guerra más breve, sus desastres menores, y más fácil y amiga la paz en que han de vivir juntos padres e hijos. Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten y se les respetará. Al acero responde el acero y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejército forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombres la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte quisiera la Revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia y vicios políticos de la tierra propia. Este es el corazón de Cuba, y así será la guerra. ¿Qué enemigos españoles tendrá verdaderamente la Revolución? ¿Será el ejército, republicano en mucha parte, que ha aprendido a respetar nuestro valor, como nosotros respetamos el suyo, y más sienten impulso a veces de unírsenos que de combatirnos? ¿Serán los quintos, educados ya en las ideas de humanidad, contrarias a derramar sangre de sus semejantes en provecho de un cetro inútil o una patria codiciosa, los quintos segados en la flor de su juventud para venir a defender, contra un pueblo que los acogiera alegre como ciudadanos libres, un trono mal sujeto, sobre la nación vendida por sus guías, con la complicidad de sus privilegios y sus logros? ¿Será la masa, hoy humana y culta, de artesanos y dependientes, a quienes, so pretexto de patria, arrastró ayer a la ferocidad y al crimen del interés de los españoles acaudalados que hoy, con lo más de sus fortunas salvas en España, muestran menos celo que aquél con que ensangrentaron la tierra de su riqueza cuando los sorprendió en ella la guerra con toda su fortuna? ¿O serán los fundadores de familias y de industrias cubanas fatigados ya del fraude de España y de su desgobierno, y como el cubano vejados y oprimidos, los que, ingratos e imprudentes, sin miramiento por la paz de sus casas y la conservación de una riqueza que el régimen de España amenaza más que la Revolución, se revuelvan contra la tierra que de tristes rústicos los ha hecho esposos felices, y dueños de una prole capaz de morir sin odio por asegurar al padre sangriento un suelo libre al fin de la discordia permanente entre el criollo y el peninsular; donde la honrada fortuna pueda mantenerse sin cohecho y desarrollo sin zozobra, y el hijo no vea entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor? ¿Qué suerte elegirán los españoles: la guerra sin tregua confesa o disimulada, que amenaza y perturba las relaciones siempre inquietas y violentas del país, o la paz definitiva, que jamás se conseguirá en Cuba sino con la independencia? ¿Enconarán y ensangrentarán los españoles arraigados en Cuba la guerra en que puedan quedar vencidos? ¿Ni con qué derecho nos odiarán los españoles, si los cubanos no los odiamos? La Revolución emplea sin miedo este lenguaje, porque el decreto de emancipar de una vez a Cuba de la ineptitud y corrupción irremediable del gobierno de España, y abrirla franca para todos los hombres al mundo nuevo, es tan terminante como la voluntad de mirar como a cubanos, sin tibio corazón ni amargas memorias, a los españoles que por su pasión de libertad ayuden a conquistarla en Cuba, y a los que con su respeto a la guerra de hoy rescaten la sangre que en la de ayer manó a sus golpes de pecho de sus hijos.

En las formas que se dé la Revolución, conocedora de su desinterés, no hallará sin duda pretexto de reproche la vigilante cobardía, que en los errores formales del país naciente, o en su poca suma visible de república, pudiese procurar razón con que negarle la sangre que le adeuda. No tendrá el patriotismo puro causa de temor por la dignidad y suerte futura de la patria. La dificultad de las guerras de independencia en América, y la de sus primeras nacionalidades, ha estado, más que en la discordia de sus héroes y en la emulación y recelo inherentes al hombre, en la falta oportuna de forma que a la vez contenga el espíritu de redención que, con apoyo de ímpetus menores, promueve y nutre la guerra y las prácticas necesarias a la guerra, y que ésta debe desembarazar y sostener. En la guerra inicial se ha de hallar el país maneras tales de gobierno que a un tiempo satisfagan la inteligencia madura y suspicaz de sus hijos cultos, y las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos, —y permitan en vez de entrabar el desarrollo pleno y término rápido de la guerra fatalmente necesaria a la felicidad pública. Desde sus raíces se ha de constituir la patria con formas viables, y de sí propia nacidas, de modo que un gobierno sin realidad ni sanción no la conduzca a las parcialidades o a la tiranía. Sin atentar, con desordenado concepto de su deber, al uso de las facultades íntegras de constitución con que se ordenen y acomoden, en su responsabilidad peculiar ante el mundo contemporáneo, liberal e impaciente, los elementos expertos y novicios, por igual movidos de ímpetu ejecutivo y pureza ideal, que con nobleza idéntica, y el título inexpugnable de su sangre, se lanzan tras el alma y guía de los primeros héroes, a abrir a la humanidad una república trabajadora; sólo es lícito al Partido Revolucionario Cubano declarar su fe en que la Revolución ha de hallar formas que le aseguren en la unidad y vigor indispensables a una guerra culta, el entusiasmo de los cubanos, la confianza de los españoles y la amistad del mundo. Conocer y fijar la realidad; componer en molde natural, la realidad de las ideas que producen o apagan los hechos, y la de los hechos que nacen de las ideas; ordenar la revolución del decoro, el sacrificio y la cultura de modo que no quede el decoro de un solo hombre lastimado, ni el sacrificio parezca inútil a un solo cubano, ni la revolución inferior a la cultura del país, no a la extranjera y desautorizada cultura que se enajena el respeto de los hombres viriles por la ineficacia de los resultados y el contraste lastimoso entre la poquedad real y la arrogancia de sus estériles poseedores, sino al profundo conocimiento de la labor del hombre en el rescate y sostén de su dignidad: —ésos son los deberes, y los intentos, de la revolución. Ella se regirá de modo que la guerra, pujante y capaz, dé pronto casa firme a la nueva república.

La guerra sana y vigorosa desde el nacer con que hoy reanuda Cuba, con todas las ventajas de su experiencia, y la victoria asegurada a las determinaciones finales, el esfuerzo excelso, jamás recordado sin unión, de sus inmarcesibles héroes, no es sólo hoy el piadoso anhelo de dar vida plena al pueblo que, bajo la inmoralidad y ocupación crecientes de un amo inepto, desmigaja o pierde su fuerza superior en la patria sofocada o en los destierros esparcidos. Ni es la guerra el insuficiente prurito de conquistar a Cuba con el sacrificio tentador, la independencia política, que sin derecho pediría a los cubanos su brazo si con ella no fuese la esperanza de crear una patria más a la libertad del pensamiento, la equidad de las costumbres y la paz del trabajo. La guerra de independencia de Cuba, nudo del haz de islas donde se ha de cruzar, en plazo de pocos años, el comercio de los continentes, es suceso de gran alcance humano, y servicio oportuno que el heroísmo juicioso de las Antillas presta a la firmeza y trato justo de las naciones americanas, y al equilibrio aún vacilante del mundo. Honra y conmueve pensar que cuando cae en tierra de Cuba un guerrero de la independencia, abandonado tal vez por los pueblos incautos o indiferentes a quienes se inmola, cae por el bien mayor del hombre, la confirmación de la república moral en América, y la creación de un archipiélago libre donde las naciones respetuosas derramen las riquezas que a su paso han de caer sobre el crucero del mundo. Apenas podría creerse que con semejantes mártires, y tal porvenir, hubiera cubanos que atasen a Cuba a la monarquía podrida y aldeana de España, y a su miseria inerte y viciosa.

A la revolución cumplirá mañana el deber de explicar de nuevo al país y a las naciones las causas locales, y de idea e interés universal, con que para el adelanto y servicio de la humanidad reanuda el pueblo emancipador de Yara y de Guáimaro una guerra digna del respeto de sus enemigos y el apoyo de los pueblos, por el rígido concepto del derecho del hombre, y su aborrecimiento de la venganza estéril y la devastación inútil. Hoy, al proclamar desde el umbral de la tierra venerada el espíritu y doctrinas que produjeron y alientan la guerra entera y humanitaria en que se une aún más el pueblo de Cuba, invencible e indivisible, séanos lícito invocar, como guía y ayuda de nuestro pueblo, a los magnánimos fundadores, cuya labor renueva el país agradecido, —y al honor, que ha de impedir a los cubanos herir, de palabra o de obra, a los que mueren por ellos. Y al declarar así, en nombre de la patria, y deponer ante ella y ante su libre facultad de constitución, la obra idéntica de dos generaciones, suscriben juntos la declaración, por la responsabilidad común de su representación, y en muestra de unidad y solidez de la revolución cubana, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano, creado para ordenar y auxiliar la guerra actual, y el General en Jefe electo en él por todos los miembros activos del Ejército Libertador.

MONTECRISTI, 25 de Marzo de 1895.

JOSE MARTI M. GOMEZ

CARTA A MANUEL MERCADO

Campamento de Dos Ríos, 18 de Mayo de 1895
Sr. Manuel Mercado.

Mi hermano queridísimo: Ya puedo escribir, ya puedo decirle con qué ternura y agradecimiento y respeto lo quiero, y a esa casa que es mía y mi orgullo y obligación; ya estoy todos los días en peligro de dar mi vida por mi país y por mi deber —puesto que lo entiendo y tengo ánimos con qué realizarlo— de impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América. Cuanto hice hasta hoy, y haré, es por eso. En silencio ha tenido que ser y como indirectamente, porque hay cosas que para lograrlas han de andar ocultas, y de proclamarse en lo que son, levantarían dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin.

Las mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos —como ése de usted y mío— más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra, por la anexión de los Imperialistas de allá y los españoles, el camino que se ha de cegar, y con nuestra sangre estamos cegando, de la anexión de los pueblos de nuestra América, al Norte revuelto y brutal que los desprecia, —les habían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio, que se hace en bien inmediato y de ellos.

Viví en el monstruo y le conozco las entrañas: —y mi honda es la de David. Ahora mismo, pues días hace, al pie de la victoria con que los cubanos saludaron nuestra salida libre de las sierras en que anduvimos los seis hombres de la expedición catorce días, el corresponsal del Herald, que me sacó de la hamaca en mi rancho, me habla de la actividad anexionista, menos temible por la poca realidad de los aspirantes, de la especie curial, sin cintura ni creación, que por disfraz cómodo de su complacencia o sumisión a España, le pide sin fe la autonomía de Cuba, contenta sólo de que haya un amo yankee o español, que les mantenga, o les cree, en premio de oficios de celestinos, la posición de prohombres, desdeñosos de la masa pujante, —la masa mestiza, hábil y conmovedora, del país—, la masa inteligente y creadora de blancos y de negros.

Y de más me habla el corresponsal del Herald, Eugenio Bryson: —de un sindicato yankee— que no será —con garantía de las aduanas, harto empeñadas con los rapaces bancos españoles, para que quede asidero a los del Norte; —incapacitado afortunadamente, por su entrabada y compleja constitución política, para emprender o apoyar la idea como obra de gobierno. Y de más me habló Bryson, —aunque la certeza de la conversación que me refería, sólo la puede comprender quien conozca de cerca el brío con que hemos levantado la Revolución, —el desorden, desgano y mala paga del ejército novicio español— y la incapacidad de España para allegar en Cuba o afuera los recursos contra la guerra, que en la vez anterior sólo sacó de Cuba,— Bryson me contó su conversación con Martínez Campos, al fin de la cual le dio a entender éste que sin duda, llegada la hora, España preferiría entenderse con los Estados Unidos a rendir la Isla a los cubanos. Y aún me habló Bryson más: de un conocido nuestro y de lo que en el Norte se le cuida, como candidato de los Estados Unidos, para cuando el actual Presidente desaparezca, a la Presidencia de México.

Por acá yo hago mi deber. La guerra de Cuba, realidad superior a los vagos y dispersos deseos de los cubanos y españoles anexionistas, a que sólo daría relativo poder su alianza con el gobierno de España, ha venido a su hora en América, para evitar, aún contra el empleo franco de todas esas fuerzas, la anexión de Cuba a los Estados Unidos, que jamás la aceptarán de un país en guerra, ni pueden contraer, puesto que la guerra no aceptará la anexión, el compromiso odioso y absurdo de abatir por su cuenta y con sus armas una guerra de independencia americana.

Y México, ¿no hallará modo sagaz, efectivo e inmediato de auxiliar, a tiempo, a quien lo defiende? Sí lo hallará, —o yo se lo hallaré. Esto es muerte o vida, y no cabe errar. El modo discreto es lo único que se ha de ver. Ya yo lo habría hallado y propuesto. Pero he de tener más autoridad en mí, o de saber quién la tiene, antes de obrar o aconsejar. Acabo de llegar. Puede aún tardar dos meses, si ha de ser real y estable, la constitución de nuestro gobierno, útil y sencillo. Nuestra alma es una, y la sé, y la voluntad del país; pero estas cosas son siempre obra de relación, momento y acomodos. Con la representación que tengo, no quiero hacer nada que parezca extensión caprichosa de ella. Llegué con el general Máximo Gómez y cuatro más, en un bote en que llevé el remo de proa bajo el temporal, a una pedrera desconocida de nuestras playas; cargué, catorce días, a pie por espinas y alturas mi moral y mi rifle; —alzamos gente a nuestro paso—; siento en la benevolencia de las almas la raíz de este cariño mío a la pena del hombre y a la justicia de remediarla; los campos son nuestros sin disputa, a tal punto, que en un mes sólo he podido oír un fuego; y a las puertas de las ciudades, o ganamos una victoria, o pasamos revista, ante entusiasmo parecido al fuego religioso, a tres mil armas; seguimos camino, al centro de la Isla, a deponer yo, ante la revolución que he hecho alzar, la autoridad que la emigración me dio, y se acató adentro, y debe renovar conforme a su estado nuevo, una asamblea de delegados del pueblo cubano visible, de los revolucionarios en armas. La revolución desea plena libertad en el ejército, sin las trabas que antes le opuso una Cámara sin sanción real, o la suspicacia de una juventud celosa de su republicanismo, o los celos, y temores de excesiva prominencia futura, de un caudillo puntilloso o previsor; pero quiere la revolución a la vez sucinta y respetable representación republicana, —la misma alma de humanidad y decoro, llena del anhelo de la dignidad individual, en la representación de la reública, que la que empuja y mantiene en la guerra a los revolucionarios. Por mí, entiendo que no se puede guiar a un pueblo contra el alma que lo mueve, o sin ella, y sé cómo se encienden los corazones, y cómo se aprovecha para el revuelo incesante y la acometida el estado fogoso y satisfecho de los corazones. Pero en cuanto a formas, caben muchas ideas, y las cosas de hombres, hombres son quienes las hacen. Me conoce. En mí, sólo defenderé lo que tengo yo por garantía o servicio de la Revolución. Sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento, ni me agriaría mi oscuridad. Y en cuanto tengamos forma, obraremos, cúmplame esto a mí, o a otros.

Y ahora, puesto delante lo de interés público, le hablaré de mí, ya que sólo la moción de este deber pudo alzar de la muerte apetecida al hombre que, ahora que Nájera no vive donde se le vea, mejor lo conoce y acaricia como un tesoro en su corazón la amistad con que Usted lo enorgullece.

Ya sé sus regaños, callados, después de mi viaje. Y tanto que le dimos, de toda nuestra alma, y callado él: ¡Qué engaño en éste y qué alma tan encallecida la suya, que el tributo y la honra de nuestro afecto no ha podido hacerle escribir una carta más sobre el papel de carta y de periódico que llena al día!

Hay afectos de tan delicada honestidad.........(1)

(1) Esta carta quedó inconclusa. La muerte le impidió a Martí terminarla.

J







a y me
dice que
que cruza por
el de la "Sal
e pasar el correo
llegó
Dn Domingo, pe
dole otra cosa que
má Joaquina,
y á Pilar
su obediente hijo
José Martí

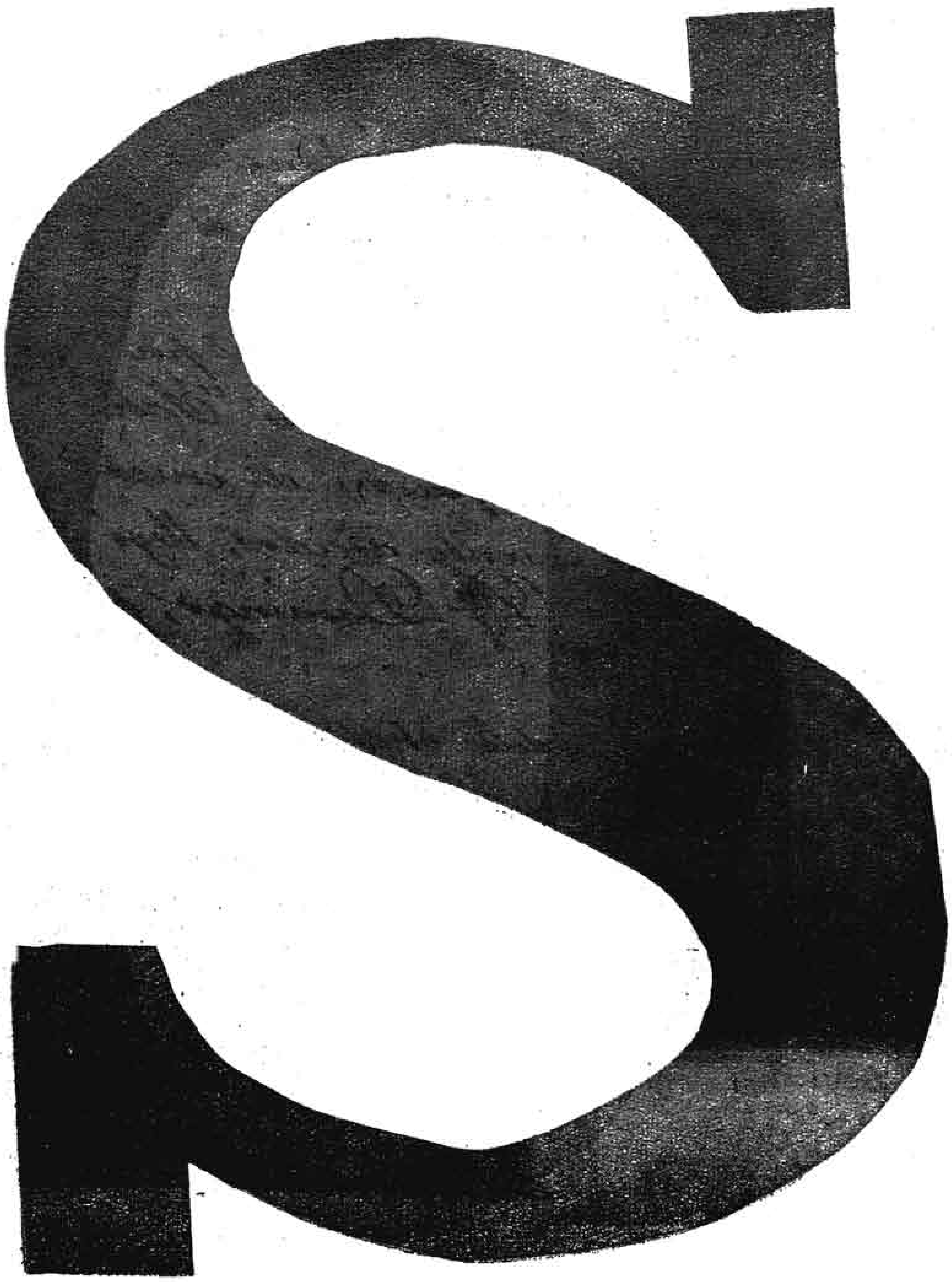












E



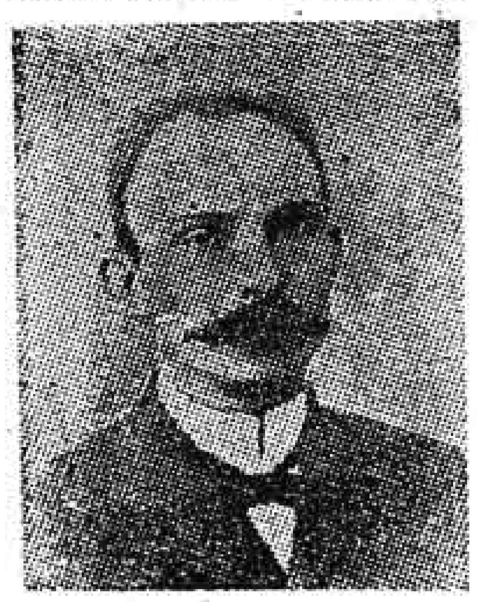


















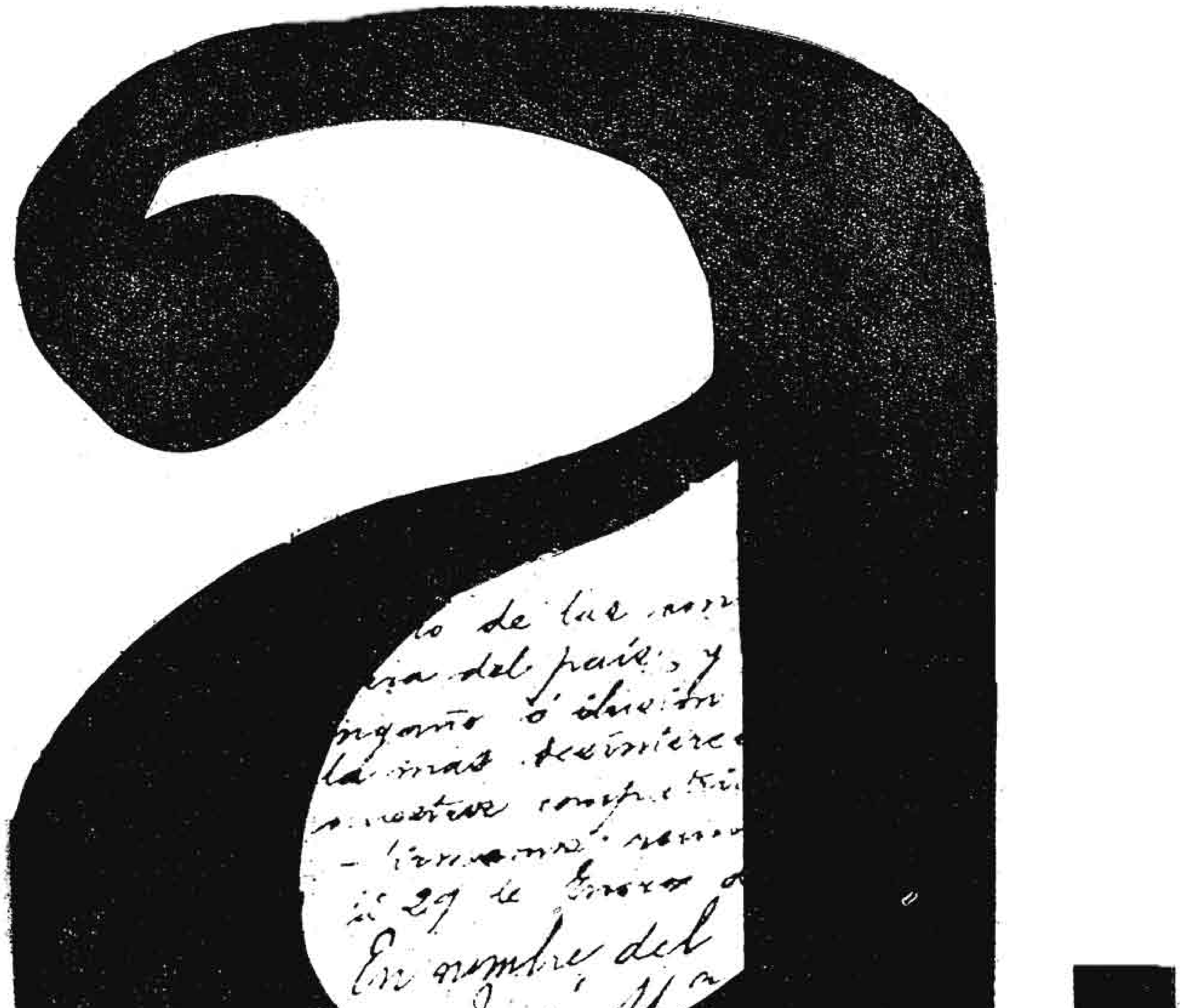
M









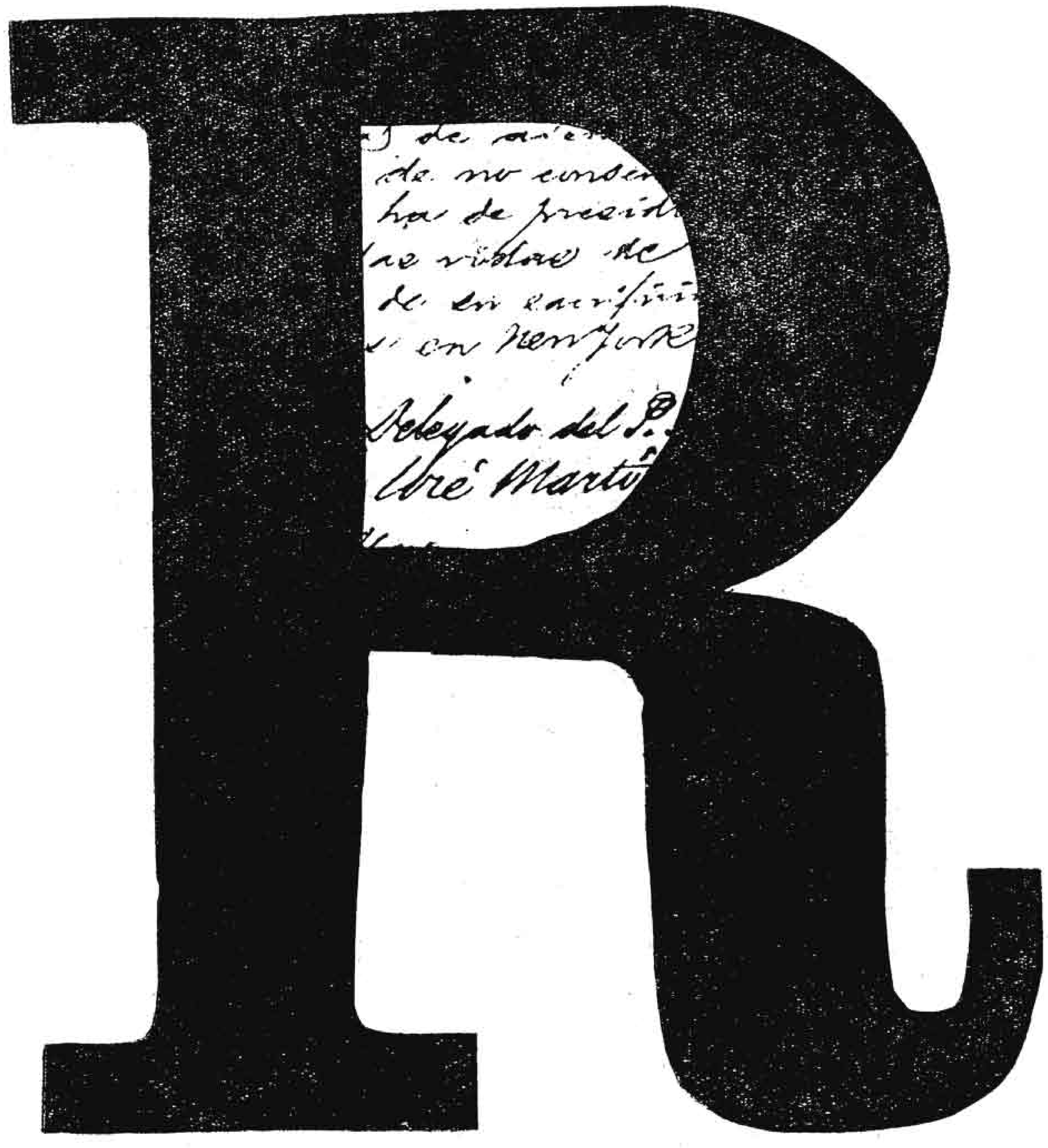

En nombre del



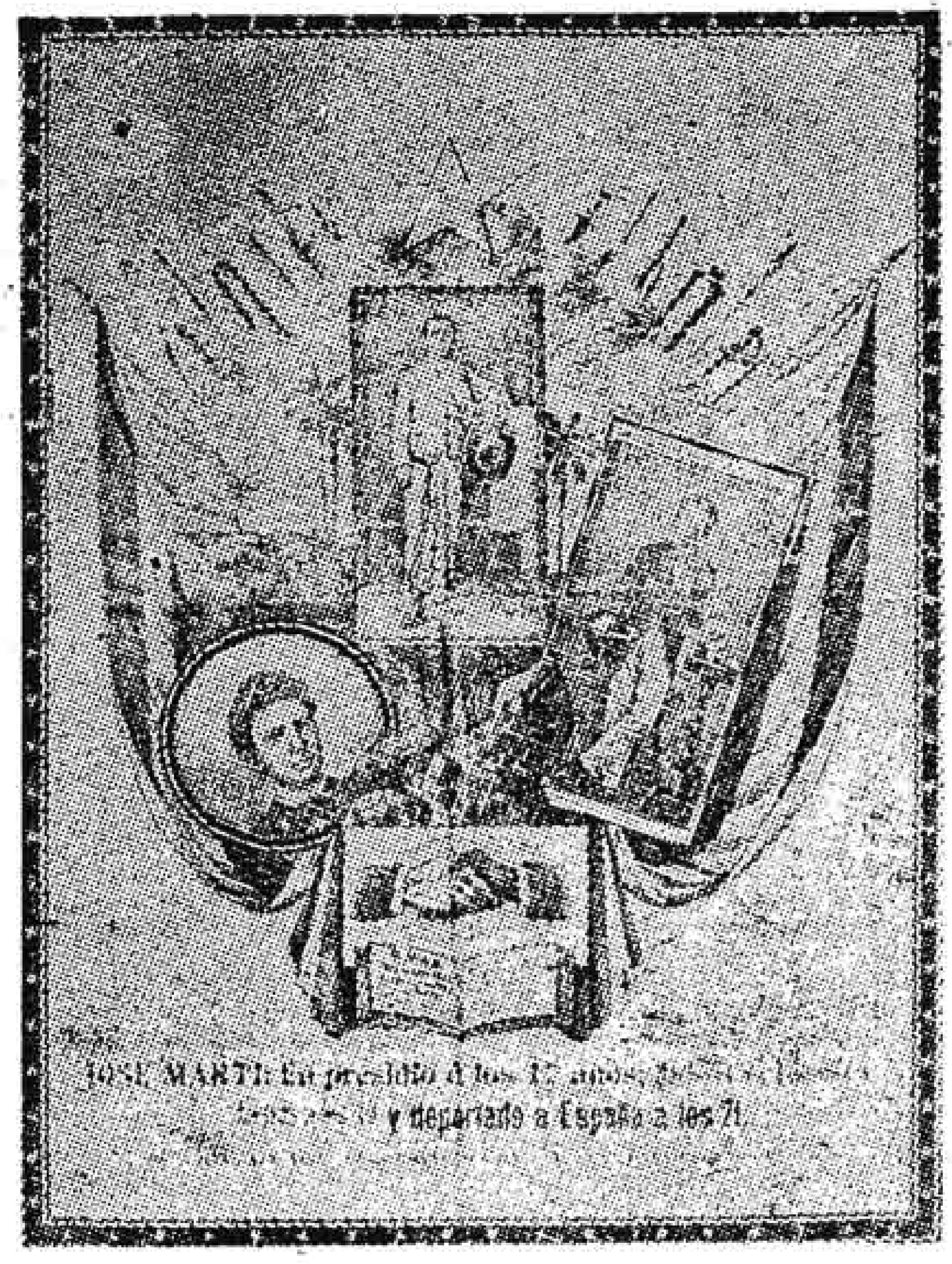




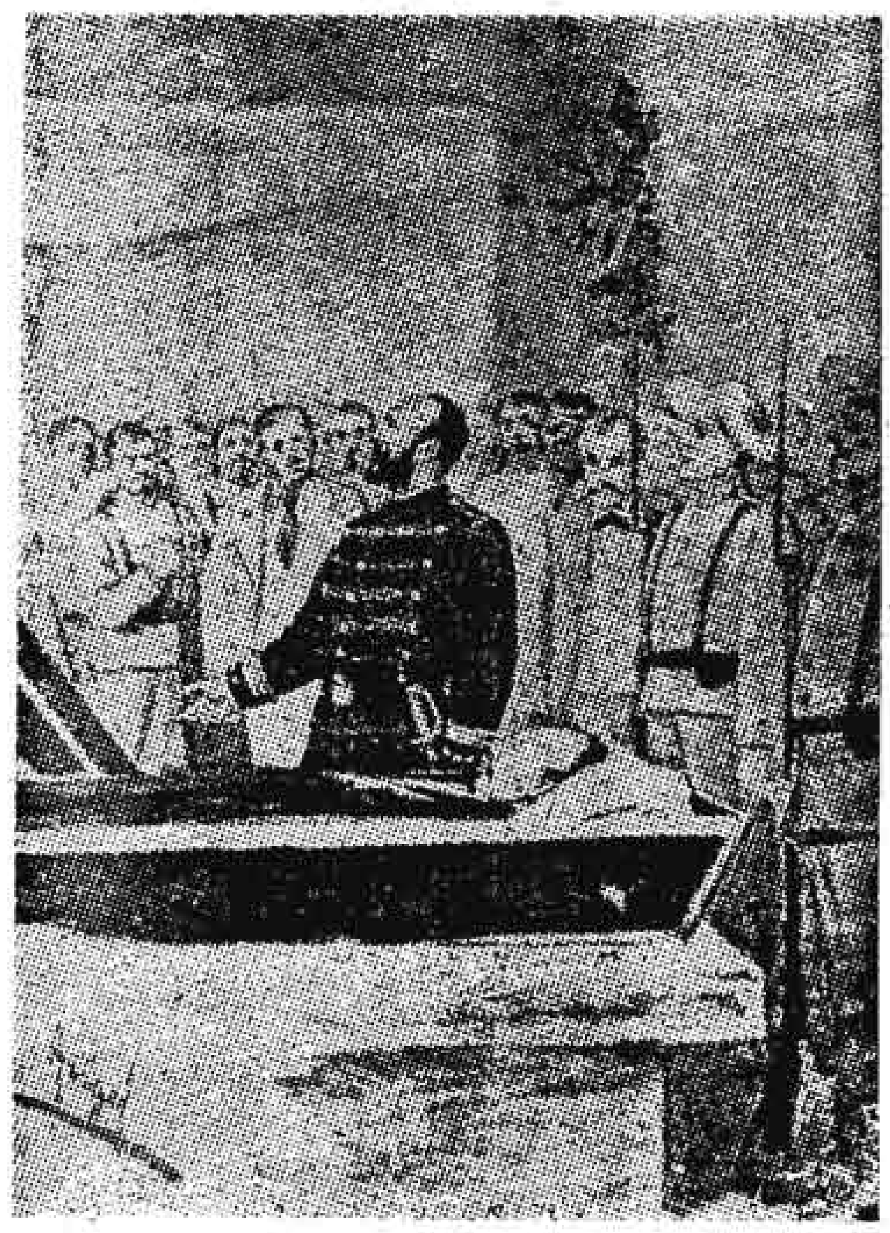



Delegado del P.











Tí

SOBRE *amistad* FUNESTA

POR VIRGILIO PIÑERA

COMO es sabido, Martí escribió Amistad Funesta en una tregua de la lucha revolucionaria. En la Nota Preliminar a la edición de Trópico dice Gonzalo de Quesada y Aróstegui: "Es milagro que ella, como casi todo lo que escribió, no se haya perdido. Se publicó en 1885 en varias entregas, en el **Latino Americano.** No apareció con el nombre de su autor sino con el seudónimo de "Adelaida Ral". En efecto, la novela le fue pedida por el **Latino Americano** a la señorita Adelaida Baralt, quien a su vez se la encargó a Martí".

El propio Martí, que no estaba conforme con los resultados obtenidos, se expresó así de **Amistad Funesta:** "Quien ha escrito esta noveluca, jamás había escrito otra antes, lo que de sobra conocerá el lector sin necesidad de este proemio, ni escribirá probablemente otra después. En una hora de desocupación, le tentó una oferta de esta clase de trabajo: y como el autor es persona trabajadora, recordó un suceso acontecido en la América del Sur en aquellos días, que pudiera ser base para la novela hispanoamericana que se deseaba, puso mano a la pluma, evocó al correr de ella sus propias observaciones y recuerdos, y sin alardes, trama ni plan seguro, dejó rasguear la péñola, durante siete días, interrumpido a cada instante por otros quehaceres, tras de los cuales estaba lista con el nombre de **Amistad Funesta**. Se publica en libro, porque así lo desean los que sin duda no la han leído. El autor, avergonzado, pide excusa. Ya él sale bien por donde va, profundo como un bisturí y útil como un médico, la novela moderna. El género no le place, sin embargo, porque hay mucho que fingir en él, y los goces de la creación artística no compensan el dolor de moverse en una ficción prolongada con diálogos que nunca se han oído, entre personas que no han vivido jamás. Menos que todas tienen derecho a la atención novelas como ésta, de puro cuento, en las que no es dado tender a nada serio, porque esto, a juicio de editores, aburre a la gente lectora; ni siquiera es lícito por lo llano de los tiempos, levantar el espíritu del público con hazañas de caballeros y de héroes, que han venido a ser personas muy fuera de lo real y del buen gusto. Lean pues, si quieren, los que lo culpen este libro: que el autor ha procurado hacerse perdonar con algunos detalles; pero sepan que el autor piensa muy mal de él".

En la mayor parte de los casos, estos Prólogos o Preámbulos —tipo excusa— no pasan de ser una coquetería del autor. Concluída la lectura de la obra que ellos nos presentan, nos decimos: hacen siempre igual. Si estiman que la obra no vale la pena, la lanzan sin prólogo; si, por el contrario, la creen buena y hasta excelente, no nos perdonan ese prólogo. En el caso de **Amistad Funesta**, a medida que leíamos las excusas de Martí nos sonreíamos. De acuerdo con la regla, esta novela "tendría" que ser excelente. Sin embargo, no es así; Martí, haciendo honor a su probidad, no nos ha mentido. Durante su lectura comprobábamos, una a una, las fallas por él apuntadas, y otras, que nosotros, como lectores podíamos ver.

La primera de éstas: el lenguaje con que ha sido escrita. Lo llamaría el "estilo regodeo": el autor se complace en tejer primorosas guirnaldas de palabras, con lo cual olvida la natural impaciencia del lector por las precisiones. Pondré un ejemplo. Martí se dispone a introducir en escena a Lucía, eje y autora de la tragedia que se avecina. Se trata de decirnos que Juan Jerez —el prometido de Lucía— ha besado la mano de ésta en un arranque de ternura. Veamos:

Lucía, como una flor que el sol encorva sobre su tallo débil cuando esplende en todo su fuego el mediodía que como toda naturaleza subyugadora necesitaba ser subyugada; que de un modo confuso e impaciente, y sin aquel orden y humildad que revelan la fuerza verdadera, amaba lo extraordinario y poderoso, y gustaba de los caballos desalados, de los ascensos por la montaña, de las noches de tempestad y de los troncos abatidos; Lucía, que, niña aún, cuando parecía que la sobremesa de personas mayores en los gratos almuerzos de Domingo debía fatigarle, olvidaba los juegos de su edad, y el coger las flores del jardín, y el ver andar en parejas por el agua clara de la fuente los pececillos de plata y de oro, y el peinar las plumas blandas de su último sombrero, por escuchar, hundida en su silla, con los ojos brillantes y abiertos, aquellas aladas palabras, grandes como águilas, que Juan reprimía siempre delante de gente extraña o común, pero dejaba salir a caudales de sus labios, como lanzas adornadas de cintas y de flores, apenas se sentía, cual pájaro perseguido en su nido caliente, entre almas buenas que lo escuchaban con amor; Lucía, en quien un deseo se clavaba como en los peces se clavan los anzuelos, y de tener que renunciar a algún deseo, quedaba rota y sangrando, como cuando el anzuelo se le retira queda la carne del pez; Lucía, que con su encarnizado pensamiento, había poblado el cielo que miraba, y los florales cuyas hojas gustaba de quebrar, y las paredes de la casa en que lo escribía con lápices de colores, y el pavimento a que con los brazos caídos sobre los de su mecedora solía quedarse mirando largamente; de aquel nombre adorado de Juan Jerez, que en todas partes por donde miraba le resplandecía, porque ella lo fijaba en todas partes con su voluntad y su mirada como los obreros de la fábrica de Eíbar, en España, embuten los hilos de plata y de oro sobre la lámina negra del hierro esmerilado; Lucía, que cuando veía entrar a Juan sentía resonar en su pecho unas como arpas que tuviesen alas, y abrirse en el aire, grandes como soles, unas rosas azules, ribeteadas de negro, y cada vez que lo veía salir le tendía con desdén la mano fría, colérica de que se fuese, y no podía hablarle, porque se le llenaban de lágrimas los ojos; Lucía, en quien las flores de la edad escondían la lava candente que como las vetas de metales preciosos en las minas le culebreaban en el pecho; Lucía, que padecía de amarle, y le amaba irrevocablemente, y era bella a los ojos de Juan Jerez, puesto que era pura, sintió una noche, una noche de su santo, en que antes de salir para el teatro se abandonaba a sus pensamientos con una mano puesta sobre el mármol del espejo, que Juan Jerez, lisonjeado por aquella magnífica tristeza, daba un beso, largo y blando, en su otra mano.

Aquí podemos decir: bien escrito, demasiado bien escrito, pero mal planeado y peor resuelto. Martí, que tenía a gala escribir un español impecable se abandonaba, sin tomar en cuenta el furor de sus lectores, al derroche lujoso de las palabras. Dice Anderson Imbert que **Amistad Funesta** es la primera novela modernista de Hispanoamérica y apoya su afirmación precisamente en los elementos verbales utilizados en la misma por Martí. No dudamos que esta novela sea una muestra acabada de Modernismo, pero no es menos cierto que el Modernismo, en cierta manera eficaz para la Poesía no lo es, en absoluto, para la novela. Esta, en cualquier momento de su devenir, no es otra cosa que la narración de una situación dada; se trata de "fijar" hechos que el novelista ha aislado de antemano, y, sobre todo, de no perder el hilo del relato. Cualquier elemento aleatorio que se introduzca aparecerá como obra muerta. Esto no quiere decir que prescindamos de la descripción. ¿Qué novela no recurre a ella? Pero es que esa narración, a su vez, está condicionada por los hechos. Cuando, por ejemplo, Stendhal describe, lo hace en función del relato, de tal manera que es un complemento y no un mero añadido. Es decir, que esa descripción debe ser tan precisa como cualquiera de los Retratos contenidos en las **Memorias** del duque de Saint-Simon. En el presente

fragmento, sería cosa bien fácil y sin hacerle perder la exploración psicológica que encierra, dejarlo reducido a unos cuantos párrafos, en los que tras haber podado toda esa abjetivación innecesaria, esas comparaciones gratuitas, el alma y las intenciones de Lucía quedarían en un plano verdaderamente novelesco.

Ahora, con objeto de apoyar nuestro juicio, vamos a transcribir un ejemplo de lo que nos parece acertada descripción, en donde cada palabra está justificada, sirve a un fin preciso y cumple su función, es decir: ambientar el relato.

Sonaban por la ciudad alegremente las chirimías, los pífanos y los tambores. Los balcones de la calle de la Victoria eran cestos de rosas, con todas las damas y niñas de la ciudad asomadas a ellos. Por cada bocacalle entraban en la de la Victoria, con bandas de tamborines a la cabeza, una compañía de milicianos. Unos llevaban pantalón blanco de dril, con casaquín de lana verde, cruzado el pecho de anchas correas blancas, con asta plateada. Otros iban de blanco y rojo, blanco el pantalón, la casaca roja. Iban otros más de ciudadanos, y aunque menos brillantes, más viriles: llevaban un pantalón de azul oscuro y uno como gabán corto y justo, cerrado con doble hilera de botones de oro, por delante; el sombrero era de fieltro negro de alas anchas, con un delgado cordón de oro, que caía con dos bellotas a la espalda. En las esquinas iban las compañías tomando puesto. ¡Qué conmovedoras las banderas rotas! ¡Qué arrogantes, y como sacerdotes, los que las llevaban! Parecían altos aunque no lo fueran. No parecían bien, cerca de aquellos pabellones desgarrados, los banderines de seda y flores de oro en que con letras de realce iban bordados los números de las Compañías. ¡Qué correr desalados, el de los muchachos por las calles! Verdad que hasta los hombres mayores, periódico en mano y bastón al aire, corrían. A algunos, se les saltaban las lágrimas. Parecía como que de adentro empujaba alguien a las gentes. Cuando una banda sonaba a distancia, como si estuviera yéndose, los muchachos, aun los más crecidos, corrían tras ella, con la cara angustiada, como si se les fuera la vida. Y los más pequeños, cruzando de un lado para otro, mirados desde los balcones, parecían los granos sueltos de un racimo de uvas. Las nueve serían de la mañana, y el cielo estaba alegre, como si le pareciese bien lo que sucedía en la tierra. Era el día del año señalado para llevar flores a las tumbas de los soldados muertos en defensa de la independencia de la patria. Entre compañía y compañía, iban carros enormes en la procesión, tirados por caballos blancos, y henchidos de tiestos de flores. Allá en el cementerio, había sobre cada tumba clavada una bandera.

Por otra parte, y según hemos visto, Martí escribió **Amistad Funesta** en sólo siete días. A pesar de todas las objeciones apuntadas, dar término a su novela en tal lapsu de tiempo es todo un "tour de force". Por de pronto [pone de manifiesto las grandes condiciones que él tenía como novelista.] Si enjuiciamos a Martí como novelista limitándonos a la escritura de ciento cincuenta y seis páginas en siete días, tendremos que convenir en los dones de un cerebro apto para soportar la tensión sostenida de una carrera en pelo. Aviso, pues, a nuestros jóvenes novelistas: no ya demorarse sino dormirse en un capítulo meses enteros. Claro que **Amistad Funesta** se resiente de tal "tour de force": para empezar, que en un temperamento fogoso y discursivo cual era el de Martí, dejar correr la mano significaba chapotear y encharcarse en la gratuidad. Se ve claramente que él iba metiendo, como en un saco, todo cuanto se le ocurría, y a tal extremo, que por no hacer dejación de su apodictismo moral, deslizaba, por que sí, aquí y allá, consejos, reflexiones sentenciosas, exhortaciones, etc. Esta suma incontrolada de elementos de juicio disímiles, este constante remover en un conjunto heteróclito sin dar tiempo a que se reposaran sus componentes, ese "dolor de moverse en una ficción prolongada" (lo cual equivale a decir: pérdida gradual de consistencia humana de sus personajes) nos obliga a ver a Martí como al aprendiz de equilibrista que hace esfuerzos denodados por no salir despedido de su alambre, al mismo tiempo que nos procura a nosotros, lectores, la misma penosa sensación.

¿Qué se trata, en suma, de decir en esta novela? Bueno, Martí consigue exponer su asunto; al menos consigue eso: Lucía, personificación de la desconfianza en materia amorosa, y, por ende, de los celos, hace un infierno de su vida, y como es lógico pensarlo arrastra en su furia a los dos elementos restantes del triángulo que ella ha inscrito en su mente calenturienta, es decir, Juan Jerez su novio y Sol del Valle su amiga. Al mismo tiempo, y como tanto a su favor, media la circunstancia que lo llevó a escribir **Amistad Funesta**, es decir, novela pedida, a base de entregas, lo que equivale a poner por delante concesiones a diestra y siniestra. 1880-1900 fué el clímax del folletín en Hispanoamérica y Estados Unidos. ¿Y quién no recuerda, en pleno 1920 los folletines como sección fija en nuestros principales diarios? Cecilia Valdés, por ejemplo, se dio a conocer al público por entregas. Todavía en ese año de 1920 hacían furor Luis de Val, Carolina Invernizzio y Carlota Braemé. Es decir que Martí se vio constreñido por el folletín, y limitado, como él mismo lo declara, por las exigencias de un público folletinero. Esto, pues, se lo podemos justificar. Sin embargo resulta bien curioso que autores como los citados, meros folletinistas, aunque sólo sabían moverse en los límites estrechos y convencionales de ese género menor, escribían espléndidas "novelas" en donde argumento, intrigas, envenenamientos, muertes, etc., estaban resueltos de mano maestra. Entiéndase bien: de mano maestra partiendo del punto de lo chabacano y convencional. En cambio, Martí, que en este caso no es ni carne ni pescado, no llega a darnos folletín ni tampoco novela en serio. Para lo primero le faltó ese imponderable de cursilería y ausencia de imaginación creadora propio de los grandes folletinistas; para lo segundo experiencia. Además, puso seriedad de artista en una materia que rehuye la seriedad, y esas "lágrimas" que ponemos en el rostro de los payasos tienen la maldita propiedad de hacer más hilarante la expresión.

Una vez dicho esto, digamos también que Martí la acierta a veces de modo tan eficaz que no podemos dejar de preguntarnos: ¿acaso se nos frustró un gran novelista? Porque en este maremágnum de tiros al aire, hay dos o tres blancos bien conseguidos, y diría que de mano maestra. Por un momento él se ha olvidado de la receta (de la receta malamente tragada), por un momento ha dejado a un lado lo discursivo, sin saber cómo ha puesto a dormir el sentimentalismo y se ha metido de lleno en sus personajes. Los está pensando y repensando, vemos que les da consistencia humana y que se atreve a introducirse en sus verdaderos infiernos. Hacia el final de la novela, Martí escribe un capítulo admirable: Lucía está en su cuarto, pero está en su cuarto como una fiera en jaula. De pronto empieza a interrogarse, a pesar pro y contra, a hacer desfilar sus terribles fantasmas. Este pasaje es, ni más ni menos que un eco de esos magníficos soliloquios en que Stendhal hacía caer a la duquesa Sanseverina o a Madame Renal. Pero escuchemos a Lucía:

—¡No puede ser!, ¡no puede ser!, dijo levantándose de pronto: Juan va a quererla. Lo conozco cada vez que la mira. Se sonríe, con un cariño que me vuelve loca. Se le ve, se le ve que tiene placer en mirarla. Y luego ¡esa imbécil es tan buena! No es mentira, no: es buena. ¿Yo misma, yo misma no la quiero? ¡Sí, la quiero y la odio! ¿Qué sé yo qué es lo que me pasa por la cabeza? ¡Juan, Juan, ven pronto; Juan, Juan, no vengas!

—¿Cómo no ha de quererla Juan?, decía la infeliz entre golpes de lágrimas, a los pocos momentos, siendo aquel llanto de Lucía extraño, porque no venía a raudal y de seguida, aliviando a la que lloraba, sino a borbotones e intervalos, sofocándola y exaltándola, parecido al agua que baja, tropezando entre peñas, por los torrentes.

—Y si viene... y si la mira... ¡yo, no puedo soportar que la mire!.. ¡ni que la mire siquiera! Y si está aquí un mes, dos meses. Y si ella no quiere a Pedro Real, porque no lo quiere, y Ana le dice que no lo quiera. Y ella va a querer a Juan ¿cómo no va a quererlo? ¿Quién no lo quiere desde que lo ve? Ana lo hubiera querido, si no supiese que ya él me quería a mí; ¡porque Ana es buena! Adela lo quiso como una loca; yo bien lo vi, pero él no puede querer a Adela. Y Sol ¿por que no lo ha de querer? Ella es pobre; él es muy rico. Ella verá que Juan lo mira. ¿Qué marido mejor puede tener ella que Juan? Y me lo quitará, me lo quitará si quiere. Yo he visto que me lo quiere quitar. Yo veo cómo se queda oyéndolo cuando habla; así me quedaba yo oyéndole cuando era niña. Yo veo que cuando él sale, ella alza la cabeza para seguirle viendo. ¡Y van a estar aquí un mes, dos meses! Ella siempre con Ana, todos con Ana siempre. El recreando los ojos en toda su hermosura. Yo, callada a su lado, con los labios llenos de horrores que no digo, odiosa y fiera. ¡Esto no ha de ser, no ha de ser, no ha de ser! O Sol se va, o yo me iré. Pero ¿cómo me he de ir yo?; ¡que me lo robe alguien si puede! Y abrió los brazos en la mitad del cuarto, como desafiando, y le cayó por las espaldas la cabellera negra.

No es un azar si **Amistad Funesta** empieza a mejorar notablemente desde su último capítulo, es decir desde el tercero. A las tediosas enumeraciones de simples objetos, a las descripciones sin ton ni son, a los sentimentalismos que sentimos como un revulsivo, sucede ahora un paisaje coherente, un clima de novela, que si bien no conseguido del todo, no por ello deja de tener su eficacia. Se ve que Martí no sólo está entrando en caja sino que al mismo tiempo los personajes se le van revelando en esa alquimia misteriosa que se produce en el escritor hasta obtener la necesaria dosis de convicción para sus lectores. Claro está, como la novela empezó de modo falseado, como sus héroes fueron colocados y distribuídos como simples marionetas, el resultado final será siempre falseado; Lucía y comparsa obedecerán en suma a esa indistinción que consiste en ser al mismo tiempo malogrados personajes de folletín y tipos humanos de novela igualmente malogrados.

El lector atento pescará al vuelo esta progresión hacia el logro. Martí ha logrado circunscribir ese infierno de postal en que sus personajes se han movido hasta ahora, en una serie de actos y reacciones que logran ir mostrándolos tal y como deberían ser. Ese infierno de postal se vuelve realmente un infierno humano, libre ya de sus tediosas retóricas, para dejarnos entrever las llamas en que ellos se consumen. ¿Qué habría ocurrido, nos preguntamos, si Martí, dejando de lado lo escrito sin consistencia, se hubiera afanado en proseguir su novela sin limitación de tiempo y sin imposición de un gusto dado? Sobre todo, nos lo preguntamos precisamente cuando, de manera inesperada, él decide finalizar su novela. No es posible, nos decimos, no es en este punto donde un escritor abandona su trabajo; faltan páginas enteras de exploración, y apenas si él ha pasado la linde del bosque. Y nos quedamos con la penosa sensación de esa página que tuvimos que dejar de leer porque en ese momento las luces se apagaron.

El teatro en José MARTI

POR RINE R. LEAL

COMO todas sus actividades literarias, el teatro fue en José Martí un instrumento puesto al servicio de sus ideales políticos. Para un hombre que dejó una extensa obra poética, críticas, ensayos literarios, novela, etc., el teatro fue una labor menor, pero no por ello despreciable. A ese efecto recuerdo una frase leída aún no sé dónde que resumía su dramática en una sola frase: *"no todo es grande en el hombre grande"*. No hay dudas de que la frase como tal es feliz, pero tampoco es cosa de cerrar totalmente el expediente dramático de Martí. Entre "Abdala" drama de juventud escrito en 1869 cuando el autor tenía sólo 16 años de edad y "Amor con amor se paga" en 1875, fecha de su estreno en Méjico, transcurren simplemente seis años, que son al mismo tiempo los años de aprendizaje literario de Martí. Luego el poeta dejó el teatro por otros menesteres artísticos (el resto de su obra teatral es incompleto) y lo que es más importante y lo será siempre, por su labor de proselitismo político preparando la revolución independentista de Cuba y la unión de lo que él precursoramente denominó "Nuestra América".

No hay que dejarse llevar por falso patriotismo: el teatro en Martí es una especie de divertimento o si se quiere de actividad menor guiada por dos sentimientos profundos: el amor a la libertad y el amor a su madre. "Abdala" es una pieza en un acto que posee la fluidez de los versos de su autor y que convence porque la intención que la guía es sincera y profunda en Martí. La acción transcurre en Nubia, en los momentos en que una fuerza invasora ataca a los naturales de esa región. El joven guerrero Abdala toma el mando de sus fuerzas y derrota al enemigo a costa de su propia vida. Eso es todo y realmente nada o casi nada sería, si no estuviera todo bañado por la fluidez de los versos de Martí, versos para ser dichos en la escena y por la veracidad con que el autor hace hablar a su héroe. A él pertenecen estos bellos versos:

El amor, madre, a la patria
no es el amor ridículo a la tierra
ni a la yerba que pisan nuestras plantas;
es el odio invencible a quien la oprime,
es el rencor eterno a quien la ataca...

¿Quién ante la lectura de esta breve tirada no puede por menos que sentir ya precursada toda la vida de Martí, cerrada en Dos Ríos, quién no se duele de la ausencia de esta pieza en este nuevo aniversario de su nacimiento? Martí se me parece a Byron en estos momentos, dejando a un lado su brillante porvenir, su vida y sus triunfos privados. El, que literariamente se mantuvo como un puente entre el postromanticismo y el modernismo, a los 16 años, en 1869 es simplemente un adolescente que escribe una obra de teatro para decir que su patria está en lucha de muerte contra sus opresores y que a esa lucha entregará su vida. Cuando muere Abdala en los últimos versos de la obra, Martí es nuevamente un vidente:

¡Nubia venció! Muero feliz: la muerte
poco me importa, pues logré salvarla...
¡Oh, qué dulce es morir cuando se muere
luchando audaz por defender la patria!

"Adúltera" es su segundo drama, escrito al parecer entre 1872 y 1874, es decir, durante su estancia en España. Es al mismo tiempo su pieza más débil, menos consistente, menos bella. El poeta abandona la poesía por la prosa, (una prosa en la que Martí se mostró, estimo yo, menos convincente) acumula detalles melodramáticos de probable influencia del teatro español de la época y toques de una especie de temprano naturalismo que termina por lastrar totalmente su labor creadora. Para comenzar tenemos el tema del adulterio que es en todo momento un tema particular, desasido de las realidades políticas de su tiempo, donde los personajes de nombre alemán son símbolos tan ingenuos y sencillos que a ratos asombran: Grossermaun (hombre alto) es el marido de 40 años; Guttermann (hombre bueno) es el amigo, de 30 años; Possermann (hombre vil) es el amante, de 25 años y finalmente, la esposa en Fleisch (carne).

"Adúltera" posee un argumento sin originalidad en las situaciones, un solo escenario a través de sus cinco actos y los absurdos dramáticos al uso, tales como soliloquios, apartes, y exceso de melodrama, sin faltar desde luego la esposa arrepentida que pide perdón de rodillas, el asesinato del amante que lava la honra del marido y los sollozos del reparto entero. Y para aumentar esta situación de desconcierto, Martí, que siempre fue tan diáfano, tan puro en su concepción literaria, transforma la relación de Guttermann con su hermana en una típica situación de incesto que yo afirmaría es una influencia del naciente naturalismo francés si el autor hubiera tenido ocasión de conocer el movimiento de Zola y sus seguidores en la España de entonces. Martí que luchó toda su vida contra la España política, en "Adúltera" sucumbe ante la España literaria y melodramática. La segunda versión de este desdichado drama apenas si añade nada nuevo a la concepción original.

"Amor con amor se paga", estrenado en Méjico la noche del 19 de diciembre de 1875, es una obra en versos en un acto, escrita en la manera y principios de los proverbios de Alfredo de Musset, quien fue el último y al mismo tiempo el mejor de todos los románticos franceses. Claro que la obra no resiste la comparación digamos de "Con el amor no se juega" de Musset, pero al mismo tiempo posee una frescura, una belleza y elegancia en el verso (redondillas anotemos de paso) una gracia en el tema y una sinceridad dramática que eran los mejores valores de su teatro. La dama en cuestión cita a su caballero para un juego de salón francés: escribir una obra breve de teatro partiendo de un refrán o proverbio. El caballero acepta donoso el encargo y "Amor con amor se paga" se convierte en la ya corriente fórmula de juego escénico que se denomina "la obra dentro de la obra". La dama que se llama Teresa adopta el nombre de Leonor (una vez más la presencia lejana de la madre) y a través de la improvisación Julián declara su amor a la bella. Al final se rompe la ilusión y el caballero se dirige al público directamente, algo que hoy un crítico teatral llamaría técnica Brechtiana, y pide perdón por la poca calidad de su proverbio, pero sin olvidar su dolor político, su condición de apátrida:

"En este juguete mira
caprichosa distracción
de un mísero corazón
que por hallarse suspira

Por la mañana encargó,
y se pensó en la mañana;
más frívola que galana,
por la tarde se acabó.

...El alma sin brillo
está de quien la escribió
cuando sin patria se vive,
ni luz del sol se recibe,
ni vida el alma gozó".

El resto de la producción dramática de Martí, escasa, fragmentaria y confusa está formada por un drama indio que el gobierno amigo de Guatemala le pidió para celebrar su independencia nacional y que el autor dice haber trabajado en sólo cinco días haciendo acopio de material histórico. La fecha es de 1878 al parecer, pues él habla de la pieza en su folleto "Guatemala" impreso en esa fecha. Es una lástima que Martí no haya terminado esa especie de tragedia indoamericana que en cierto sentido precursa un drama sobre nuestro Hatuey, pero como obra realizada por encargo extraño, su verso se hace rígido y sin gran vuelo de imaginación. Sus "Escenas" que él llama en otros papeles personales "núcleos de dramas" y que aclara que "andan tan revueltas y en tal taquigrafía, en reversos de cartas y papelucos que sería imposible sacarlos a luz" están hasta el momento prácticamente desconocidos. Lo último que se conoce de su teatro es el plan, a ratos oscuro, de un drama planeado en Nueva York y titulado "El Hombre brillante", pero del que parece no haber escrito una sola línea, devorado ya por su actividad política y la cercanía de la muerte.

Es una lástima que José Martí, quien confiesa su intento fallido de traducir el Hamlet... ¡a los once años! no haya aportado una mayor atención al teatro y prácticamente no existen críticas dramáticas suyas realizadas durante su estancia en los Estados Unidos, que por aquella época de fin de siglo XIX vivía en el momento de los grandes actores. Su teatro escrito se realiza entre los 16 y los 22 años, es decir, en una etapa de adolescencia y juventud que en muchos sentidos lastró su fuerza dramática y bajo la terrible influencia del melodrama español, todo, lo cual no le hubiera sido difícil de eliminar a nuestro poeta. Pero por otra parte, Martí, excepto en Nueva York, nunca pudo observar un teatro que mere-

ciera ese nombre y ya se sabe que la mejor escuela para un dramaturgo es la actividad diaria en un escenario. Pero sus últimos años de vida estuvieron por entero dedicados a la noble tarea de liberar a su país del yugo extranjero como un moderno Abdala que abandona la vida fácil y el amor de los suyos para tomar el liderazgo de las fuerzas revolucionarias aun a costa de su propia vida.

Esa perennidad en el pensamiento, esa forma de ser fiel a los 42 años a los pensamientos de la temprana juventud, esa sinceridad en sus versos donde a cada momento estalla el recuerdo a la patria vedada por manos extranjeras, ese tomar la escena para predicar siempre, esa bondad humana y sentido de bondad social que llenan todo el resto de la rica producción literaria de Martí, están ya presentes en "Abdala" y se mantienen en todo su teatro. En definitiva, nada de lo que se diga sobre un hombre por muy bien dicho que esté, puede superar la propia vida de ese hombre y no es cosa de echar a un lado el teatro de Martí, especialmente porque ese teatro es de una transparencia biográfica que convence.

"No todo es grande en el hombre grande". La frase repito, es feliz. Pero las arenas del tiempo, casi un siglo después, nos devuelven la imagen dramática de un José Martí para quien el teatro fue siempre un arma política, una manera de pensar profundamente.

Y éstas son cualidades que su obra nunca perderá.

MARTI Y NUESTRA AMERICA

POR HEBERTO PADILLA

HISPANOAMERICA, "nuestra América" como él la llamaba, fue una de las preocupaciones fundamentales de José Martí. Ningún hispanoamericano de su siglo sintió el destino de nuestros pueblos con igual intensidad. En sus discursos y artículos, en su poesía, en su correspondencia, en las notas más simples, siempre aparece Hispanoamérica.

Martí señaló, en su momento, las causas políticas y económicas que hacían peligrar la libertad y la independencia de nuestras repúblicas y apuntó hacia el imperialismo norteamericano como el enemigo común de Hispanoamérica. Sus análisis de cada uno de los aspectos político-sociales de nuestros pueblos siguen teniendo una actualidad extraordinaria.

Yo me había propuesto escribir un ensayo sobre las ideas Martianas acerca de Hispanoamérica y me puse a releer su obra; pero la vuelta a sus papeles, a sus palabras, a sus preocupaciones, me ha hecho modificar el propósito. Mejor que cualquier tentativa de valorización o análisis y más eficaz que el replanteo innecesario de la misma tesis sobre su ideario hispanoamericano, es el tomar los cinco instantes en que —a través de artículos— expuso Martí sus convicciones sobre los problemas capitales de Hispanoamérica.

En los fragmentos que van a continuación está todo el pensamiento americano de José Martí. Las fechas en que fueron escritos le otorga una importancia fundamental. Son lúcidos, proféticos, irrefutables. Señalaron y anticiparon la doble tragedia de nuestra América y son la más seria y legítima sustentación de toda nuestra lucha presente.

La Revolución Cubana ofrece a estas palabras de Martí la respuesta más digna que un pueblo pueda ofrecer a uno de sus héroes.

"Jamás hubo en América, de la independencia a acá, asunto que requiera más sensatez, ni obligue a más vigilancia, ni pida examen más claro y minucioso, qué el convite que los Estados Unidos potentes, repletos de productos invendibles y determinados a extender sus dominios en América, hacen a las naciones americanas de menos poder, ligadas por el comercio libre y útil con los pueblos europeos, para ajustar una liga contra Europa, y cerrar tratos con el resto del mundo. De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, causas y factores del convite, urge decir, porque es la verdad, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia".

"En cosas de tanto interés, la alarma falsa fuera tan culpable como el disimulo. Ni se ha de exagerar lo que se ve, ni de torcerlo, ni de callarlo. Los peligros no se han de ver cuando se les tiene encima sino cuando se les puede evitar. Sólo una respuesta unánime y viril, para la que todavía hay tiempo sin riesgo, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América de la inquietud y perturbación fatales en su hora de desarrollo, en que les tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y ambicioso, que no les ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ellos sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio, como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del Universo, como en Colombia, o para obligarlos, como ahora, a comprar lo que no se puede vender, y confederarse para su dominio".

Artículo sobre Congreso Internacional de Washington, publicado en "La Nación", Buenos Aires, 19-X-1889.

"De una parte hay en América un pueblo que proclama su derecho de propia coronación a regir, por moralidad geográfica, en el continente, y anuncia, por boca de sus estadistas, en la prensa y en el púlpito, en el banquete y en el Congreso, mientras pone la mano sobre una isla y trata de comprar otra, que todo el Norte de América ha de ser suyo, y se le ha de reconocer derecho imperial del istmo abajo, y de otra están los pueblos de origen y fines diversos, cada día más ocupados y menos recelosos, que no tienen más enemigo real que su propia ambición y la del vecino que los convida a ahorrarle el trabajo de quitarles mañana por la fuerza lo que le pueden dar de grado ahora. ¿Y han de poner sus negocios los pueblos de América en manos de su único enemigo, o de ganarle tiempo, y poblarse, y unirse, y merecer definitivamente el crédito y respeto de naciones, antes de que ose demandarles la sumisión el vecino a quien, por las lecciones de adentro o las de afuera, se le puede moderar la voluntad, o educar la moral política, antes de que se determine a incurrir en el riesgo y oprobio de echarse por la razón de estar en un mismo continente, sobre pueblos decorosos, capaces, justos, y como él, prósperos y libres? ¿A qué ir de aliados, en lo mejor de la juventud, en la batalla que los Estados Unidos se preparan a librar con el resto del mundo? ¿Por qué han de pelear sobre las Repúblicas de América sus batallas con Europa, y ensayar en pueblos libres su sistema de colonización?"

Artículo sobre Congreso Internacional de Washington, "La Nación", Buenos Aires, 20-X-89.

"Cuando un pueblo es invitado a unión por otro, podrá hacerlo con prisa el estadista ignorante y deslumbrado, podrá celebrarlo sin juicio la juventud prendada de las bellas ideas, podrá recibirlo como una merced el político venal o demente, y glorificarlo con palabras serviles; pero el que siente en su corazón la angustia de la patria, el que vigila y prevé, ha de inquirir y ha de decir qué elementos componen el carácter del pueblo que convida y el del convidado, y si están predispuestos a la obra común por antecedentes y hábitos comunes, y si es probable o no que los elementos temibles del pueblo invitante se desarrollen en la unión que pretende, con peligro del invitado; ha de inquirir cuáles son las fuerzas políticas del país que le convida, y los intereses de sus partidos, y los intereses de sus hombres, en el momento de la invitación. Y el que resuelve sin investigar, o desee la unión sin conocer, o la recomiende por mera frase o deslumbramiento, o la defienda por la poquedad del alma aldeana, hará mal a América".

"Dos cóndores o dos corderos, se unen sin tanto peligro como un cóndor y un cordero".

"Ni el que sabe y ve puede decir honradamente, —porque eso sólo lo dice quien no sabe y no ve, o no quiere por su provecho ver y saber— que en los Estados Unidos prepondere hoy, siquiera, aquel elemento más humano y viril, aunque siempre egoísta y conquistador, de los colonos rebeldes, ya segundones de la nobleza, ya burguesía puritana; sino que este factor, que consumió la raza nativa, fomentó y vivió de la esclavitud de otra raza y redujo o robó los países vecinos, se ha acendrado, en vez de suavizarse, con el injerto continuo de la muchedumbre europea, cría tiránica del despotismo político y religioso, cuya única cualidad común es el apetito acumulado de ejercer sobre los demás la autoridad que se ejerció sobre ellos. Cr[illegible]n en la necesidad, en el derecho bárbaro, co-

su único derecho: "esto será nuestro porque lo necesitamos". Creen en la superioridad incontrastable de "la raza anglosajona contra la raza latina". Creen en la bajeza de la raza negra, que esclavizaron ayer y vejan hoy, y de la india, que exterminan. Creen que los pueblos de Hispano-América están formados, principalmente, de indios y de negros. Mientras no sepan más de Hispano-América los Estados Unidos y la respeten más, —como la explicación incesante, urgente, múltiple, sagaz de nuestros elementos y recursos, podrían llegar a respetarla—, ¿pueden los Estados Unidos convidar a Hispano-América a una unión sincera y útil para Hispano-América? ¿Conviene a Hispano-América la unión política y económica con los Estados Unidos?

"Quien dice unión económica, dice unión política. El pueblo que compra, manda. El pueblo que vende, sirve. Hay que equilibrar el comercio para asegurar la libertad. El pueblo que quiere morir, vende a un solo pueblo, y el que quiere salvarse, vende a más de uno. El influjo excesivo de un país en el comercio de otro, se convierte en influjo político. La política es obra de los hombres que rinden sus sentimientos al interés, o sacrifican al interés una parte de sus sentimientos. Cuando un pueblo fuerte da de comer a otro, se hace servir de él. Lo primero que hace un pueblo para llegar a dominar a otro, es separarlo de los demás pueblos. El pueblo que quiera ser libre, sea libre en negocios. Distribuya sus negocios entre países igualmente fuertes. Si ha de preferir a alguno, prefiera al que lo necesita menos, al que los desdeñe menos. Ni uniones de América contra Europa, ni con Europa contra un pueblo de América. El caso geográfico de vivir juntos en América no obliga, sino en la mente de algún candidato o algún bachiller, a unión política. El comercio va por las vertientes de tierra y agua y detrás de quien tiene algo que cambiar por él, sea monarquía o república. La unión con el mundo, y no con una parte de él; no con una parte de él, contra otra. Si algún oficio tiene la familia de repúblicas de América no es el de ir de arria de una de ellas contra las repúblicas futuras".

Artículo La Conferencia Monetaria de las Repúblicas de América, Revista Ilustrada, N.Y., mayo 1891.

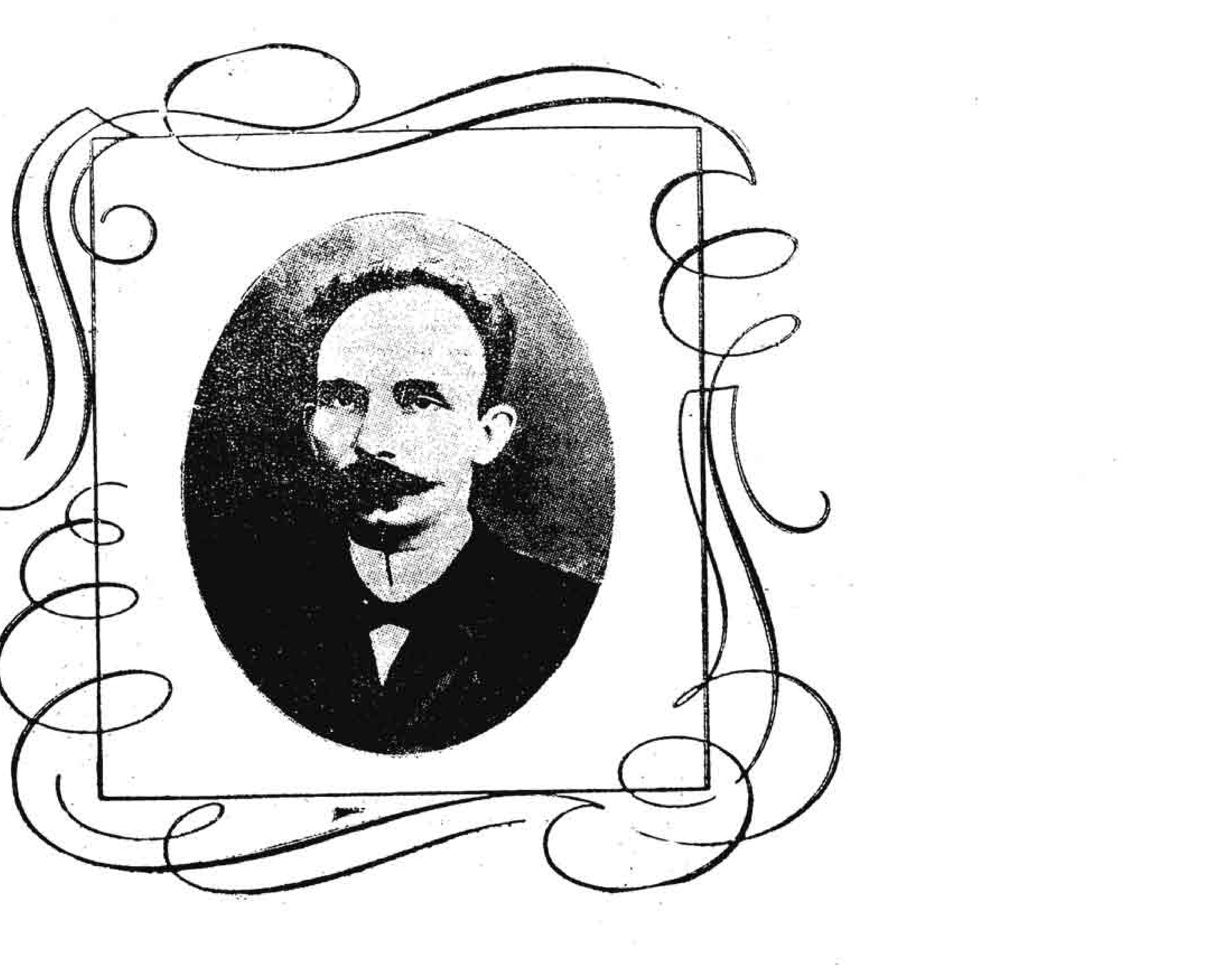
"Ni pueblos ni hombres respetan a quien no se hace respetar. Cuando se vive en un pueblo que por tradición nos desdeña y codicia, que en sus periódicos y libros nos befa y achica, que, en la más justa de sus historias y en el más puro de sus hombres, nos tiene como a gente jojota y femenil, que de un bufido se va a venir a tierra; cuando se vive y se ha de seguir viviendo, frente a un país que, por sus lecturas tradicionales y erróneas, por el robo fácil de una buena parte de México, por su preocupación contra las razas mestizas, y por el carácter (sic) cesáreo y rapaz que en la conquista y el lujo ha sido criado, es de deber continuo y de necesidad urgente de erguirse cada vez que haya justicia u ocasión, a fin de irle mudando el pensamiento y mover a respeto y cariño a los que no podremos contener ni desviar, si, aprovechando a tiempo lo poco que le queda en el alma de república, no nos les mostramos como somos. Ellos, celosos de su libertad, nos despreciarían si no nos mostrásemos celosos de las nuestras. Ellos, que nos creen inermes, deben vernos a todas horas prontos y viriles. Hombres y pueblos van por este mundo hincando el dedo en la carne ajena a ver si es blanda o si resiste, y hay que poner la carne dura, de modo que eche afuera los dedos atrevidos. En su lengua hay que hablarles, puesto que ellos no entienden nuestra lengua".

Art. La Protesta de Thomasville, "Patria", N. Y., 27-I-94.

"Hay que prever, y marchar con el mundo. La gloria no es de los que ven para atrás, sino para adelante. No son meramente dos islas floridas, de elementos aún disociados, lo que vamos a sacar a luz, sino a salvarlas y servirlas de manera que la composición hábil y viril de sus factores presentes, menos apartados que los de las sociedades rencorosas y hambrientas europeas, asegure, frente a la codicia posible de un vecino fuerte y desigual, la independencia del archipiélago feliz que la naturaleza puso en el nudo del mundo, y que la historia abre a la libertad en el instante en que los continentes se preparan, por la tierra abierta, a la entrevista y al abrazo. En el fiel de América están las Antillas, que serían, si esclavas, mero pontón de la guerra de una república imperial contra el mundo celoso y superior que se prepara ya a negarle el poder, —mero fortín de la Roma americana; y si libres, —y dignas de serlo por el orden de la libertad equitativa y trabajadora—, serían en el continente la garantía del equilibrio, la de la independencia para la América española aún amenazada y la del honor para la gran república del Norte, que en el desarrollo de su territorio, —por desdicha feudal ya, y repartido en secciones hostiles—, hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores, y en la pelea inhumana que con la posesión de ellas abriría contra las potencias del orbe por el predominio del mundo. No a mano ligera, sino con conciencia de siglos, se ha de componer la vida nueva de las Antillas redimidas. Con augusto temor se ha de entrar en esa grande responsabilidad humana. Se llegará a muy alto por la nobleza del fin; o se caerá muy bajo, por no haber sabido comprenderlo. Es un mundo lo que estamos equilibrando: no son sólo dos islas las que vamos a libertar".

"...Con esa reverencia entra a su tercer año de vida, compasiva y segura, el Partido Revolucionario Cubano, convencido de que la independencia de Cuba y Puerto Rico no es sólo el medio único de asegurar el bienestar decoroso del hombre libre en el trabajo justo a los habitantes de ambas islas, sino el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre, y la dignidad de la república norteamericana. ¡Los flojos, respeten; los grandes, adelante! Esta es tarea de grandes".

Art. El Tercer Año del Partido Revolucionario Cubano. "Patria". N.Y., 17-IV-94.



LECTURA DE JOSE MARTI

POR ROBERTO FERNANDEZ RETAMAR

LOS enamorados lo han sabido siempre, y así, para los extraños, los nombres y las expresiones que entre sí se prodigan suelen parecer inapropiados, absurdos, a veces insultantes: ¿no chisporrotean allí rarísimas locuciones, de las que no están ausentes animales feroces o tontos, insectos y objetos? Sin embargo, ellos comprenden. Incluso los amigos lo saben, y cierto afecto recatado se manifiesta en formas que pueden parecer ásperas, en insultos cordiales, en atrocidades fraternas. Pues no sólo las palabras no bastan para expresarnos, y hace falta verlas en su contexto específico para que acaben de cobrar sentido, sino que a veces ese sentido aparece como completamente alterado. Así, después de haber agotado la flora gentil, el enamorado la emprende con los seres foscos, y siente que quizás entonces expresa mejor su ternura.

Esto es uno de los riesgos permanentes que corre la relación escritor-lector. El texto queda inmutable (lo cual ha horrorizado a muchos escritores y sobre todo a los consecuentes no-escritores, como Sócrates); pero el contexto cambia constantemente, y toda vez que éste hace posible la comprensión de tal comprensión se dificulta cada vez más. Un espectador contemporáneo de Esquilo estaba perfectamente al al tanto de todo el magma mitológico e histórico al cual se estaba refiriendo el trágico, y aún más: al tanto de todo el mundo en el cual tenía pleno sentido la obra en cuestión. A medida que ha ido cambiando ese mundo, la obra ha comenzado a ser ininteligible y hemos segregado incontables especulaciones que nos permitan reencontrar la actitud del espectador original. De no dar con ella, o de quedar demasiado alejados de ella, conocemos la obra como otra, de acuerdo con las condiciones en que nos hallamos.

Eso, en efecto, ha ocurrido, ocurre, con todas las creaciones del hombre: arrancadas de su contexto, devienen ininteligibles, o parecen adquirir otros sentidos. Sin embargo, aun sin esas humildes tareas colaterales que persiguen recrear idealmente el ambiente en que estuvo inscrito una obra, a veces ésta parece como alumbrarse de nuevo con su propia verdad. Es cuando otra época muestra necesidades, urgencias, a las cuales la obra de antes viene a satisfacer.

Y, mientras no llega ese momento parejo, ese momento en que volverá a cobrar todo su sentido una obra alejada, ¿cuál es el destino de ésta? Si va resistiendo las embestidas del tiempo, ese destino no puede ser otro que un malentendido mayor o menor. A medida que se van apagando los rescoldos de su momento, ese malentendido comienza a aparecer, y no se disipará hasta que otro momento equivalente vuelva a ofrecerle contexto aclarador.

Ningún escritor nuestro nos ofrece ejemplo mejor de esto que José Martí. Constantemente, y sobre todo llegado el tiempo de los aniversarios, nos hemos visto movidos a dedicarle comentarios, alabanzas, estudios, ditirambos, laberintos, trabajos, tesis. La suma de estos textos —algunos de los cuales ha recogido el año pasado Manuel Pedro González en su útil **Antología Crítica de José Martí**— es una magnífica construcción babélica, en que la exaltación multicolor no ayuda mucho al lector, aunque probablemente expresa fielmente a los comentadores. Lo sorprendente es que en algo más de medio siglo haya podido producirse en muchos este deslizamiento, este desenfoque en la apreciación de Martí. Desde luego, ello no es sino la verificación de que una obra desgajada de su tiempo pierde sentido o parece adquirir otro —que es lo que sospechan no pocos escoliastas de Martí. Aparte de los portentosos dones verbales de Martí, que lo hacen el único escritor hispanoamericano de rango verdaderamente universal, y que todos los críticos están de acuerdo en reconocerle, hay en él, para nosotros, un aspecto que no podemos sino considerar central: Martí no sólo está "diciendo" muy bien, sino sobre todo está diciendo "cosas". ¿Cuáles? ¿Qué está diciendo José Martí? ¿Cuál es, como decían los antiguos, su **secreto**? Aquí aparecen las discrepancias, unas veces enriquecedoras y otras menos.

Ezequiel Martínez Estrada, gran conocedor de las cosas nuestras, me decía hace unos días, hablando de Martí, que se había tergiversado mucho su figura, al presentárnoslo como tantas cosas pintorescas. "Martí era esencialmente un revolucionario, un espadachín". Martí fue sí, esencialmente, un revolucionario, y lo demás le fue dado por añadidura. Esto sólo puede escandalizar a quienes, aun a estas alturas, se hagan una idea pobre y empobrecedora de lo que sea un revolucionario; de quienes limiten este término al realizador de unas cuantas rectificaciones en la estructura material de un país. Pero, desde luego, un revolucionario no es un burócrata endomingado, un funcionario audaz. Es un hombre que quiere hacer un mundo nuevo para que sea habitado por un hombre nuevo. Decir que Martí fue esencialmente un revolucionario es afirmar que quiso sobre todo transformar la realidad profundamente, para hacerla más acorde con lo justo; y que para ello utilizó todas las armas que tuvo a mano, y no quiso sino las armas mejores porque su tarea era grande, y lo mezquino no se avenía a ella. No ha tenido nuestro continente otra conjunción igual de pureza humana y grandeza literaria; pero en cambio, siempre que nos ha nacido un revolucionario de veras, ha querido utilizar para su empresa los instrumentos de calidad más alta. Nada extraño por eso que nuestro gran revolucionario sea nuestro escritor mayor. Las dos virtudes no tienen que andar unidas, pero cuando lo están, es natural que se estimulen mutuamente. Sin embargo, esto sólo puede comprenderse, **sentirse**, en medio del fervor revolucionario.

Cuba conoció ese fervor en torno al José Martí vivo. Su tarea consistió precisamente en desencadenar en Cuba, de nuevo, lo que él llamó no la guerra sino "la Revolución de independencia". Agradecería él que lo llamáramos, si algo, revolucionario. Sin embargo, una vez que el gran fuego de la Revolución que él había encendido, se vió frustrado, por el el imperialismo naciente dejando un cuarto de millón de hombres muertos en los campos de batalla y una gran desilusión en el país, el aire natural donde Martí había querido vivir empezó a faltar cada vez más; y así, en vez de verlo como un revolucionario, lo vimos como orador, como escritor, como periodista, como pedagogo, como mago, como enmascarado, como todas las cosas imaginables que hizo —y algunas de las que no hizo— en pos de la realización de su tarea de revolucionario. Es decir, su figura se había como descuartizado: no le veíamos la unidad; y, como consecuencia, lo habíamos hecho otro.

La primera de estas incomprensiones proviene de un grande: de Rubén Darío. Contemporáneo, pero totalmente alejado del fervor revolucionario, ya Darío está distanciado lo bastante como para no percibir del todo el sentido de la palabra de Martí. Y se inician esos dolidos reproches porque el escritor excepcional haya quemado su vida en una tarea política que acaso otro hubiera podido realizar en su lugar. No es cuestión ahora, a nuestra vez de reprocharle a Darío esta opinión: simplemente de verificar cómo, fuera de la especial circunstancia en que vivió Martí —la entrega a la Revolución—, no es dable llegar a entender del todo o en absoluto su obra.

Desde luego, el tiempo de Martí ha llegado de nuevo. El tiempo en que sus palabras vuelven a alcanzar toda su resonancia, en que los textos y la realidad se alumbran mutuamente. La Revolución ha hecho este posible, Martí el evaporado, el soñoliendo, el extraño, se ha convertido en Martí el evidente, el recio. No era en absoluto un soñador sino un visionario. Pero, al perder de vista sus visiones, sus comentarios nos parecieron los de un delirante, y era un fiel comentador. Martí leído en la desesperanza que fue Cuba hasta el advenimiento de la Revolución, y Martí leído hoy, difieren entre sí como dos escritores. No podía ser de otra manera. Esto es precisamente la prueba de su genuinidad. Había algo de frenesí o de desvarío que sólo podía entrar en su centro cuando la misma realidad a la que estaba aludiendo lo hiciera posible. Esa fiebre de iluminado que está constantemente en Martí es, hoy, la fiebre de iluminado que ostenta la propia vida: fiebre de creación, de esperanza, de justicia. El lector era obligado a un constante desajuste, a una verificación imposible, cuando leía a Martí. ¿De qué país hablaba este hombre, cuál era el cubano que mencionaba con unción? ¿Cuál fue esa vida de riesgo y gloria por la que podía, por la que debía echarse al aire el don mayor de escritor de nuestras tierras? Este es el país, este es el hombre, esta es la vida de riesgo y gloria. Al cabo, la lectura de José Martí es completamente posible: al fin estamos leyendo realmente el inmenso documento textual que es la obra de José Martí

6 NOTAS SOBRE VERSOS LIBRES

POR ANTON ARRUFAT

EN 1913 escribió Rubén Darío, sobre los **Versos libres**: "Versos libres, es decir, los versos blancos castellanos, sin consonancia, que generalmente se han prestado a bizarrías clásicas... y versos libres, es decir, versos de un hombre en libertad, versos del cubano que ha luchado, que ha vivido, que ha pensado, que debía morir por la libertad". La segunda parte de ese párrafo es lo que ahora me interesa destacar. Los **versos libres** son la obra de un hombre que ha vivido y pensado, pero que ha hecho visibles esos actos de su vida en la palabra, que no la ha utilizado para crearse a sí mismo como un personaje ideal, sino que se ha puesto de cuerpo entero. "La poesía tiene su honradez, y yo he querido siempre ser honrado". Los **Versos libres** son el testimonio de los años contradictorios de Martí, entre 1878 y 1882, en que su vida se decide, toma un camino diferente que ya no es el de escribir, sino el de actuar. En los **Versos libres** están todas las angustias, indecisiones, escepticismos del patriota. En ellos están en juego el bien y el mal, y toda una teoría del hombre y una concepción de la vida. Martí lo ve todo como un destino, como algo que tiene que cumplirse, como Edipo al vaciarse las órbitas. En él estaba ese sentido griego de que las cosas deben cumplirse hasta el final, sea este feliz o terrible. En él hay la aceptación del martirio. No se trata de un problema individual, aislado, indiferente, se trata de algo que implica a todos los hombres. Es algo donde están en juego los fundamentos de la vida humana. Encontramos en los **Versos libres** el canto a la bondad de la naturaleza y el desprecio de la miseria humana junto a la pasión por las creaciones artísticas contrapuestas a la pobreza de la naturaleza. Están el caos y el orden, la luz y las sombras. Martí no sabe cuál escoger, qué camino elegir. Lentamente intentará el triunfo del bien y de la dignidad humana sobre las "fuerzas oscuras". Pero habrá que esperar a los **Versos sencillos**, en 1891, para que el dilema se resuelva. Su vida entonces se decide por la acción. Funda el Partido Revolucionario Cubano y se dispone a libertar la patria. Es curioso observar ese dualismo en los hombres de acción. Por un lado desconfían del valor del hombre y por el otro desean ardientemente la acción social. Tal vez la explicación del enigma esté en una frase de Varona, "la acción salva". Creo que Martí hubiera afirmado lo mismo.

—II—

En los **Versos libres**, el en decasílabo suelto produce un ritmo monótono y a veces fácil. Se nota que Martí rellena con adjetivos inútiles. Sus virtudes oratorias son aquí evidentes, y perjudiciales. Hay largas tiradas filosóficas y moralistas que destruyen la atmósfera alucinante de cosa soñada que presentan algunos poemas, como el **Padre suizo**, en su segunda estrofa, por ejemplo, Martí creyó ver en ellos, al parecer, el inicio de una revolución dentro de la poesía española. A pesar de sus preocupaciones políticas, Martí estaba consciente de la importancia de su obra literaria. El sabía que nadie en el mundo de lengua española escribía una prosa como la suya. El afán de renovar la forma poética tradicional, de enriquecerla con las urgencias de la nueva vida, fue constante en él, casi una prédica. En diversos artículos explicó esa necesidad y el modo en que según él podría lograrse. Esto es válido, con respecto a los **Versos libres**, en cuanto al impulso del poema, el ardor, esa manera de "abrirse el pecho" como afirma en uno de ellos. Sin embargo, la adjetivación, por ejemplo, casi es tradicional. Los **Versos sencillos** son más revolucionarios, a pesar de que él no lo comprendiera así plenamente.

—III—

No creo que se haya afirmado lo suficiente la influencia en estos versos de la poesía de Heredia. En estos días he leído varios ensayos sobre la poesía de Martí y no he encontrado en ninguno esa observación. Martí admiraba mucho a Heredia. Quien se apasione por las similitudes puede comprobar que la vida de Heredia y la de Martí fue parecida, hasta donde puede serlo una vida. Heredia vivió en el exilio, en New York y en México. Desde joven se interesó en la lucha política y la independencia de Cuba. Amaba la naturaleza, tenía ciertas ideas panteístas; le interesaba el teatro, escribió y adaptó muchas obras; tuvo problemas amorosos. Los dos aspiraron a enseñar a los hombres y fueron predicadores en su poesía. La única diferencia entre ambos, si puedo hablar así, está en que Heredia en sus últimos años cayó en un pesimismo absoluto y desesperó de la capacidad del hombre para lograr sus propósitos más nobles. Martí no cometió esa debilidad.

—IV—

En **Versos libres** están presentes los grandes temas de la poesía de Heredia. El destierro, la idea de Cuba como el paraíso perdido, el recuerdo, la nostalgia y la lucha entre sentimientos contradictorios. La visión de la patria como una "dilatada sombra", que en Heredia se logra mediante la presencia de la esclavitud y los "horrores del mundo moral", en Martí, mucho más artista que Heredia, es casi ya una sombra que envuelve toda la creación.

Pero es más importante el uso similar de algunos adjetivos en ambos poetas. "Padre sublime, espíritu supremo", dice Martí en el **Padre suizo**. En el poema **A los espacios**, encontramos "en gozo embriagador henchido" que parece un verso del Heredia de **La estrella de Venus**. "Ved cómo rueda la sangre de mi herida", dice Martí. "Ved cómo saltan al abismo horrendo", dice Heredia. La idea de que todo rueda en la Eternidad, aparece en los dos poetas.

Martí siempre habló de Heredia con pasión Nunca habló así de ningún otro poeta cubano. Casal, por ejemplo, parece no interesarle. Martí siempre miró al autor, a las preocupaciones humanas del autor, antes que al valor intrínseco de la obra literaria. Le preocupaba la conducta. Siempre fue su obsesión conducirse sin errar, sin equivocarse. Casal, comparado con Heredia, es un hombre sin importancia. Su vida estuvo reducida al mínimo. Sus preocupaciones, políticas eran vagas, imprecisas.

Nadie elige sino de acuerdo con su destino. Lo que interesaba a Martí de Heredia, era lo que le interesaba de su propia vida. El sentido de su vida estaba en la Independencia de Cuba, que fue también la preocupación de Heredia, y en gran parte, también su vida. Martí tuvo que reconocerse en Heredia y recoger su herencia. Martí es, como se ha dicho, una síntesis de nuestro siglo XIX. En él está el verdadero escritor independiente. Todo lo que escribió fue hecho con esa intención.

V

Como todo creador, Martí ve la vida como algo pleno, completo, contradictorio. Por ejemplo, era partidario apasionado de la literatura como un instrumento de confesión personal. En los pequeños prólogos que escribió en sus libros de poemas insiste en este punto. Los **Versos libres** quieren ser un libro lleno de confesiones. Martí quiere ponerse en carne viva delante de los lectores. **Arbol de mi vida, Mantilla andaluza, Pomona, y Canto de Otoño** están dentro de esa categoría. En uno de sus "Cuadernos de Apuntes", encuentro una afirmación parecida: Reflejo un estado de mi alma, una pena real, sin lo cual yo no sería poeta, sino vulgar falsificador de la poesía. Tiempo es ya de que acabe esa poesía convencional, pasto de gentes fútiles, mano osada que ciega, so pretexto de halagar los oídos, toda fuente verdadera de poesía". En el año en que escribía esta confesión, 1879, Martí comenzaba a escribir sus **Versos libres**. Pero eran años difíciles para él, años de prueba interior. Es por eso que puede escribir luego, páginas más adelante, estas palabras terribles: "La vida humana es una ciencia, a cuyo conocimiento exacto no se llegará jamás. Nadie confesará nunca completamente sus desfallecimientos y miserias, los móviles ocultos de sus actos, la parte que en su obra ejercen los sentidos, su encorvamiento bajo la pasión dominadora, sus horas de tigre, de zorra y de cerdo. Y como cada hombre es un dato esencial para esta ciencia, el hombre mismo estorbará perpetuamente que sea conocido el hombre. Y, sin embargo, aunque nada es en apariencia más descompuesto—nada es en realidad más metódico y regular, más predecible y fatal, más incontrastable y normal que nuestra vida". Es por eso que Martí es un gran artista. Guarda esa distancia que le permite observar los hechos, digamos con cierta indiferencia, y sabe dónde miente y dónde está diciendo la verdad.

VI

Si me pedís un símbolo del mundo
en estos tiempos, vedlo: un ala rota.

¿Qué significaba para Martí el **ala** que tanto aparece en los **Versos libres**? Aventuro esta hipótesis. En el **Fedro de Platón** se utiliza el símbolo del carro y su auriga, sostenidos por alas, para explicar el alma. Dice Platón: "La fuerza del ala consiste naturalmente en llevar hacia arriba lo pesado, elevándose por donde habita la raza de los dioses y así es, en cierto modo, de todo lo relacionado con el cuerpo, lo que en más alto grado participa de la divinidad". Esta interpretación podría aplicarse también al "ala" en Martí. En su poema **Hala, hala,** uno de los mejores que escribiera, encontramos este verso: "Da vueltas a la noria, arrastra el ala!" En el pensamiento de Martí jugaban algunos supuestos románticos. La lucha entre el ideal y la realidad, tal como la entendían los poetas románticos alemanes, está presente en su obra. El pensamiento de Martí se mueve siempre entre polos opuestos. No olvida, por ejemplo, que para resaltar el bien, es necesaria la existencia del mal. "Hasta para ser justo se necesita ser un poco injusto". Martí estimaba los valores negativos como elementos de ponderación de los valores positivos. En esto su pensamiento es sencillo, y tal vez incuestionable. Si no existiera el mal no tendríamos la noción del bien, parece decirnos. Por eso para él vivir es siempre una superación constante.

PUESTO AL MORIR

POR PABLO ARMANDO FERNANDEZ

CUANDO un hombre se sienta a contarnos con palabras, sencillamente, su vida, para aquellos que lo hace no queda otra cosa que atenderlo con igual sencillez. Cuando un poeta dice su sentimiento en "formas llanas y sinceras", lo está haciendo para todos. Cuando hace públicos sincera y noblemente sus recuerdos, sus amores, sus penas, ese hombre no está haciendo nada más que entregarse a los que ama. Siente él en ese momento de sus confesiones que debe, a menos de dejar de ser un poeta verdadero, explicarse un poco, temeroso de que falten a las palabras que baten sus labios, las que quiere el corazón que sean oídas. Por eso se pone a decir su sencillez, la que todos sus miedos ha elaborado y lo hace en los momentos en que enfermo y triste se va a su soledad, y en el momento en que todos los ideales de su vida, en que su destino de hombre y artista están en juego.

Si cae la causa que le inspira y pone bríos en su ánimo, si se pierde por "ignorancia, o por fe fanática, o por miedo, o por crítica" el verdadero objetivo de su existencia, para las generaciones que le sucederán, o para las que son testigos de sus días, quedará el relato de su vida de hombre sincero.

Piensa que, enfermo, puede morir, y si esto hubiera de suceder, extranjero, quiere que sepan de su paisaje, del sitio humilde donde nació, por eso nos dice que allí crece la palma y no el arce, el abedul, el enebro, el sicomoro. Cuando muera quiere ser identificado con la naturaleza que conoce mejor y con el árbol símbolo de su patria.

Y quiere antes de morir decir su alma y decirla en versos, porque es un modo de síntesis suave. No acudirá al discurso, ni al relato novelesco, ni siquiera al épico, sino a esa sencillez que es el verso menor.

Dice que estuvo en todas partes, de ellas regresa y volverá. Sabe que su casa está doquiera estuvo y también en los lugares que le faltó estar, y este hecho hace posible que conozca a todos y dé a cada cual lo suyo, lo que espera de él. Aprendió todos los nombres que no olvidará, nombres de flores y de yerbas y cómo adorna la flor y cómo cura la yerba. Andando ha padecido la mentira que mata y la pena gozosa; y andariego y nocturno sintió cómo todo su ser se iluminaba.

Sabe que la belleza posee poder angélico y lo que puede su magia, pero sabe también que este misterio engendrador de lo bello puede revelarse en los lugares más sórdidos y en las criaturas menos afortunadas. Conoce la muerte y a sus siervos. El amor frustrado, la falta de amor por incapacidad o timidez o cobardía, son formas de conocer la muerte, para él que sólo sabe bien amar.

Dos hechos en su vida, por lo dolorosos, le mostraron relampagueantes, tajándole el alma. La separación de los que ama: muerto su padre, la despedida de su amada. Desnudez de sus sentimientos, de su sensibilidad que le descubre las excelencias de la naturaleza humana. La presencia del alma en su ser y su revelación ponen al poeta en situación de ennoblecer cuanto le rodea, de manifestar todo lo que cree.

Cree en las cosas nimias, en tanta pequeñez que titila y desaparece y en la bondad o la ingratitud de esas cosas. El mal siempre es de bárbara naturaleza y es odioso. La abeja que pica la frente de su niña le hace temblar. El enemigo nunca es pequeño, pero el mal es menos poderoso que el bien, es cierto que lo es, él lo sabe, gozoso, cuando el alcaide lee la sentencia de su muerte y llora.

Su vida es importante, esencial su orbe, siempre insistiendo en que su presencia sobre la tierra no es un hecho casual, sino una predestinación, un destino que le entrega múltiples razones para su lucha: una patria esclava, una justa concepción del mundo, una familia, una mujer y un hijo que al despertar azuza en él su pasión política y poétic-.

Cuando quiere que sepamos cuál ha sido su experiencia humana más rica, más leal, más sincera, dice que la amistad es la mejor de todas las posesiones por adquirir en la vida. Tener un amigo es haber conquistado en nosotros lo verdaderamente bueno, deshaciéndonos de lo peor. Cuando se es amigo sincero, se es menos egoísta, menos personal, menos duro, o no se es nada de esto, y entonces ya no se es jamás solitario. Esta posesión nos alza como al águila y mata la escondida víbora venenosa.

El mundo febril, inquieto, maquinal, aturdido a veces, cede al descanso, pero sus fuerzas verdaderamente creadoras, la de sus obreros, de los que trabajan mansamente, prosiguen impulsando a la humanidad.

Ni adivinador ni prestamista, dice lo que sabe, lo que ha experimentado, da sin exigir retorno, sin aspiraciones de reconocimiento.

Tiembla y, sin rubor y sin cortapisas, dice que oculta en su pecho la pena que va, filosa, trazando estrías que sangran por su pueblo, por el que vive y muere. Nada es despreciable: en toda criatura hay luz, en toda obra hay fulgores de joya legítima. Bástele al hombre en su muerte paz, y humilde y seco recogimiento. Acusa la vanidad que deforma y mutila el espíritu del hombre y, cuando ha hablado y oído cada una de sus palabras y ha entendido, sabedor, que en el silencio aún moran las palabras todavía no nacidas, aquéllas que exige su sinceridad, calla. Despojado de todo atuendo que le presta apariencia de hombre docto.

Ahora puede decir que sabe, ya no es el letrado afanoso de la exposición de sus conocimientos, sino el hombre que ha apren-

dido la inutilidad del conocimiento que sólo sirve para la ilustración. Sabe las viejas historias del mundo y del hombre y sabe lo poco que se ha alcanzado en el mejoramiento personal y social, por eso prefiere estar en el monte junto a la campanilla que el viento asusta y galantea. Allí nada está gobernado por la avaricia y los celos de la ambición desmedida. Allí se halla lejos de la hipócrita sonrisa del hotelero, que piensa con el bolsillo. Allí sólo el laurel y el viento juegan y cantan como niños alborozados. Y esta simplicidad de imágenes, esta ausencia de ostentación, tan mansa, tan buena, sólo es comparable a la generosidad y a la pulcritud de los que en la tierra heredan la pobreza. Con ellos desea echar su suerte.

Si a presencia alguna natural el hombre quiere concederle devoción y fe, hágalo al monte de álamos y abedules, helechos y pinares. Si han de levantarse altares para invocar alguna presencia sobrenatural ¿por qué hacerlos de piedra, oscuros y cerrados, y no salir a la intemperie, a gozar del trabajo y del recreo campesino? ¿Para quién dice él que ha salido el sol, para quién se ensancha y se levanta en su cuerpo el mundo? Cuando la minúscula abeja roza sus labios y él crece, que es hombre, ¿a qué alturas alcanza? El viejo, torpe obispo español nada sabe de esto, ignora a dónde hay que ir a servir bien la humanidad y a servirse bien a sí mismo ¿para qué han de servir la confesión y las ganancias del espíritu? Vaya el obispo español a la montaña, vaya a los campesinos, vaya a los obreros y enséñeles la bondad de la tierra y del trabajo.

Volverá a buscar los lugares de su dicha amorosa, al encuentro con los recuerdos que cuida de su amante, a repetirse las palabras que dijo y que escuchó, allí en esa soledad del mar, allí debe el hombre entregarse al amor y al recogimiento y a la meditación y a la mansedumbre.

¡Cómo ha de decirnos su vida! Monte, espuma, puñal, flor, clara, encendida, breve, sincera, vigorosa, vida de acero con que se funde la espada. ¿Y sus amores? Son recuerdos gratos también, los que quisiera llevarse de este mundo: la cabellera canosa de su padre, el retrato de su hermana muerta y la trenza de su niña.

Para él, que desconoce el odio, España está en su corazón, está Aragón, la tierra que le dio un amigo y una mujer. España heroica de hombres que entregan la vida por defender sus ideas, España de campesinos, España de obreros, España de tierra amarilla con su Ebro y su Pilar y donde hay hombres capaces de derrocar a un tirano. España con sus patios, sus escaleras, sus conventos, tierra de flores donde su juventud estallaba, aquella juventud ahora distante que para el enfermo y triste hombre que en las montañas Catskill, sentado conversándonos, fue la poca flor de su vida.

Está enfermo, acomodando sus recuerdos, revisando su vida. Triste y enfermo. En esa hora se comunica con sus muertos. El amigo que viene a verlo y que a su lado canta. El mismo su amigo. El mismo con su corazón a rastras, entre las tinieblas del día y la dulce esperanza de los días que vendrán. El, entre sus amores múltiples: Cuba hundida, esclava y la noche que ahora es su vida, la de sus pasiones personales: el hijo, la mujer, los amigos. Y su corazón sin saber hacia dónde dirigirse, si a la casa donde es esperado o al exilio permanente, mientras no sea posible la guerra libertadora. Entonces es que maldice y entonces es que, desesperado, busca en el sueño la paz que la vigilia le niega.

Es la hora de los recuerdos y de su reconciliación con ellos y con sus muertos, con la niña que le amó y a la que él nunca regresó. Estuvo allí hasta el anochecer, buscándola en su memoria, sintiendo la ardorosa frente que tanto había amado, esperando a que se desvaneciera la fiebre que le consumía.

La muerte de la amorosa niña, las otras muertes que le habían revelado el alma, la muerte propia acompañándolo, siguiéndolo, acurrucada en sus vestiduras, fiel, íntima, callada. La muerte que nada le exige pero que se acomoda a todas las situaciones, la muerte vigilante, risueña, acogedora.

La muerte en la mujer que lo olvida, la muerte en la mujer que lo reclama, la muerte en la que se le entrega y en la que lo desconoce.

Y en esa orgía de fantasmas y alucinaciones, en ese desenfreno de las costumbres, en la ciudad grande, bulliciosa, en el viaje diario al trabajo y en el carnaval grotesco de las caricaturas y en toda lucha y en todo afán, él deseando morir buenamente, al sol y en el monte.

Los sucesos de su adolescencia, los hechos políticos que lo arrastraron a la lucha, su maestro, su madre en la casa esperando, la niña que sola llora dentro, las balas taladrando el portón, la traición del que fuera amigo y compañero de clases, la voluntad firme de un pueblo de obtener su absoluta nacionalidad, la cárcel, el destierro, los viajes sucesivos por suelos de Europa y América.

La traición y la cobardía, el hijo que falta al padre. Toda la historia de sangre, de horror, de violencia, toda la vergüenza de la trata de esclavos. El sueño de redención humana. La veneración por los de estirpe heroica. Las visiones lóbregas. La mujer que lo ama y a la que él no corresponde y la mujer que arriesga posición y familia y prestigio personal para seguirle en su devoción política.

El hombre que ha estado enfermo, sólo, lleno de todas las tristezas, pobre, extranjero. El predestinado a morir su muerte limpia al sol, que dice su vida y la comenta, está entre nosotros. Los que hemos atendido a cada una de sus palabras, como él quiso que hiciéramos, sencillamente, miramos a esta vida de amorosa nobleza que nos deja la mejor de las herencias, su amistad.

Añadimos que en todo lo que va de siglo, sólo otros dos poetas americanos nos han dado en un libro de versos la dimensión tremenda de la vida del hombre: César Vallejo con sus "Poemas Humanos" y Pablo Neruda con su "Estravagario".

"Versos Sencillos", el libro de José Martí, es el primero de estos libros y el más puro y total.

Martí en FIDEL CASTRO

POR EDMUNDO DESNOES

DE IGUAL modo se prohibió que llegaran a mis manos los libros de Martí; parece que la censura de la prisión los consideró demasiado subversivos. ¿O será porque yo dije que Martí era el autor intelectual del 26 de Julio?"

Esta aclaración de Fidel Castro al comenzar su defensa en el juicio por el asalto al cuartel Moncada —celebrado en un hospital porque la dictadura quería silenciarlo —es algo más que una aclaración de responsabilidad simbólica. Aparte de la importancia de la ideología revolucionaria de Martí, el pensamiento y la obra del Apóstol circulaban ya por la sangre del joven revolucionario: "¡No importa en absoluto! Traigo en el corazón las doctrinas del Maestro y en el pensamiento las nobles ideas de todos los hombres que han defendido la libertad de los pueblos".

Repasando "La historia me absolverá" encontramos doce veces mencionado a Martí y la mitad de ellas con citas textuales de sus pensamientos.

Pero lo decisivo no es citar a Martí, eso lo han hecho hasta los criminales para justificar sus crímenes, sino actuar de acuerdo con sus enseñanzas y su existencia. Ya ha pasado la época en que bastaba citar una frase de Martí. Abarcó tanto que, violentando un poco su pensamiento, sacándolo arbitrariamente del contexto, se le puede emplear para justificar lo contrario de su intención más profunda.

Fidel comienza invocando directamente a Martí. A medida que su figura crece la cita explícita se va fundiendo con el pensamiento y la acción de Fidel Castro.

No hablo de cosas abstractas e intangibles. Hablo de una asimilación, de una incorporación palpable en las conversaciones de Castro con el pueblo y en sus decisiones y reacciones ante los problemas que plantea la Revolución.

Martí era un río caudaloso que no podía evitar desbordarse. Empezaba hablando de una cosa y acababa hablando de otra: "Es mal mío no poder concebir nada en retazos, y querer cargar de esencia los pequeños moldes, y hacer los artículos de diario como si fueran libros, por lo cual no escribo con sosiego, ni con mi verdadero modo de escribir, sino cuando siento que escribo para gentes que han de amarme, y cuando puedo, en pequeñas obras sucesivas, ir contorneando insensiblemente en lo exterior la obra previa hecha ya en mí".

Cambiando escribir por hablar, Castro podría decir lo mismo. También él necesita hablar para "gentes que han de amarme". Durante un discurso se molestó con un camarógrafo: "No, era una luz de cámara de cine, pero es que no me dejaba ver al pueblo". Castro empieza hablando de un caso individual y termina hablando del pueblo de Cuba; analiza la situación cubana y acaba hablando de la humanidad.

Promulgada ya la Ley de Reforma Urbana, Castro compareció ante la televisión para explicar al pueblo su alcance: "Por ejemplo, una señora que tenía una peluquería, estaba de lo más preocupada ayer, cuando salió esta Ley creía que le iban a quitar su peluquería también y que le iban a nacionalizar su peluquería. A muchos comerciantes pequeños urbanos les preocupaba si van a liquidar el pequeño comercio urbano, si van a poner Tiendas del Pueblo también en la ciudad, si las pequeñas fábricas, los pequeños negocios, los va a liquidar la Revolución. La Revolución no tiene ninguna necesidad de liquidar esos negocios. Entendemos, mejor, que el país está en un minuto en que es necesario el esfuerzo de todos. De todos los pequeños negociantes, de los pequeños agricultores, de los agricultores medianos, y que lo que corresponde por parte de ellos y por parte de nosotros es viabilizar que todo el mundo haga su esfuerzo en la tarea de cumplir los grandes programas de desarrollo económico y social de nuestro país".

De Cuba a la humanidad: "Y el destino del mundo está en juego en estos momentos, y una agresión a nuestro país, como encontraría una resistencia tenaz y prolongada, sería una agresión al mundo, ¡que no nos dejará solos! Porque sabemos que no estamos solos, porque sabemos, y estamos seguros, de que una agresión imperialista a Cuba los llevaría a su propia destrucción. Mas, sin embargo, ¡nosotros no queremos que se suiciden a costa nuestra!"

Como recuerda esto a Martí: "Viví en el monstruo, y le conozco las entrañas —y mi honda es la de David".

Una frase que durante tanto tiempo pareció exagerada se ha convertido en realidad: la relación entre Cuba y Estados Unidos es la relación entre David y Goliat.

"¿Por qué se pudo alcanzar la victoria? —preguntó Castro el año pasado en una cena conmemorativa del nacimiento de Martí. ¿Por qué avanza la Revolución? Se logró todo porque habían virtudes en nuestro pueblo y esas virtudes fueron el fruto de las semillas que sembraron los fundadores de nuestra República; de la semilla, de la abundante semilla que sembró nuestro Apóstol, José Martí. Porque este amor acendrado a la libertad, esa prédica constante de la dignidad, ese sentido humano del pensamiento martiano, ese odio a la tiranía, ese odio al vicio, ese odio a la esclavitud, le hizo decir: 'Sin patria, pero sin amo'. Esa prédica fue la que nutrió el espíritu rebelde y heroico de nuestro pueblo, que allá en Santiago de Cuba, junto a la tumba de Martí, en el año del Centenario, ofrendó la vida de casi un centenar de jóvenes... Porque aunque invocaron falsamente su nombre muchas veces, aunque se le rindieron millares de hipócritas tributos, el pueblo por encima de toda aquella falsedad, le rindió siempre un profundo y sincero tributo a su memoria".

Tanto Martí como Castro son hombres de una energía desbordante. Ninguna figura revolucionaria puede carecer de grandes reservas de energía vital: sin ellas no podría sobreponerse a la corriente del pasado. Martí escribía hasta que las manos se le hinchaban, Castro explica la Revolución al pueblo hasta quedarse sin voz.

La preocupación con la muerte es obsesiva en ambos. Martí: "Morir no es nada, morir es vivir, morir es sembrar. El que muere, si muere donde debe, vive". Castro: "Porque los cubanos hemos aprendido a mirar la muerte serenamente y sin inmutarnos, porque los cubanos hemos adquirido un sentido real de la vida, que empieza a considerarla como indigna cuando no se vive con libertad, cuando no se vive con decoro, cuando no se vive con justicia, cuando no se vive por algo, y por algo grande como están viviendo los cubanos en este momento".

Aquí podríamos hablar del "vivir para la muerte" de Heidegger, del "Sentimiento trágico de la vida" de Unamuno —pero sería una pedantería. Todos sabemos el lugar que ocupa la muerte en nuestras vidas, todos hemos vivido la profundidad que tiene ese concepto en nuestra cultura hispánica. Es una forma de entrega viril a la vida: el que sabe morir puede vivir con entereza. "La muerte engrandece cuanto se acerca a ella —escribió Martí—; y jamás vuelven a ser enteramente pequeños los que la han desafiado".

Veo tan estrecha la trabazón entre Martí y Castro que presiento que se me acusará de forzar las semejanzas. En algu-

nos de los ejemplos expuestos aquí es posible que haya coincidencia, pero el fenómeno es innegable: Martí influyó decisivamente en Fidel Castro y en la Revolución cubana.

Tan bien conoce Castro la trayectoria de Martí, que algunas de sus opiniones tienen importancia para fijar la función histórica del Apóstol. Hace dos semanas hablábamos en la redacción de este suplemento con Walterio Carbonell y Heberto Padilla acerca de la popularidad de Martí en Cuba durante su vida. Mucha, poca y regular fueron las opiniones divididas. Hoy, aceptamos a Martí como aceptamos cualquier brizna de yerba cubana. Pero, probablemente durante su vida pocos en Cuba conocieron su obra y su pensamiento. "Porque los versos, como los pensamientos, como los escritos, como las proclamas, como los discursos de Martí, que hoy son familiares para todos nosotros, fueron al principio del conocimiento reducido de un círculo de amigos o de compatriotas que tuvieron el privilegio de leerlos o escucharlos —opina Castro. Porque en medio de la censura y de la opresión aquellas ideas no podían divulgarse e incluso, en los inicios de la República, el pensamiento y la prédica de Martí no se conocían sino por una minoría. Fue en el transcurso del presente siglo cuando nuestro pueblo pudo ir paso a paso conociendo aquella filosofía política, aquel pensamiento que decía que 'trincheras de ideas, valían más que trincheras de piedras'. Esta idea influyó sobre nuestro pueblo en la medida en que se iba divulgando y a pesar de la frustración de nuestra República, a pesar de lo mucho que aquel pensamiento había sido prostituído en labios hipócritas, en labios de malos cubanos, que miles, tal vez millones de veces evocaron en medio de la ignominia y hasta el crimen el pensamiento y el nombre del Apóstol".

Castro, aseguran, llevaba siempre consigo en la Sierra las Obras Completas de Martí en los dos volúmenes rojos impresos en papel biblia. De todo lo que Castro ha leído, Martí es lo que ha leído más sistemáticamente.

Todo Martí está dominado por el ansia de servir al hombre: "Quien se da a los hombres es devorado por ellos pero es ley maravillosa de la Naturaleza que sólo esté completo el que se da".

El humanismo de Castro se acerca al alto concepto que tenía Martí de la justicia: "La Marina fue el único cuerpo que no fue disuelto, y fue disuelto el Ejército, fue disuelta la Policía. Sin embargo, nosotros fuimos generosos con los marinos. ¿Por qué fuimos generosos con ellos? Porque habían tenido una actitud menos drástica que la del Ejército, aunque tuvieron sus Laurent y toda aquella gente que cometieron muchos crímenes, y aunque nos tiraron muchos cañonazos, ésa es la verdad, con sus fragatas, desde por allá, en la Sierra Maestra, nosotros les dimos un tratamiento distinto a los marinos que a los del Ejército... No botamos a nadie, a nadie en absoluto, porque detestamos el tener que estar tomando medidas que lancen a la gente a la calle".

"La verdad es sencilla", asegura Martí y así explica Castro nuestra etapa actual: "No habría Revolución si no hubiese existido tanta injusticia en nuestro pueblo. Es bueno partir de esta base: de que la culpa de que nuestro país se vea envuelto en una Revolución la tienen los grandes abusos que se cometieron durante tantos años con nuestro pueblo, la tiene la explotación a que se vio sometido el país, a que había estado sometido siempre. Cualquiera comprende que sin esas circunstancias no habría tenido lugar una revolución en nuestro país".

"Una vez reconocido el mal —explica Martí como si hablara de la Revolución—, el ánimo generoso sale a buscarle remedio: una vez agotado el recurso pacífico, el ánimo generoso, donde labra el dolor ajeno como el gusano en la llaga viva, acude al remedio violento".

Nos hemos atrevido a establecer este paralelo porque Fidel no sólo ha hablado, ha hecho lo que Martí añoró: "No dijimos: te vamos a dar, le dijimos: aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sean tuyas la libertad y la felicidad. Y podemos repetir: aquí tienes, guajiro, tu tierra; aquí tienes, campesino, tus escuelas, tus hospitales aquí tienes los pueblos, las fortalezas convertidas en escuelas; aquí tienes tus casas, aquí tienes tus playas, aquí tienes tus fábricas, las fábricas que eran de los monopolios extranjeros aquí tienes tu Compañía de Electricidad, tu Compañía de Teléfono, aquí tienes tu refinería, porque antes no tenías nada, y hoy sí tienes, hoy tienes algo por lo cual luchar". Castro ha cumplido como Martí quiso cumplir cuando la muerte le cortó el paso.

El parecido se extiende hasta la vida personal: la cárcel, los preparativos de invasión desde el extranjero, tener que escoger entre la familia o el país.

Martí expresó siempre su sentido de la justicia a través de un estilo didáctico. La reiteración es una de las armas más efectivas para inculcar una verdad. "Los hombres crecen, crecen físicamente; de una manera visible crecen, cuando aprenden algo, cuando entran a poseer algo, y cuando han hecho algún bien". Esta repetición martiana bien podría haberla expresado Castro.

Es el mismo estilo que emplea Castro, con una reiteración aun mayor porque no escribe sino explica con la palabra la Revolución al pueblo: "Y cuando se habla de razón, no es una simple palabra; razón quiere decir los abusos que se cometían en nuestra patria, razón quiere decir los innumerables crímenes que se cometieron con nuestro pueblo, razón quiere decir los cientos de miles de cubanos que no sabían leer ni escribir, razón quiere decir los cientos de miles de cubanos que no tenían trabajo, razón quiere decir los cientos de miles de familias campesinas que no tenían ni un pedazo de tierra, razón quiere decir todo lo que se le ha robado a nuestro pueblo; que cuando no le robaba un político, le robaban los especuladores, le robaban los explotadores".

Todavía no hemos dicho lo más vital de Martí en Fidel. Frente a este fenómeno las influencias de estilo o ideas son cáscaras inservibles, son nada. Fidel creyó en el Martí que respiró entre los hombres, que sufrió y soñó. Mientras los políticos republicanos abusaban del Apóstol y algunos intelectuales respetaban su obra, Fidel Castro creyó en la vida de Martí. Castro ha puesto a Martí a caminar de nuevo entre nosotros. El verdadero Martí: el hombre que amó a Cuba y a la justicia por encima de todas las cosas.

Nosotros también lo teníamos abandonado. Martí no era más que un prosista de azogue, un poeta humano, un patriota muerto. Lo habíamos privado de su vida, de su fe en el hombre cubano... Entonces estalló la Revolución. No hubiésemos encontrado al hombre que latía detrás de la obra sin el hecho revolucionario.

Martí estaba muerto para muchos de nosotros porque habíamos perdido la confianza en nosotros mismos. Martí estaba muerto y nosotros desarraigados. Castro leyó sus libros y vio al hombre vestido de negro, con bigotes espesos, ojos febriles y amplio cráneo lleno de insobornable convicción en el triunfo de la justicia y el amor en la lucha contra todos los instintos egoístas y los deseos torcidos.

La influencia más profunda y viva de Martí ha ocurrido, no entre escritores y poetas, sino en donde más falta hacía: en la política.

Fidel Castro revivió a Martí porque creyó en él.

EL HIMNO DE LAS TRINCHERAS

POR JOSE A. BARAGANO

Homenaje a Martí: trincheras de piedra sostienen trincheras de ideas.

Canto
mi canto
El canto de las armas y el pueblo
Nadie duerme en las trincheras
Fusil automático ligero
El coraje como un párpado
Besa
Las manos alertas de las multitudes
Contra estas paredes de tierra dura
De arcillas de huesos
Nuestro esqueleto arde como una lámpara
De piedra y de palabras
Palpita
El corazón indestructible de las masas

Nuestro canto
Mueve las praderas
Una deflagración
De amor y de esperanza
Todos estamos
Nadie duerme en el mineral de las voces
Combatiendo las amenazas
Creciendo
Como una espuma de cólera
Y pulmones
Descubriendo un aire húmedo de futuro
Un aire caliente de tierras labrantías
De aceite y llamas
Y cabezas que se juntan en las manos del himno

Canto nuestro himno
Canto de combate
Sin retirada
Como este cuerpo hundido en la tierra
Las paredes hablan
Son las paredes de nuestros pulmones
Al rojo vivo de la revolución
De nuestra sangre caliente de un himno
Sin rupturas
A un paso de la vida
Aquí esperando el paso de la muerte
Que no pasará

En la hora de la verdad
Crecen nuestras uñas
Estas manos
Y el himno
En una marcha de antorchas y resina
Que recibe una selva de fósforo
De rectos párpados y meses y veranos

Estamos sembrados por la victoria
Quemando el aliento
En el huracán de la Revolución
Como una red de sílabas gloriosas
En el maíz y el alcohol
A flor del canto
Sobre nuestra sangre
Sobre la marea de huesos y de músculos
Sobre la leche y el pan
En el estampido
Y la cólera
Que nos envuelve
Arrastra
Por esta hora de coraje
Contra
Los escarabajos del miedo
Contra
Las uñas del inquisidor
Contra
La baba del clero y su antena
De sangre podrida y excremento

Abre raíz del canto
Desde la tierra sin exilio
Sobre esta ola que marca un sol de júbilo y victoria
Nuestras manos escriben sobre el barro
Amoroso fusil automático ligero
Acento de sangre pólvora
Acento de acero
Contra el movimiento de las yerbas
Un ardiente movimiento de pupilas
En guardia

Yo canto
Mi canto
El himno sin límites del pueblo
Arrojado
En este hierro de gritos y proclamas
Subiendo
Por mis huesos
Midiendo mi pulso
Fusil automático ligero
En la hora
De nuestra Revolución
Sepulturero
De lo podrido
Sepulturero
De los gendarmes del Norte
Sepulturero
De los traidores y pestilentes
Nuestra palabra a quemarropa

Atrás
La memoria
Su nudo de madera consumida
Su cuero de tambor en derrota
Su hora de miedo y de venganza
Atrás
Los prostíbulos del asco
La ciudad como un oído de violencia
En que arden las generaciones
En una muerte absurda
Atrás
Tiempo de miseria
Reino de los parásitos
Del odio
Esqueleto entre ceja y ceja
Con una aguja de orina
Como un hacha de llanto
Atrás
Tiempo de derrota
Campo de mi niñez
En que el pueblo gemía
Como una bestia incendiada
Atrás
Tiempo de remordimiento
Estación negra de la angustia
Círculo de ceniza de la nada
Válvula sin salida del pus y el llanto

Sobre esta tierra
Mis huesos mis huesos
De estas manos en llamas que bajo
Nuestra bandera
Resonante del pueblo
No quieren de aquella memoria
Ni el recuerdo
No quieren de de ese recuerdo
Ni lo escrito
Que sólo estas manos de aceite y pan
Que sólo esta piel envolviendo los trabajos y las horas
Ahora
Y el pueblo
Sobre su fusil automático ligero
Deja cantar su boca de acero y estruendo
Recorre las landas y los campos las praderas
Crece como la tempestad
Se alimenta de sus palabras y su esfuerzo
En una barrera de agua blindada
En una barrera de cielo enfurecido

Contra los aviones
Y los barcos
Y las amenazas de un viento norte
Atrás
Tiempo de maldición
El himno va de las trincheras a las torres
Imparcial metralleta
La caña de la eternidad se desmorona
Y suben estas piedras angulares
De futuro
Entre un arsenal
De armas y banderas...

5 de enero, 116 batallón.

